

AXEL

Auguste Villiers de L'Isle-Adam
(1838 - 1889)

Villiers de L'Isle-Adam

Axel

Personajes.....	2
Primera parte El mundo religioso.....	3
1.- ... ¡Y Obligadles a entrar!.....	3
Escena primera	4
Escena II	6
Escena III.....	7
Escena IV.....	9
Escena V	12
Escena VI.....	13
2.- La renunciadoRA	17
Escena VII	19
Escena VIII.....	20
Escena IX.....	22
Segunda parte El mundo trágico	23
1.- Los vigilantes del soberano secreto.....	23
Escena primera	24
Escena II	25
Escena III.....	29
Escena IV.....	32
Escena VI.....	35
2.- El relato de Herr Zacharias.....	36
3.- El exterminador.....	41
Escena VIII.....	41
Escena IX.....	42
Escena X.....	45
Escena XI.....	47
Escena XII	48
Escena XIII.....	49
Tercera parte El mundo oculto	63
1.- En el umbral	63
Escena primera	63
2.- El renunciador	69
Escena II	70
Escena III.....	71
Cuarta parte El mundo pasional	72
1.- La prueba por el oro y el amor	72
Escena primera	72
Escena II	74
Escena III.....	75
Escena IV.....	76
Escena V	84
2.- La opción suprema	86
Apéndice	90

PERSONAJES

AXEL DE AUERSPERG
EL ARCEDIANO
MAESE JANUS
EL COMENDADOR KASPAR DE AUERSPERG
UKKO, PAJE DE AXEL DE AUERSPERG
HERR ZACHARIAS
GOTTHOLD
HARTWIG
MIKLAUS
EL CELEBRANTE DEL OFICIO DE DIFUNTOS
ÈVE SARA EMMANUÈLE DE MAUPERS
LA ABADESA
SOR ALOYSE
SOR LAUDATION, TORNERA
SOR CALIXTE, ECÓNOMA
RELIGIOSAS DEL CLAUSTRO DE SAINTE-APOLLODORA
CORO DE LOS VIEJOS SERVIDORES-MILITARES DE AUERSPERG
CORO DE LEÑADORES

La acción transcurre en el siglo actual, hacia el año 1828.

La primera parte, en un monasterio de religiosas trinitarias, el claustro de Sainte-Apollodora, situado en los confines del litoral del antiguo Flandes francés.

Las tres partes restantes, en el este de la Alemania septentrional, en una antiquísima fortaleza, el burgo de los Margraves de Auersperg, aislado en medio de Schwartzwald.

PRIMERA PARTE

EL MUNDO RELIGIOSO

*Tiernos corazones, aproximaos: aquí se ama aún
pero el amor, depurado, se enciende en el altar:
todo lo que de humano tiene se evapora ante esa llama,
todo lo que queda es inmortal.*

LAMARTINE

1.-

... ¡Y Obligadles a entrar!

El coro claustral en la capilla de una antigua abadía.

Al fondo, gran ventana con vitral. A la izquierda, las cuatro hileras de siales. Van elevándose insensiblemente, en hemicírculo, contra la alta reja circular cerrada y cubierta de colgaduras. Al fondo, cerca de la reja, una puerta baja, con peldaños de piedra, que comunica con el claustro.

A la derecha, frente a los siales, los siete peldaños y el atrio del altar mayor, invisible. La alfombra avanza hasta la mitad del coro, al borde de las losas sepulcrales. En el segundo peldaño, campanilla e incensario de oro. Más arriba, cestos de flores. Sólo la lámpara del santuario ilumina el edificio, entre las grandes columnas, cargadas de exvotos, que sostienen el ábside principal: allí se levanta, sobre unas alas, el púlpito de mármol blanco.

Una forma humana, con largo velo y los pies desnudos en unas sandalias, está de pie bajo la lámpara. Entran, por el fondo, la abadesa y el arcediano con hábitos sacerdotales.

El sacerdote se arrodilla ante el altar y permanece orando; la abadesa se acerca al ser velado cuya cabeza, bruscamente, descubre.

Aparece un rostro de misteriosa belleza; es una mujer. Está inmóvil con los brazos cruzados y caídos los párpados. La abadesa la mira durante unos instantes, en silencio.

ESCENA PRIMERA

Sara, la abadesa, el arcediano y, luego, sor Aloyse

LA ABADESA: ¡Sara! ¡Va a sonar la medianoche de Navidad, llenando de alegría nuestras almas! ¡El altar se iluminará, dentro de un rato, como un arca de alianza! ¡Nuestras plegarias emprenderán el vuelo con las alas de los cánticos! Es importante, antes de que pase por los cielos esta hora, que os notifique la sagrada resolución que he tomado referente a vuestro porvenir. Recordad, Sara. Vuestro padre y vuestra madre, próximos ya a la muerte, me reclamaron en su mansión para confiaros a mí. Desde hace siete años vivís en este claustro, libre como una niña en un jardín. Sin embargo, los juegos de la infancia os fueron siempre ajenos y nunca os he visto sonreír. ¿Qué puede significar tan estudiosa y solitaria naturaleza? ¿Acaso leer sin cesar nuestros viejos libros va a humillaros el espíritu? Escuchad, Sara, sois un alma oscura. En vuestro rostro siempre pálido brilla el reflejo de no sé qué antiguo orgullo. Dormita en vos... ¡Oh, os han traicionado las armonías que arrancáis al órgano!... Son tan sombrías que tuve que rogar a sor Aloyse que lo tocara en vez de vos. Pese a la reserva y la sencillez de vuestras escasas palabras y de todos vuestros actos, he meditado larga y atentamente. Siento que no os conozco. Os sometéis con una suerte de taciturna indiferencia a las prácticas de nuestra obediencia. ¡Cuidaos del endurecimiento del corazón! Hija mía, sois una lámpara en una tumba: quiero reavivaros para la esperanza. ¡Vanidad es la vida sin plegaria! Se ha cumplido ya el vigesimotercer año de vuestros días; lo necesario, para socorridos, es la unción, ¡la unción!, y que seáis por completo de Dios, que pacifica los corazones inquietos. Ciertamente, según los hombres, debiera yo admitir que sois libre de abandonarnos; pero, según Dios, ¿puedo yo, que estoy a cargo de vuestra alma, dejaros regresar al mundo, sola, rica y tan hermosa, en medio de esas tentaciones (cuyas seductoras violencias no ignoro, ni tampoco su mortal desencanto)? ¿Tengo derecho, puesto que me fuisteis confiada, a no actuar, en estas circunstancias, procurando vuestra felicidad real, puesto que sois incapaz de discernirla? La experiencia de las voluptuosidades conduce a la desesperación: más tarde, pese a vuestra voluntad, careceríais de fuerza para regresar; debo preverlo por vos. ¡Pero cómo! ¡Os acecha el vértigo al borde del abismo y no tengo derecho a preservaros de su atracción! Mi abstención sería de una alevosa debilidad, de la que podríais exigirme cuentas en el día postrero. ¡No reteneros cuando queréis zambulliros en las tinieblas! ¡Sin director ni familia, y con el ardiente espíritu que adivino tras vuestros entornados párpados! ¡No, no! No sabríais, allí, conducirlos de acuerdo con Dios. Os ofreceré, pues, a Él esta misma noche. Sí, esta noche. (*Un silencio.*) Hija mía, cuando hace tres meses os hice a este respecto ciertas insinuaciones, recibí, por vuestra parte, una negativa. Recurrí al *in pace*, a las severas privaciones, a las mortificaciones... Y mientras sufríais, resignada por lo demás, vuestra penitencia, yo hacía que rogaran por vos e intercedía con fervor, personalmente, ofreciendo mis lágrimas a Aquel que es todo perdón. No me obliguéis, pues, a recurrir a ciertos rigores para haceros volver en vos misma y empujaros, por así decirlo, hacia el cielo. Hoy, en este hermoso anochecer de fiesta, os he sacado de vuestro calabozo; he elegido esta noche bienaventurada para consagraros al Señor, entre flores, luces e incienso. Seréis la amarga desposada de esta noche nupcial. Así descenderá sobre vos la gracia; el olvido hará menos inquieto vuestro espíritu. Pronto sentiréis el peso del amor divino; y cierto día (¡tal vez no esté muy lejano!), estremeciéndoos ante el recuerdo de esta hora santa, me besaréis con las mejillas bañadas en llanto de éxtasis y júbilo. Y será el conmovedor, el edificante espectáculo reservado a las vírgenes que moran a la sombra de este altar. Y comprenderéis, entonces, lo que me he atrevido a hacer, lo que me he encargado de llevar a cabo. Vamos, quedad en paz. (*Se vuelve.*) Sor Laudation, encended los cirios. (*El altar se ilumina poco a poco mientras finaliza la escena.*) Ahora, hermana e hija mía, ya os lo he dicho: sois una rica de este mundo. Aquí se entra tras despojarse de todo orgullo y toda riqueza. Somos pobres; pero lo que poseemos, lo damos, pues la pobreza sólo se ennoblece por la caridad. Se os legarán castillos, palacios, bosques y llanuras. He aquí el pergamino en el que cedéis todos vuestros bienes a la comunidad. He aquí la pluma. Firmad. (*Sara descruza los brazos, toma la pluma y firma impasiblemente.*) Bien. Eso es. (*Mira a Sara, que ha vuelto a su inmovilidad.*) Gracias. (*Para sí misma, dirigiéndose hacia el arcediano:*) ¡Que Dios me vea, y me juzgue!

Al llegar junto al anciano sacerdote, le toca el hombro e, inclinada, susurra unas palabras.

EL ARCEDIANO, *levantándose y en voz baja:* El ayuno, la mazmorra y el silencio arrojan la luz en esas almas orgullosas. ¡Era necesario! Es necesario. (*En voz alta, acercándose a Sara:*)

Sara, ¡sor Emmanuèle en Dios!, se han disipado las dudas que nos hacían temer, a vuestro alrededor, la presencia del maligno espíritu. Muy cierto es que, en semejante día, hubiéramos apartado de nuestros pensamientos, por lo que a vos respecta, cualquier suposición inquieta: pero la limosna que Dios os ha permitido poder hacernos acaba de purificaros, para nosotros, de cualquier indicio de tibieza. Hablaré por vos en los abandonos y las derelicciones. Voy a recibiros, dentro de unos instantes, entre aquellas que, en adelante, son ya vuestras hermanas. Por mucho tiempo fuisteis considerada, por ellas y por nosotros, como una llamada y una elegida. Vuestro noviciado ha concluido.

LA ABADESA: Hija mía, vamos a revestiros con el traje nupcial y a ceñir esta frente con la corona de las vírgenes consagradas, símbolo de las futuras bodas. Luego vendréis aquí, a este lugar, entre cánticos. Os extenderéis allí, en signo de muerte; y se arrojará sobre vos la sábana de las fallecidas. Bajo esta losa descansa la Bienaventurada que fundó este monasterio y a la que rogaréis, especialmente, antes del ofertorio. Una vez pronunciados los votos, vuestra mundana cabellera caerá bajo las tijeras de nuestra regla. Os revestiremos, luego, con el santo hábito que conservaréis hasta que terminen vuestros días de prueba, aquí abajo. *(Una joven religiosa, una niña de rostro encantador, con hábitos blancos y azules, aparece detrás del altar. Parece un poco pálida. Mira a Sara.)* Yo partiré muy pronto hacia mi eternidad; vos heredaréis mi báculo de marfil y haréis, a vuestra vez... lo que yo hago. *(Volviéndose:)* ¡Venid, sor Aloyse!

La religiosa se acerca.

ESCENA II

Los mismos y sor Aloyse

LA ABADESA, *continuando*: Sor Aloyse, he aquí la compañera, la hermana preferida a la que amáis con ternura y que es nuestra querida hija. Vuestra voz le será más dulce que la mía y cuento con vuestras buenas palabras para disipar las tentaciones que podrían aparecer, en esta hora suprema, en su corazón. (*Un silencio.*) ¿La amáis mucho, no es cierto?

SOR ALOYSE, *grave*: Sí, madre.

LA ABADESA: La confío a vuestra dilección. Velaréis y rogaréis con ella, en el oratorio, hasta que falte un cuarto para medianoche.

LA ABADESA *se dirige a la base del pulpito donde está el arcediano. El sacerdote examina, ahora, pergaminos y papeles, junto a una lámpara que acaba de depositar, en uno de los brazos de un sitial, sor Laudation.*

SOR ALOYSE, *aparte, acercándose a Sara*: ¡Dios mío! (*Uniendo las manos en el hombro de Sara y con voz muy baja, casi inaudible:*) ¡Sara, recuerda nuestras rosas, en la avenida de las sepulturas! Apareciste ante mí como una hermana inesperada. Después de Dios, estás tú. Si quieres que muera, moriré. Recuerda mi frente apoyada en tus pálidas manos, al anochecer, cuando el sol se ponía. Nada me consuela de haberte visto. ¡Ay, tú eres la amada!... Siento melancolía por ti. Sólo hacia ti tengo fuerzas. (*Un silencio.*) ¡Cede, sé como nosotras, toma el velo! Comparte la prueba de un instante. ¡Sabes muy bien que no podemos vivir! Estaríamos tan pronto juntas, en el mismo cielo, como una sola alma... Sara, mira el cielo estrellado en el fondo de mis ojos: allí se alejan cielos siempre estrellados. ¡Abandónate y ven! Yo misma quiero ataviarte como una novia divina, una esposa inefable, un ser celestial. El dolor me ha hecho encantadora y no me rechazarás ya con tristeza, si me miras. ¿Qué palabras encontrar para doblegarte? ¡Sara, Sara! (*Taciturna, Sara descruza los brazos; su frente se inclina hacia la de la novicia. Ésta le toma la mano. Ambas atraviesan el santuario. Con voz ahogada, más baja aún y súbita:*) ¡Oh, no apoyes tu frente!... ¡Mis rodillas vacilan!

Sara se ha incorporado y, sosteniendo con una mano a sor Aloyse, que se ha vuelto blanca como su velo, ambas salen, lentamente, por el ábside lateral.

LA ABADESA, *de pie, apoyada en una columna, pensativa y siguiéndolas con la mirada*: ¡Ya está! La niña siente ya el arrobó y las embriagueces del Infierno. ¡Seducción de los ángeles de las tinieblas! La excesiva, la peligrosa belleza de Sara turba e inquieta con su escándalo ese corazón elegido. (*Reflexionando.*) Sor Aloyse le cortará la cabellera esta noche; permanecerá sin velo, y así despojada, hasta la Epifanía.

EL ARCEDIANO, *acercándose a ella*: Hermana, he aquí los títulos patrimoniales de Sara de Maupers y las actas que la conciernen; van a convertirse en propiedad del convento; las riquezas que representan suplirán la parquedad de nuestra mesa; recibidlos; mañana los enviaréis al economato.

ESCENA III

La abadesa, el arcediano y, luego, sor Laudation

LA ABADESA, *tomando los pergaminos, con indiferencia*: Os doy las gracias, padre. (*Cuando los enrolla y los ata en un legajo, su mirada se hace más atenta.*) ¡Esas armas!... ¿No las he visto ya? El escudo oriental sostenido por esas insólitas esfinges de oro... Y esa cimera ducal... (*Se inclina, junto a la lámpara, sobre los títulos.*)

«De azur, con calavera alada, de plata; sobre un septenario de estrellas de lo mismo, de arriba abajo; con la divisa poniendo de relieve las letras del nombre:

Macte Animo! Ultima PERfulget Sola»

Proféticas palabras, si Dios lo permite: ¿acaso no es Sara la última hija de los príncipes de Maupers?... Pero... esas pedrerías, o gemas, de diversos esmaltes, rodeando por arriba la calavera, son ilegibles, en heráldica, y no puedo comprender...

EL ARCEDIANO, *acercándose*: ¿Queréis descifrar el blasón más que extraño, en efecto, pero siete veces secular de esa casa? Precisamente hace un momento leía su leyenda. Es, en efecto, el escudo de Maupers —que lo comparte, incluso, de modo muy sorprendente, con cierta rama alemana de una alta casa austrohúngara, los condes de Auersperg—, un ilustre tronco de numerosas ramas.

LA ABADESA, *tras un movimiento*: ¡Auersperg!... Y... ¿En esa historia nada puede ser importante para el patrimonio de Sara?

EL ARCEDIANO, *sonriendo*: Nada lo supone: se trata sencillamente de un relato de caballería y cruzadas, donde lo maravilloso prevalece sobre lo real. Helo aquí: los jefes de ambas familias fueron, al mismo tiempo según parece, embajadores, uno de Francia y el otro de Alemania, ante un sultán (el sultán El Kalab, dicen las crónicas de la época). Ahora bien, un «mago» supo convencer a los dos caballeros para que sustituyeran los dos leones que sostenían su común escudo por estas misteriosas esfinges de oro. La divisa de Auersperg es más incomprensible:

«AltiUs rEsurgeRe SPERo Gemmatus»

Dejemos ahí esas vanas tradiciones. La recipiendaria debe prepararse para tomar el velo, ¿no es cierto? ¿Le habéis dado a conocer el ritual de nuestra liturgia, para su consagración?

LA ABADESA, *preocupada, interrumpiéndole*: La señorita de Maupers se prepara para la ceremonia, sí, padre. (*Un silencio; luego, como cediendo de pronto a una obsesión interior:*) Permitidme, antes del oficio, recurrir a vuestras luces para un conjunto de circunstancias especiales cuyo recuerdo acaba aún de preocuparme el ánimo. Estas circunstancias me han sugerido una suposición... de orden tan extraordinario... que dudo en tomar aquí, por propia iniciativa, el presentimiento por certidumbre: necesito vuestra opinión. Se trata de Sara. Padre, esta muchacha, alta y blanca como un cirio pascual, nos es un corazón cerrado que sabe muchas cosas.

EL ARCEDIANO: Desconfío también de la oveja reticente. Sin embargo, pienso que, a la larga, el régimen conventual reducirá —nos devolverá, quiero decir— a esa salvaje niña; sí, espero que con la gracia y dirigiéndose hacia Dios, todo vaya bien. Veamos, ¿es su conducta esencialmente delictiva?

LA ABADESA: Es ejemplar con excesiva frialdad. La he castigado a menudo, para poner a prueba su constancia. Lo ha aceptado todo; pero os aseguro, padre, que su sumisión es sólo exterior. El castigo se embota en ella y la corrobora en su orgullo. (*Interrumpiéndose, como para sí misma:*) Esta muchacha es como el acero, que se dobla hasta su centro y, luego, se distiende o se quiebra; tiene (si se me permite aventurar semejante expresión) el alma de las espadas. Y verla me ha turbado más de una vez, a mí misma, con una especie de oculta angustia.

EL ARCEDIANO: ¿Nunca ha intentado huir del priorato?

LA ABADESA, *moviendo la cabeza*: Se siente observada día y noche con vigilancia; una tentativa de evasión la expondría a una reclusión más severa.

EL ARCEDIANO, *mirándola y tras unos momentos*: Es preciso cuidarse también, en esa clase de juicios, de hablar bajo el imperio del Diablo. Bueno sería informar, a título premonitorio, a sor Emmanuèle, de las medidas de las que es objeto, eso es todo.

LA ABADESA, *con una sonrisa difusa y fría*: ¿Bajo el imperio del Demonio?... Pues bien, padre, juzgad vos mismo: he aquí los hechos, en su precisa sucesión. Me parecen... sombríos. *(Se sienta, se acoda en un sitial, medita unos momentos; luego, lentamente y levantando los ojos hacia el arcediano, que se halla frente a ella:)* Como sabéis, una antiquísima secta de los rosacruces, hace tres siglos, ocupó durante una guerra esta abadía. Dejaron arriba distintas obras referentes, dicen, a los dialectos tirios, los idiomas olvidados que se hablaban en Gheser o en Tadmor... ¿Qué sé yo?... Hemos conservado estos documentos como curiosidades. ¿Y no es maravilloso, en principio, que haya sorprendido con frecuencia a Sara sumida en el paciente estudio de estas obras? ¡Ah, os lo ruego, fijaos bien en este punto, que más tarde podrá resultar interesante!

EL ARCEDIANO, *sonriendo primero, ensombreciéndose luego*: Lo cierto es que mejor hubiera hecho meditando sus *Laudes*. Además, estos libros están muy lejos de ser sapienciales... Hay que aniquilarlos, mañana mismo, por incineración... Los rosacruces, para escapar a la hoguera, solían ocultar, bajo aparentes plegarias, abominables fórmulas...

LA ABADESA: Los libros están, ahora —¡pero ya es tarde!—, en mi celda. Ahora bien, hace tres años, cierta mañana de invierno —era víspera de la Candelaria, lo recuerdo— bajé bastante temprano a la biblioteca; encontré allí a esa sorprendente muchacha. Había pasado allí la noche sola, y a pesar del riguroso frío... ¡No me vio entrar; no vio que la observaba!... Acababa de quemar en su lámpara la primera hoja de un polvoriento misal, la primera hoja de pergamino de aquel gótico libro de horas, con cierre de esmalte, que nos fue enviado de Alemania, antaño, por un corresponsal de Su Grandeza el patriarca Pol, nuestro piadoso obispo.

EL ARCEDIANO: Sí... lo recuerdo... a través de un médico de Hungría, al que el propio patriarca no conocía y nunca había visto: el doctor... Janus.

Las siete llamas que rodeaban la lámpara del santuario arrojan un vivo fulgor y, luego, se apagan todas a la vez.

LA ABADESA, *llamando*: ¡Sor Laudation!... ¡Pronto! ¡La lámpara, la lámpara! ¿A qué puede deberse eso? Pagaréis vuestra culpa en el refectorio.

Acude sor Laudation, uniendo las manos.

SOR LAUDATION, *turbada, con una especie de extravío*: Madre, esta noche me he olvidado de llenarla. ¡Es cierto! Y no me había sucedido desde que tengo las llaves en mi cinturón.

Vuelve a encender la lámpara, silenciosamente; luego se retira por detrás del altar.

EL ARCEDIANO: ¿Decíais, hermana mía, que Sara estaba destruyendo el pergamino?

ESCENA IV

El arcediano y la abadesa

LA ABADESA: Padre, ¿recordáis un poco la hoja de la que os estoy hablando? Estaba cubierta de caracteres de una forma sorprendente, a los que sólo concedimos muy poca atención, al no poder traducirlos.

EL ARCEDIANO: En efecto, sin duda una invocación piadosa.

LA ABADESA, *cada vez más pensativa*: Los caracteres se parecían, extrañamente, a aquellos cuyo significado se da en los libros de los rosacruces. El pergamino había sido añadido al misal y sellado con estas armas.

Muestra los títulos.

EL ARCEDIANO, *tras unos momentos*: Sigo sin distinguir bien vuestro pensamiento. Proseguid, hermana. ¿Cómo esa acción insignificante... y laudable incluso, en cierta medida?...

LA ABADESA, *con los ojos fijos y como si hablara consigo misma*: Los rasgos de Sara brillaban, en aquel momento, con una expresión de misterioso júbilo, ¡de un júbilo profundo y terrible! No, lo que acababa de leer no era una plegaria... Su aspecto tenía algo de solemnemente desconocido, de inolvidable. La interrogué, de improviso, clavando mis ojos en los suyos. La mirada que posó, lentamente, en mí fue tan átona que me produjo la impresión de un peligro. Respondió, tras un silencio y con una gran palidez, que acababa de aniquilar sencillamente un vano recuerdo de orgullo... Sus propias armas, reconocidas en aquella página. ¡Sospechoso fervor! Volví a leer la carta del patriarca para asegurarme de la verdad. El libro procedía, en efecto, de la difunta castellana de Auersperg, y eso parecería explicar, hoy, las palabras de Sara... Sin embargo, padre, conservé, lo reconozco, de aquel instante que pasó como un relámpago, sí, conservé cierto pensamiento... ¡Oh!, un pensamiento confuso, supersticioso tal vez, pero del que no puedo defenderme... La sospecha que tengo sobre Sara es la única que puede conducirnos a la clave de esta naturaleza impenetrable, grave y gélida que en ella se nos muestra. ¿Acaso no la habéis visto a menudo, como yo, caminando bajo las arcadas del claustro, concentrada y como perdida en no sé qué sueño taciturno?

EL ARCEDIANO, *mirándola con atención*: ¿Creéis que esta muchacha?...

LA ABADESA, *que se ha puesto muy sombría*: Sí, es mi íntima convicción, creo que Sara de Maupers descifró alguna tenebrosa advertencia; alguna extraña información; una sugerencia... ¡soberana!, un importante secreto, sí, padre, sí, os lo digo yo, un secreto considerable sin duda, encerrado en aquella hoja destruida.

EL ARCEDIANO, *tras un momento*: Decidme, ¿las puertas públicas estarán cerradas esta noche, no es cierto?

LA ABADESA: Las barras de hierro del portal de la iglesia se han colocado ya. La nave permanecerá desierta. Los marineros y la gente de la aldea oirán en la ciudad la misa de medianoche.

EL ARCEDIANO: Bien. Una vez pronunciados los votos, será preciso ejercer sobre ella una vigilancia extrema.

LA ABADESA, *a media voz*: ¡Pero bueno!... Creía y debía creer que esa alma no os era tan desconocida. No se acusa, pues, cuando en vuestro tribunal y de rodillas...

EL ARCEDIANO, *interrumpiéndola*: Aquí no puedo responderos; hablemos de lo que sabemos. Los votos conceden gracias especiales y vemos que las necesita mucho. Tengo miedo, es cierto, de que las maceraciones no le resulten, en cierto modo, una necesidad...

LA ABADESA, *tranquila*: ¡Es cierto, hay que salvarla! ¡De sí misma! Y si lleva en el corazón alguna cizaña infernal, arrancársela por su salvación. Y mirad, padre, ved hasta dónde llega el seductor poder de esta muchacha. Había rogado a la más joven de nuestras conversas, sor Aloyse, que es un corazón simple y tiene alma de ángel, que buscara su compañía. Esperaba sorprender así, antes o después, alguna frase que se escapara... referente a los inquietantes y ocultos pensamientos de Sara. ¿Qué ha sucedido?, algo inesperado, inverosímil. El rostro, la extraordinaria belleza de la señorita de Maupers han fascinado profundamente a sor Aloyse: se ha vuelto silenciosa y está como deslumbrada.

EL ARCEDIANO, *tras dar un respingo*: ¡Tened cuidado! ¡Eso arraiga en los antiguos hechizos! Las inmundas fiebres de la tierra y la sangre desprenden fétidas humaredas que hacen más espeso el aire del alma y ocultan por completo, de pronto, la faz de Dios. El ayuno, la plegaria son, a veces, impotentes... ¡Es algo peligroso, algo peligroso! (*Estremeciéndose.*) ¡Horror!

LA ABADESA, *en tono gélido*: Padre, he conjurado otros peligros. Mientras esta noche celebréis sobre Sara el oficio de Difuntos, su valedora, en el interrogatorio, será precisamente sor Aloyse: la he elegido como penitente-intérprete. Por lo que a vuestra homilía se refiere, podréis hablarle a Sara, padre, como si os fuera necesario golpear el corazón y el espíritu de una suerte de incrédula... indefinible. ¡Sobre todo el espíritu! ¡Considero el suyo como de los más abstractos, como de los más profundos...! Mi rebaño de blancas almas no os comprenderá: no debemos, pues, temer el escándalo. Sólo ella va a seguros, estoy segura, con facilidad, por esos abismos del examen mental que demasiado familiares le resultan.

EL ARCEDIANO, *muy sorprendido y sonriendo a medias*: ¡Cómo! ¿Qué estáis diciendo? ¿Soñamos acaso?

LA ABADESA: ¡Ah!, si me atreviera a revelar... todo lo que pienso. Si añadiera que su extensísimo saber, que tantas veces transparenta en sus precisas y breves respuestas, me ha dado a entender, demasiado tarde —cuando yo creía haberla dejado jugar a leer—, que su extraordinario entendimiento había captado, sin ayuda, hasta los propios arcanos de toda esa erudición; ¡oculta, allí arriba, en miles de obras tan diversas!

EL ARCEDIANO, *pensativo*: Tenebrosa huérfana, en efecto, a quien tantos libros debían tentar y seducir.

LA ABADESA: Tomad en serio lo que digo: la creo dotada del terrible don, la inteligencia.

El arcediano, *grave*: ¡Que tiemble entonces, si no se convierte en santa! ¡La ensoñación ha perdido a tantas almas! Sobre todo en una mujer, el don suele convertirse en incendio más que en luz... Vamos, que no lea más hasta que su fe, fortalecida, le revele la nada de las páginas humanas. Hubierais debido explicarme antes esta particularidad. Esta noche debo pues resignarme, ya lo veo, a la elocuencia en mi prédica de exhortación. Los jóvenes espíritus ensombrecidos por meditaciones precoces son sensibles a los oropelos de los lenguajes mortales. ¡La elocuencia! ¡Como si no estuviera bajo los pies de aquellos que pueden decir Padre Nuestro! Y como si, por ejemplo, la deslumbradora frase de san Pablo: *Omnis christianus Christus est*, necesitara adornos o vanas glosas, ¡cuando expresa a Dios! ¡Ay!, comprendo al buen Crisóstomo y sus lágrimas de compasión, de vergüenza sin duda, al ver a sus fieles que, en vez de empaparse del sentido sustancial que sus palabras proferían, admiraban más bien, como en el teatro, su armonía física, su corteza brillante, su sensual belleza, ¡la fraseología! Cómo pedía, entonces, perdón a Dios, para ellos y para él mismo, por tan irrisorio escándalo. ¡Miseria! Buenos golpes de zurriago, largas y humildes plegarias, unas buenas privaciones y buenos ayunos, he aquí lo que da sustancia a nuestra fe, he aquí lo que vale algo, lo que tiene peso en la muerte, he aquí lo que crea un derecho y solidifica nuestra sobrenaturalidad. En fin, si para persuadir a esa alma en peligro se precisa elocuencia... (*Desdeñosamente*.) Esta noche la tendré; sí, una vez agotado el círculo de las pedantes citas de una escolástica sacra, yo mismo me atreveré a combatir, como retórico, sus pecaminosas indecisiones; aunque sin olvidar esa gran frase vidente del salmista: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Dei*.

LA ABADESA: ¡Y, sin embargo, debiera considerarla bien dispuesta! Tal vez intente orar. Ved, acaba de firmar, en mis manos, la renuncia a sus bienes terrenales.

EL ARCEDIANO, *contemplando el acta de donación*: ¡Oh, lo olvidaba!; es cierto. ¡Cuántos pobres podremos alimentar! ¡A cientos! ¡Cuántos peregrinos podremos aliviar!... Sí, tal vez la haya tocado una gracia eficiente; tal vez nos atormente una de esas sospechas sin objeto, enviadas por los espíritus del Mal, en las circunstancias solemnes, para alarmar nuestra debilidad.

LA ABADESA: ¡Cuántos lechos para los enfermos! ¡Cuánto pan blanco y vino cordial! ¡Cuánto bien podrá hacerse con ese oro arrancado a Mammón!

EL ARCEDIANO, *soñador*: Las armas del Muy Maligno se volverán así contra él mismo. ¡La paz sea, pues, con nosotros!

Ambos se arrodillan ante el altar; luego, levantando los brazos a los cielos:

LA ABADESA Y EL ARCEDIANO, *juntos, a plena voz*: ¡Gloria al Dios de los afligidos que inspiró al samaritano!

Campanas. El altar está ahora iluminado y sus reflejos se esparcen por todo el recinto.

CORO DE LAS RELIGIOSAS *fuera, caminando y salmodiando:*

O virgo! Mater alma! Fulgida Coeli porta!

Te nunc flagitant devota corda et ora,

Nostra ut pura pectora sint et corporal

La puerta claustral se abre; las religiosas, con hábitos blancos, radiantes y recogidas, aparecen y entran en el hemiciclo de los siales. Aparece un anciano con sobrepelliz de acólito,

saliendo de los alrededores del altar, y se coloca de pie, en la esquina derecha del primer peldaño.

ESCENA V

El arcediano, la abadesa, sor Laudation, el acólito del oficio de difuntos y las religiosas

Órgano. Las cuatro hileras de sitiales están ahora ocupadas. Dos religiosas, con hábito de fiesta, se acercan al altar, toman los incensarios y echan incienso. Otras, de pie en los peldaños y con cestos en las manos, deshojan a puñados flores en el atrio. La abadesa, con el báculo blanco, está sentada en la silla abacial. Acaba de ponerse una reluciente capa. Se eleva un cántico. Se acerca el arcediano llevando una estola negra: el acólito se arrodilla. Suena la campanilla de oro. Es el introito.

UNA RELIGIOSA, sola: *In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum.*

EL CORO: Amen.

EL ARCEDIANO: *Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta!...*

Tras unos momentos, sube los peldaños hacia el tabernáculo. Los preliminares de la misa lucernaria prosiguen en voz baja, a la espera de la medianoche. Muy pronto suena el ofertorio: todas las monjas se levantan.

ESCENA VI

Los mismos, Sara y sor Aloyse

Resuena el órgano. Sara, vistiendo una larga túnica de moaré blanco, aparece con el collar de ópalos sagrados sobre el pecho. Apoya su mano en el hombro de sor Aloyse, pálida y sonriente. Algunas flores de azahar adornan sus largos cabellos sueltos, que caen onduladamente, negros y esparcidos sobre su hábito. Su rostro parece esculpido en piedra. A su paso, se arrojan flores a sus pies; se levantan los incensarios.

Llega ante el altar, se arrodilla en las losas, silenciosamente; luego se tiende, apoyando la frente en sus brazos cruzados. Sor Aloyse deja caer sobre ella un gran paño blanco, lleno de manchas de oro que representan grandes lágrimas, y la cubre por completo. El cirio místico arde por encima de la frente de Sara, en el primer peldaño del altar.

EL ARCEDIANO, *de pie, en el atrio, volviéndose hacia la concurrencia: ¿Hay aquí un alma que quiera crucificar su vida mortal uniéndose para siempre al divino sacrificio que me dispongo a ofrecer?*

SOR ALOYSE, avanzando: *Ego pro defuncta illa! Ego vox ejus! (De pie, junto a Sara, y cantando la fórmula de la consagración:)* *Suscipeme, Deus! Secundum eloquium tuum, et vivam!*

Suena la campana una sola vez.

EL ACÓLITO DEL OFICIO DE DIFUNTOS: *Si iniquitates observaveris, Domine, Domine quis sustinebit!*

LAS RELIGIOSAS, pasando procesionalmente alrededor de Sara, con cirios encendidos en la mano: *Requiescat, et ei luceat perpetua Lux!*

SOR ALOYSE, tras arrojar agua bendita sobre la mortaja: *Resurgam!*

LAS RELIGIOSAS, lejanas voces en el órgano: *In excelsis.*

EL CORO, en el escenario: *Amen.*

Ahora, el anciano acólito, en el propio atrio del altar, ha revestido al arcediano con las insignias bajo las que los antiguos grandes priores de las abadías podían recibir pontificalmente los votos. La larga capa negra sujeta a los órganos, la mitra menor en la frente y apoyándose en el pastoral báculo de oro, el arcediano, bajo el palio de púrpura negra bordada con osamentas de oro que sostienen, con largos velos, las cuatro madres tutoras más ancianas de la abadía, baja hacia Sara que sigue prosternada. El órgano calla.

EL ARCEDIANO: *Si aquella que, muerta ya para la tierra y que aquí yace, ante la faz de Dios, repudia para siempre los miserables goces que pueden ofrecerle la carne y la sangre, ¡sea bienvenida al pie del altar!*

SOR ALOYSE, mostrando con sus dos manos a Sara: *Ecce ancilla Dei.*

Dichas estas palabras, y durante el silencio que sigue, sor Laudation, tras un signo de la abadesa, se acerca a sor Aloyse y le entrega las grandes tijeras de plata. Sor Aloyse las recibe y, helada, cierra los ojos.

EL ARCEDIANO, a Sara, deteniéndose en el tercer peldaño: *¿Eres tú, efectivamente, aquella que, llamada desde lo Alto, desea vivir con la humilde castidad que nos ilumina? ¿La que desea gritar con Cecilia, dirigiéndose al Trono: «Fiat cor meum immaculatum ut non confundar!»; aquella que, dentro de pocos días, tendida en las hermosas alas de la Muerte, huirá, en santísimo vuelo, hacia los espíritus abrasados de amor y luz, los beata Seraphim de los que habla el pío Areopagita? ¡Oh, mujer!, si te acercas en oblación, en voluntario holocausto, por amor de Dios, te convertirás en tu propio amor realizado cuando entres en tu eternidad.*

Campanada.

Pues la eternidad, como muy bien dice santo Tomás, es sólo la plena posesión de uno mismo en un solo y mismo instante. Y: «¡Mi amor es mi peso!», nos dice san Agustín. Abímate pues, si eres un corazón celestial, en Aquel que es el propio amor. Cree y vivirás; pues la fe, de acuerdo con la expresión de san Pablo, es la propia sustancia de las cosas que deben ser esperadas.

Campanada.

Por ella renacerás, transfigurada en tu propio cántico, siendo el alma una armonía, como dice, con inspiración, santa Hildegarda. *Pulcher hymnus Dei homo immortalis!*, dijo también Lactancio, el loabilísimo y disertó espíritu. Odia sólo una cosa: cualquier obstáculo para regresar a Dios, cualquier límite, ¡es decir, el Mal! ¡Ódialo con todas tus fuerzas! Pues, como precisa admirablemente san Isidoro de Damietta, los elegidos, asomándose desde lo alto de los cielos para contemplar los suplicios de los réprobos, sentirán un inefable gozo ante el espectáculo de sus torturas, sin lo que la fruición de las obras divinas y la alabanza conjunta de su infinita equidad —que es la propia forma del Paraíso— serían incompletas.

¡Oh!, si no comprendes aún el espíritu de nuestros dogmas, si tu arcilla se estremece, séate permitido profundizar en ellos, puesto que Dios te hizo tan extrañamente estudiosa y perseverante, como si estuvieras llamada a ser semejante a las mayores santas. *Negligentiae mihi videtur si non studemus quod credimus intelligere*, dice, con afortunadísimas expresiones, san Anselmo. Pero estudia con humildad y, sobre todo, con un corazón siempre sencillo, si deseas avanzar en la ciencia de Dios: mantendrás así esa dignidad de la esperanza, sin la que ni siquiera la humildad tiene valor perfecto... Y pronto, sin duda, una gracia te enseñará que el único medio de comprender es orar.

No lo olvides, nunca serás un espíritu puro: tu misma alma, tu alma imperecedera, está compuesta, primero, de materia, para poder gozar o sufrir eternamente, permaneciendo distinta a Dios. Materia prima, dice el Ángel de la Escuela, septuagésimo quinta cuestión... Y recuerda que la bula de Clemente V condena a la excomunión a quien se atreviese a pensar lo contrario. Y si, al margen de la obediencia mental a la Iglesia, tu entendimiento se rebela —y busca a Dios, ¡ay!, de otro modo— repítete, para tu salvación, esa turbia confesión de un retórico pagano: «Tal es la vanidad, la enfermedad de la razón del Hombre, que no sabría concebir a un Dios a quien quisiera parecerse». Sabe pues refrenar el orgullo de tu irrisoria razón. ¿Qué otra prueba buscar de Dios, salvo en la plegaria? ¿Acaso no es la fe la única prueba de todas las cosas? Ninguna otra, proporcionada por los sentidos o la razón, podría satisfacer, lo sabes de antemano, tu espíritu. Así pues, ¿para qué buscar siquiera?... ¿No es creer proyectarse en el objeto de la creencia y realizarse, uno mismo, en él? Afirma como eres afirmada: vamos, es lo más prudente... Tras haber adquirido, luego, por la oración, el sentimiento de la presencia de Dios, ¿te limitarás a esa prudencia? Habrás alcanzado, de un aletazo, tu esperanza. Cuando ni siquiera eras, ayer, por fin, Dios creyó en ti, puesto que estás aquí, llamada por completo fuera de la nada por la fe creadora. ¡Devuélvele, pues, el eco de su llamada! ¡Debes creer en Él! Es tu hora de CREARLO en ti, con todo el ser de tu vida. Estás aquí abajo no para buscar «pruebas» sino para dar testimonio de que, por el amor y por la fe, das la medida de la salvación.

Campanada.

Sigue escuchando, mientras la campana toca a difuntos por ti. Si cada uno de los tres misterios, principios divinos, no pareciera imposible y absurdo para nuestros ojos de arcilla y orgullo, ¿qué mérito tendríamos creyendo en ellos? Y si fueran posibles y razonables, ¿los aceptarías acaso como divinos, puesto que tú, polvo, podrías medirlos con un pensamiento? Son absurdos pues, e imposibles, porque son precisamente lo que deben ser y, como enseña Tertuliano, por ello representan, en principio, la primera garantía de su verdad: su absurdo humano es el único punto luminoso que los hace accesibles a nuestra lógica de un día, con la condición de la fe. Purifica pues, para siempre, tu alma de esa funda de orgullo, lo único que la separa de la visión de Dios; deja de ser humana, sé divina. El mundo nos trata como insensatos que se ilusionan hasta sacrificar sus días por un pueril sueño, por la sombra de un cielo imaginado. ¿Pero qué hombre, llegada su hora, no reconoce haber malgastado su vida en amargos sueños nunca alcanzados, en vanidades que le decepcionaron, en sucesivas desilusiones que, sin duda, sólo tuvieron realidad en su espíritu? Y entonces, ¿con qué derecho se tiene el mundo en tan alta estima cuando nos complace preferir, a sabiendas, el sublime sueño de Dios a las mortales mentiras de la tierra?... ¡Vamos!, nuestros corazones se caldean, nuestra serenidad se hace profunda y sin alarmas, el cielo, adivinado, nos empapa, ya aquí, de un bienaventurado amor, la plegaria se convierte, para nosotros, en una visión; la exégesis, en la propia clave de la evidencia... ¿Y los hijos del siglo, en nombre del doloroso tedio que les producen las mendaces

realidades de los sentidos, se atreven a tratar de imaginaria nuestra positiva felicidad? ¡Atrás! (*Sonriendo:*) Ilusión por ilusión, conservamos la de Dios, la única que da, a quienes deslumbra eternamente, el júbilo, la luz, la fuerza y la paz. Ninguna criatura, ninguna vitalidad escapa a la fe. El hombre prefiere una creencia a otra y, para quien duda, incluso en lo indefinido de su pensamiento, la duda, que libremente admite en su espíritu, es sólo también una forma de la fe, puesto que, en principio, es tan misteriosa como nuestros misterios. Sólo el indeciso permanece en su irresolución, que se convierte en la suma nula de su vida. Cree «analizar», cava la fosa de su alma y vuelve a una nada que ya sólo puede llamarse Infierno; pues es para siempre demasiado tarde para ya no ser. Somos irrevocables.

Campanada.

¡Sí, la fe nos envuelve! El universo es sólo su símbolo. Hay que pensar. Hay que actuar. Estamos sometidos a esa esclavitud: pensar. Dudar de ello es también obedecer. ¡No hay acto alguno que no sea creado por un pensamiento instintivo!, ¡ni un solo pensamiento que no sea ciego en su noción primordial! Pues bien, dado que sólo podemos ser nuestro pensamiento unido a la carne oculta de nuestros actos, pensemos y actuemos de modo que en nosotros pueda devenir un Dios; ¡y todo ello en primer lugar!, si deseamos adquirir la creencia, es decir, si merecemos creer. Todas las ensoñaciones contrarias al aumento de nuestra alma en Dios son tiempo perdido, que sólo el Salvador puede redimir. ¡A nuestro alrededor, todo se ESFUERZA! ¿Acaso el grano de trigo que se pudre en la tierra y en la oscuridad ve el sol? No, pero tiene fe. Por eso asciende, por y a través de la muerte, hacia la luz. Y así sucede con los gérmenes elegidos de toda cosa, a excepción de los gérmenes incrédulos, donde duermen la duda, sus impurezas y sus escándalos, y que, indiferentes, mueren por completo. Somos el trigo de Dios; sentimos que vamos a resucitar en ÉL, que es, de acuerdo con la ilustrada y magnífica frase de un teólogo, el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos.

Campanada.

¡Creer en la espera y la oración! ¡Y con el corazón lleno de amor!, ésa es nuestra doctrina. E incluso aunque, por imposible que sea, como nos advierte el Concilio, un ángel del cielo viniese a enseñarnos otra, persistiríamos, firmes e inmovibles, en nuestra fe. (*Un silencio.*) Ahora, Eve Sara Emmanuèle, princesa de Maupers, recordad el poder de las palabras juradas ante quienes representan al Señor, aquellos por cuya EXHORTACIÓN el Verbo se hace carne. Pronunciad pues, libremente, los votos supremos que comprometen vuestra alma...

CORO DE RELIGIOSAS: *Ecce inviolata soror coelestis!*

EL ARCEDIANO, *prosiguiendo y alternando con el coro:* ... vuestra sangre, vuestro ser, en este mundo y en el otro...

CORO DE RELIGIOSAS: *Ecce conjux!*

EL ARCEDIANO: ... vuestra esperanza única e infinita.

CORO DE RELIGIOSAS: *Sacra esto!*

EL ARCEDIANO: ¡Sara!, tu alianza de prometida brilla en este altar. ¡Te digo que amo a Dios significa «Dios me ama»!... Ama pues, y «haz luego lo que quieras», exclamó san Agustín. Sara, ¿oyes esas voces, celestiales ya, que te llaman?... Una palabra y levantaré mi diestra sobre tu frente para absolverte; y, consagrada para siempre a la luz, ¡estarás ligada en los cielos! Entonces, ante la resucitada, el oficio de difuntos, convirtiéndose de pronto en misa de gloria, con ropajes de oro y de fiestas, concluirá en el gozo de la medianoche de la Buena Nueva. Y el lirio de tus votos será arrojado por los ángeles al pesebre del Niño.

La campana tañe tres veces seguidas, luego calla.

Pero... el vigésimo tercer tañido de esa campana, que cuenta los años de los muertos, me advierte de que debo dejarte sola con tu alma durante el instante supremo en el que ya sólo debes pensar en el Juicio irrevocable.

Tras confiar su báculo pastoral al acólito arrodillado a su diestra, sube hacia el tabernáculo para tomar el santo Crisma.

EL ACÓLITO DEL OFICIO DE DIFUNTOS, *recitando, con voz monótona, el texto de san Bernardo para la Preparación al Juicio final:* *Attende, homo, quid fuisti ante ortum et quod eris usque ad occasum. Profecto fuit quod non eras. Postea, de vili materia factus, in utero matris de sanguine menstruali nutritus, tunica fuit pellis secundina. Deinde, in vilissimo panno involutus, progressus es ad nos —sic indutus et ornatus! Et non memor es quae sit*

*origo tua. Nihil est aliud homo quam sperma faetidum, saccus stercorum, cibus vermium.
Scientia, sapientia, ratio, sine Deo Christo, sicut nubes transeunt.*

*Post hominem vermis: post vermem foetor et horror; Sic, in non hominem, vertitur omnis homo.
Cur carnem tuam adornas et impinguas, quam, post paucos dies, vermes devoraturi sunt in
sepulchro, animam, vero, tuam non adorna —quae Deo et angelis ejus praesentenda est in
Coelis!*

Silencio.

*SOR ALOYSE y las RELIGIOSAS, al unísono: Tuis autem fidelibus, vita mutatur, non tollitur! Et,
dissoluta terrestris domo, coelestis domus comparatur!*

Tañe la campanilla de oro.

*Sara se descubre el rostro, se incorpora bajo el candelabro y se
acoda en el primer peldaño del altar. Los ópalos del collar
místico brillan entre el humo del incienso; una lluvia de
hojas de lis siembra a su alrededor la alfombra.*

*Se ha erguido, entre cirios e incensarios, ante el arcediano; se
mantiene ahora de pie, inmóvil, con los brazos cruzados y
los párpados bajos. En sus hombros brillan las lágrimas de
oro del sudario, cuyos grandes pliegues caen a sus espaldas
y se prolongan por las losas.*

EL ARCEDIANO, *descendiendo de nuevo hacia ella con el grial de oro*: ¡En esta noche sublime, también para ti se levanta la Estrella de los Reyes Magos y de los pastores! (*Descubre el santo Crisma; las monjas se arrodillan.*) ¡Responde! ¿Aceptas la Luz, la Esperanza y la Vida?

SARA, *con voz grave, muy clara y muy dulce*: No.

EL ARCEDIANO, *estremeciéndose y dejando caer el vaso sagrado en los peldaños del altar, donde se vierte el santo óleo*: ¡Señor Dios!

Retrocede; su mano convulsa toma de nuevo el fuste de oro de su báculo; se apoya en él. Las religiosas se alejan precipitadamente, aterrorizadas, apagando de un soplo sus cirios, en desorden; aquí y allá caen los breviarios. Ruido de los sitaliales bruscamente abandonados. Todas las monjas, estremeciéndose y envolviéndose en sus grandes velos, precipitadamente, rodean a la abadesa que se ha levantado y mira a la renunciadora. Estupor. Silencio. Sor Aloyse ha caído, como desvanecida, a los pies de Sara. A su alrededor, abandonados, los cestos de flores y los incensarios, humeantes aún.

SOR LAUDATION, *para sí misma, persignándose*: ¡Ahora lo comprendo!; el mal presagio de esta noche: la lámpara de Dios se ha apagado... ¡También las de las vírgenes necias se apagaron ante el Esposo!

LA ABADESA, *pálida y como sofocada*: ¡Oh, noche de espanto!

Suena la medianoche. Campanadas alegres, en tumulto, a lo lejos. Carillones.

EL coro de religiosas, invisible en el órgano, fulgurante: ¡Navidad! ¡Navidad! ¡Aleluya! Hodie contritum est, pede virgineo, Caput serpentis antiqui!

LA ABADESA, golpeando con su báculo las losas: ¡Basta! ¡Que cesen los cánticos!

EL coro, en el órgano, al mismo tiempo, ahogando su voz: ¡Navidad! ¡Aleluya! ¡Navidad!

Las religiosas, en la tribuna de los órganos, no han visto el acto que ha ocurrido ante el altar; y los coros, al son de las campanas, exaltan la gloria de la Natividad. Y además, sin hijos, ante la nueva de que acaba de nacer, para apaciguar su mística ternura un niño rey de los ángeles, ¿qué podrían oír de la tierra esas mujeres elegidas?... ¡Oh, esas dulces almas, vírgenes por siempre, no se reconocen ya!

EL coro, en el órgano, al son de las campanas anunciadoras: *Adeste, fideles! Laeti, triumphantes! Venite in Bethleem!*

LA ABADESA, dando un gran grito mientras prosiguen los cantos y entre los aleluyas: ¡Silencio! ¡Oh, es horrible!

El anciano acólito huye, asustado, del santuario.

EL coro, perdido en sus cantos de júbilo, al son del órgano y de las campanas: *Natum videte, regem Angelorum; Deum infantem, pannis involutum! Venite, adoremus Dominum!*

SOR LAUDATION golpea violentamente con su cingulo; cesan de pronto los cánticos; las grandes colgaduras de sarga se abren, dejando ver la iglesia desierta y, a la luz de las lámparas colgantes, entre las columnas, las sillas, los bancos, el portal cerrado. Al fondo, en la iluminada tribuna de los órganos, las hermanas cantoras, atónitas, silenciosas ahora.

LA ABADESA, gritando fuera de sí: ¡Callad! ¡Callad! (Las campanas, el órgano y los cantos han enmudecido.)

EL ARCEDIANO, *con un terrible suspiro*: ¡Por fin!

LA ABADESA, *extendiendo su cruz*, con un gesto de horror, hacia la puerta de los sitaliales: ¡Huid! ¡Huid todas, hijas mías! Retiraos a vuestras celdas, y allí, prosternadas en ferviente

oración, implorad la clemencia de Dios. Esta noche no oiréis misa. Sor Calixta, ¿qué tenemos en el tesoro?

Sor Calixta, *balbuceando tras un silencio*: Trescientas veintitrés monedas de oro, doce escudos más los doce sueldos de la colecta de hoy.

LA ABADESA: Mañana lo distribuiréis todo a los pobres.

La puerta de los claustros se abre: las monjas huyen y desaparecen como sombras.

Las hermanas de la coral han abandonado ya sus bancos, dispuestos en torno a los órganos; sólo dos o tres formas negras, postulantes sin duda, van y vienen en las abandonadas tribunas: apagan los cirios y cierran los antifonarios. Muy pronto, hecha la oscuridad, se retiran también. Ahora, ya todas se han dirigido al monasterio.

ESCENA VII

Sara, la abadesa, el arcediano, sor Laudation, sor Aloyse

LA ABADESA desciende y se acerca al arcediano; luego, de pie junto a él en los peldaños del altar, prosigue, con voz sorda y entrecortada por una terrible emoción, señalando con el dedo a Sara:

LA ABADESA: Padre, éste es el acto de una posesa. ¡Mañana habrá que purificar la iglesia con fuego! Os dejo. Me siento helada y atónita. El sacrilegio... ¡Oh!, es tan grande el sacrilegio que sólo la infinita misericordia puede borrarlo. Lo que ordenéis sobre esta muchacha funesta, nuestra antigua compañera, será ejecutado.

SOR LAUDATION, que ha permanecido de rodillas junto a una columna, se incorpora y, de pronto, se acerca a Sara.

SOR LAUDATION, colérica y mirándola: ¡Apestada!...

Se dispone a golpearle el rostro. Su mano, levantada ya, se detiene de pronto, como secretamente inmovilizada. Sara ni siquiera ha levantado los párpados, ni se ha inmutado.

LA ABADESA: ¡Tornera, alejaos de esta desgraciada y contened vuestra indignación en el lugar sagrado!

SOR LAUDATION, *para sí misma, pensativa y retirándose hacia la puerta de los claustros*: ¿Qué súbita turbación ha contenido mi brazo? ¿Por qué no la he golpeado?

LA ABADESA, *en voz muy baja, al arcediano*: Recordad, sobre todo, lo que os he advertido hace un rato: sondead ese oscuro corazón. ¡El secreto, padre, el secreto!

Desciende y levanta, entre sus brazos, a sor Aloyse que vuelve en sí.

SOR ALOYSE, con voz apagada, mientras la abadesa la arrastra consternada: ¡Adiós, adiós, Sara!

LA ABADESA, titubeante, la ha llevado hacia la puerta claustral. Salen. Sor Laudation las sigue tras dirigir una postrera y siniestra mirada a Sara.

Un instante más tarde, se escucha el ruido de la pesada cerradura que se cierra por fuera.

Sara y el arcediano están solos.

ESCENA VIII

El arcediano, Sara

EL ARCEDIANO, *terrible*: Mujer, has sido cobarde. Te has avergonzado de Aquel... que se avergonzará de ti. ¡Has asustado a almas tan puras como la Estrella matutina! Has desafiado la cólera divina, ultrajado al Dios que te sacó de la nada y te ofrecía su reino. Te llamas Lázaro y has resistido la soberana voz que te ordenaba salir. Has rechazado tu lugar en el banquete, y lo has hecho ante mí, cuya misión es forzarte a sentarte en él. Pues, al igual que las leyes inclinan u obligan a los hombres al deber, así Dios, principio y fin de cualquier ley, de cualquier deber y de cualquier fuerza, puede doblegar y violentar — milagrosamente— las conciencias y las libertades. (*Un silencio.*) En nombre de tu salvación, por la que, en la montaña eternamente misteriosa, rindió el espíritu en la inevitable cruz, sólo quiero ver en ti a una víctima enloquecida por los príncipes del Infierno. ¿Qué esperas? ¿La expulsión de este monasterio? ¡No, insensata, no saldrás! La autoridad de los hombres protegería, hoy, tu evasión, lo sé; no te evadirás. Si en el fondo de tu corazón se oculta algún secreto solitario, como una serpiente en una roca, olvídale pues te será estéril, y te será estéril porque eres pobre, tras haber abandonado tus bienes a la causa de la fe... como en un postrer impulso de la inspiración divina y de la Gracia. No, no irás ya por los caminos, como un vagabundo, para arrojar a los cuatro vientos, semejante a los humanos, lo poco que te queda de tu alma. Nosotros respondemos, óyeme bien, de esa alma. ¿Te crees libre, ante nosotros, que hemos enseñado a los hombres a atemperar la fuerza y que sabemos, sólo nosotros, en qué consiste el DERECHO? ¿Qué era pues, aquí, una mujer, antes de los cristianos? Era la esclava. Nosotros la rescatamos y liberamos... ¡y vas a pronunciar, ante nosotros, la palabra libertad, como si no fuéramos la Libertad misma! Escucha y mide bien mis palabras: nuestra Justicia y nuestro Derecho no proceden, en absoluto, del de los hombres. Nosotros, en su inteligencia, esencialmente fraticida, fundamos y encendimos, para su salvación, ideas dominadoras. Lo han olvidado, lo sé; hablan pues, ahora, como hablaban en la torre de Babel, sin poder entenderse unos con otros sobre el desviado sentido del verbo. Este es el castigo de su viejo orgullo. Nuestra supremacía en la tierra es la única sanción de cualquier ley. Nadie puede controlarla, pues una consecuencia no puede revocar su principio en duda o en examen, so pena de dejar de ser, ella misma, una certidumbre; y cualquier hombre, esclavo o príncipe, sólo puede reprocharnos nuestro alimento con nuestro pan en la boca. Tenemos la autoridad: la tenemos de Dios, y la conservaremos, en nuestras profundas manos, hasta la consumación de los siglos. Y todo ello a pesar de las amenazas del porvenir, las ilusiones de la ciencia y toda la infecta humareda del cerebro mortal, para que se cumpla la palabra: *Stat Crux dum volvitur orbis*. Golpéense, abandónense, olvídense, ódiesen, despréciesen, mátesen, ¡qué importa! ¡Todo vanidad! Estériles rebeliones. Fortalecidos por nuestra conciencia, sólida e incommovible para siempre, seremos aquellos a quienes san Ambrosio llama: «*Candidatus martyrum exercitus*». En fin (y es esto lo que importa en tan espantosa hora), tenemos un derecho cuya triple esencia supone cualquier otro: así el Hijo es engendrado por el Padre, y el Espíritu procede del Padre y del Hijo. Y no hay otro pensamiento inicial, tanto en la tierra como en los cielos. Por consiguiente, Sara, puesto que, por milagro, me ha sido dado poder actuar, aquí, de un modo eficaz y salutífero, me revisto de la fuerza, en nombre de Dios, contra ti, para salvarte de tu horrenda naturaleza. ¡Volverás a la mazmorra! Ayunarás allí hasta que tu miserable carne, que se rebela, quede domada. Tu belleza es la apariencia del infierno: ¡tus cabellos te tientan!, ¡tus miradas son relámpagos de escándalo! Todo debe extinguirse pronto y convertirse en polvo; pues es una ilusión de las tinieblas exteriores donde todo se transforma y se desvanece... Pongo por testigo la lombriz. No podrías verte tal como ahora eres sin morir. ¿Imaginas acaso que Magdalena no era también bella? Sábelo pues, en cuanto se reconoció, iluminada por una mirada de Dios, la sublime pecadora conservó de ello, toda su vida, un estremecimiento de horror. Ruega, como rogó ella, para obtener lo que nos ilumina. ¡Que te sirva de ejemplo hasta el postrer suspiro! ¡Y serás nuestra hermana, nuestra santa, nuestra hija! (*Un silencio.*) Tal vez algún día, si tu arrepentimiento es sincero, estés de nuevo entre nosotros. Lo dudo; pero mi deber es esperarlo... pues la misericordia y el amor divinos no tienen límites. Hasta entonces, rogaremos por ti día y noche, entre la consternación, las lágrimas y el ayuno. Yo mismo, al pronunciar la fórmula del exorcismo, revestiré por vos el cilicio. (*Desciende. Impenetrable, Sara no se ha inmutado ni una sola vez, ni ha levantado los*

*ojos.) Pero, ¡he aquí una inspiración que procede directamente del cielo! Bajo esta losa descansa, entre los ángeles, la santa fundadora de esta antigua abadía, la bienaventurada Apolodora. Esta sepultura, la vecindad de estas taumatúrgicas reliquias, es el *in pace* que os conviene. Aquí, la muy benigna intercederá por vos, a vuestro lado, durante la vigilia y el sueño, santificando vuestro pan y vuestra agua, si participáis en su conmemoración. (Con la punta de su pesado báculo, descorre los dos cerrojos de la gran losa funeraria, luego lo pasa por la anilla. La piedra, cediendo ante el esfuerzo del sacerdote, se levanta. Aparecen los anchos peldaños terrosos de una excavación sepulcral: la gran losa permanece abierta, erecta sobre sus pasadores.) Esta es la puerta... *janua*... por la que tengo derecho a obligaros a entrar en la vida; pues, como dice con gran profundidad san Ignacio de Loyola, «el fin justifica los medios»; y está escrito: «¡Obligadles a entrar!...». ¡Venid, querida hija, amada hija! Bajad aquí. ¡Permaneced en la felicidad! La limosna que nos habéis hecho os vale, sin duda, esta gracia postrera: aprovechadla. Bendecid pues nuestra prueba para que os sea satisfactoria y, a vuestra vez... (Humildemente, se inclina ante ella.) ¡Rogad por mí!*

Sara levanta por fin los ojos hacia el sacerdote. Mira el sepulcro que se abre ante ella. Muda y sin que sus rasgos revelen impresión alguna, se dirige hacia una columna. Toma, de entre los exvotos que cuelgan allí como agradecimiento de los marineros, una antigua hacha de doble filo, una bisarma; luego regresa, lenta y gélida siempre. Llegada junto al abierto agujero, extiende simplemente el dedo hacia la fosa y le hace al anciano sacerdote un signo vago e imperativo: el de bajar, él, a la tumba.

Atónito, el arcediano retrocede. Sara avanza hacia él, con el hacha levantada esta vez, ¡y refulgente! El anciano mira a su alrededor y, luego, la mira a ella. Se ve solo; si su boca se abre, la temible arma, en el joven puño, tranquilo y rebelde, parece dispuesta a caer como un rayo. Sonríe con una especie de amarga compasión, se encoge tristemente de hombros y, como para evitar un crimen más horrible aún, obedece ante los fríos ojos de Sara.

Se envuelve en una gran señal de la cruz y baja los peldaños, golpeándolos con su báculo y rozándolos con su larga capa negra. Poco a poco, su cabeza, con la mitra dorada, se hunde y desaparece.

LA VOZ del arcediano, en la bóveda subterránea: *In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum.*

ESCENA IX

Sara

Sara, sola, arroja el hacha, con un gesto hace caer la losa y empuja, impasible, con la punta de su sandalia, cada cerrojo.

Hecho eso, se acerca a la ventana y sacude la cuerda del vitral; la ventana se abre de par en par, violentamente. Una bocanada de nieve y viento nocturno invade la iglesia y apaga los cirios.

Entonces, Sara desgarrá, en la oscuridad, el sudario y anuda sólidamente, una a otra, las dos mitades. Inmediatamente después, tras haber arrojado un hábito de peregrino sobre sus ropas de fiesta, y de pie en la silla abacial, alcanza, en un vigoroso y grácil impulso, una de las barras de hierro, la agarra con una mano y se iza, de un salto, hasta el borde de la ventana.

Se desliza luego entre los barrotes, en el alféizar exterior, y mira hacia fuera, abajo, al espacio, a lo lejos, en el infinito.

Fuera aparece la noche, horrenda, oscura, sin una estrella. El viento sopla y ruge. Cae la nieve.

Sara se vuelve, sujeta a un barrote el paño retorcido y desgarrado, prueba con una sacudida el nudo.

Se cubre la cabeza con la gris capucha del hábito; luego se agacha, desciende y desaparece, por fuera, colgada, silenciosamente, en la noche lluviosa y helada.

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO TRÁGICO

Quia nominor leo.

FEDRA

1.-

Los vigilantes del soberano secreto

Una alta sala con techo de roble; una lucerna de hierro cuelga en medio de las entrecruzadas vigas. Al fondo, gran puerta principal que da a un vestíbulo. Esta puerta está coronada por el escudo de Auersperg, sostenido por sus grandes esfinges de oro.

A la izquierda, gran ventanal gótico que deja ver, en el horizonte, inmensos y brumosos bosques.

A la derecha, escalera de piedra construida en la muralla; en lo alto de la escalera, puerta cimbrada que comunica con una de las torres.

Crepúsculo oscuro ya.

La sala es tan profunda que da la impresión de un colosal edificio que data de los primeros tiempos de la Edad Media. A la derecha, vasta chimenea donde arde un gran fuego que ilumina la escena. En el espacioso manto del hogar se amontonan polvorientos infolios. En anchos anaqueles de madera negra, adyacentes, se ven alambiques, esferas astrales, antiguas lámparas de arcilla, desmesurados esqueletos de animales de especies desaparecidas. Hierbas secas.

En los muros, trofeos de armas antiguas, oriflamas orientales, antiquísimos retratos de castellanas y de altos barones de Alemania. Entre armaduras sarracenas, enormes buitres y grandes águilas leonadas, clavados con las alas extendidas.

En el segundo espacio, a derecha e izquierda, puertas; ante ellas cuelgan historiados tapices.

En medio de la sala, mesa puesta para un festín; pieles de zorros y de osos pardos a los pies de dos sitials de antañona forma, colocados en los extremos de la mesa, frente afrente.

Un anciano alto, sentado ante la chimenea, examina unas armas que acaba de bruñir. Lleva un jubón de lana parda, ceñido por un cinturón de cuero, y unos viejos pantalones de caballería, del mismo paño y matiz que el jubón. Eleva la gorra prusiana sobre sus escasos cabellos blancos, cortados a cepillo. Luce sobre el pecho la Cruz de Hierro.

ESCENA PRIMERA

Miklaus, *solo*: ¡Allí! Esas carabinas, esos cuchillos de caza... Todo brilla; la cantimplora está llena de kirsch; ¡cuidado con los lobos! (*Se levanta y mira a su alrededor.*) ¡Ah!, ha caído la noche. (*Se dirige a la ventana y mira a lo lejos.*) ¡Cómo sopla el viento allí, entre los abetos! Los brezos se doblan, no vuelan los murciélagos; signo de huracán. Cerremos bien la vidriera; el olor de los árboles, salubre de día, es malsano por la noche; sobre todo cuando se acerca la renovación.

ESCENA II

Miklaus, Hartwig y Gotthold

Hartwig y Gotthold entran por la izquierda. Son unos ancianos altos, de la estatura de Miklaus, que visten casi militarmente aún y de porte bastante noble; llevan también la Cruz de Hierro.

GOTTHOLD: Miklaus, es hora ya de encender las antorchas para los dos comensales.

Miklaus, *bajando y frotándose las manos*: ¡Y también el fuego, pues se notan los últimos cierzos!
(*Se acerca a la chimenea y aviva el fuego.*) ¿De modo que el doctor no bajará a cenar aún?

HARTWIG, *con un escalofrío*: No. ¡Brrr!, no ahorres sarmientos; ¡tiene que arder bien! ¡Oh, qué humedad cae aquí de las piedras! La otra ala del castillo es menos rigurosa, creo. Aquí hace frío; y es extraño, fuera el aire es tibio ya y se hace pesado, antiguo indicio precursor de una gran tormenta.

Gotthold, *estremeciéndose también y mirando a su alrededor*: Es que aquí el viento pasa entre la hiedra de fuera, que cubre de verde el granito. Sí, esta estancia es gélida.

MIKLAUS, *amontonando en la chimenea enormes troncos*: ¿Y por qué sólo se la habita los días de ceremonia? Sólo maese Janus viene aquí, a veces... (*Gotthold enciende los candelabros; Miklaus, incorporándose, contempla el reflejo de las luces en los muros y la madera, en los descoloridos cruceros de los estandartes. Y los ígneos azuleos de las largas espadas, de las cimitarras y las dagas, los ojos de las aves de presa, los bermejos ángulos de los marcos, los cañones de los arcabuces, de las carabinas lanzan fulgores que animan los rostros de los antiguos retratos.*) ¡Qué decadencia! ¡Ved esos cuadros! Los duros rasgos de los rhingraves, las hermosas frentes de las abuelas de monseñor Axel se han borrado; los tapices se han vuelto borrosos.

Hartwig: Y esta armadura de bronce, damasquinada de oro, conquistada en la primera cruzada por el príncipe Elcias de Auersperg, caballero de Alemania, al emir sarraceno Saharil I, ahí está corroída por la herrumbre y el asta de la lanza se ha roto a causa del moho.

MIKLAUS, *grave*: ¡Ah!, no quiero bruñirlos; ¡eso está embrujado!

Los tres veteranos, de pie ahora en torno al mantel blanco y las luces, destacan, iluminados, sobre el confuso fondo de las sombras que caen de las bóvedas de la sala. Son figuras enérgicas y preocupadas; la provecia edad y sus ocupaciones sedentarias en el burgo no han apagado aún la firmeza de su mirada. Una terrible cicatriz surca, de arriba abajo, el rostro de Gotthold; la manga izquierda del grueso chaquetón militar de Hartwig flota desde el hombro y la vacía bocamanga está cosida sobre su pecho; a la derecha, en la frente de Miklaus se abre la hundida huella de una bala.

Y a su alrededor, en efecto, en el aire de la sala, domina una impresión de extraordinaria solemnidad: la sufren, sin duda, evitando pensar en ella; hace más graves sus palabras y sus silencios.

GOTTHOLD, *a Miklaus*: ¿Sabes que el comendador va a abandonarnos? Otto, su criado, se ha puesto en camino esta misma mañana con el fardo de viaje de su dueño... ¡Y de aquí a las fronteras de Prusia hay un largo camino!

MIKLAUS: ¡Cómo!, ¿ese brillante señor se marcha sin ni siquiera haber visto al doctor Janus?

GOTTHOLD: Sí. Esta noche. Es el festín de despedida. Coloca esas hermosas matas de romero, esa brazada de verbena, de rosas silvestres y menta entre los candelabros: las flores dan aire de fiesta. Y también este cesto de frutas; son las mejores: han sido picadas por los pájaros. Nuestro visitante entiende.

HARTWIG, *casí para sí mismo*: ¡Extraño visitante que no quiere ver nada!

GOTTHOLD, *con aire suspicaz*: ¡Hum!... y que lo ve todo.

HARTWIG, *mirándole*: ¡Ah!, es cierto: tú también... Tú...

GOTTHOLD, *canturreando*:

*Negro pelo y barba que rojea,
Desconfía si lo deseas.*

MIKLAUS, *mirándoles*: Hartwig y tú parecéis encantados con esta partida.

Gotthold, *indiferente*: Un hombre que se va.

HARTWIG, *mascullando*: ¡Hombre pálido, hombre dañino!

Gotthold, *en voz baja*: El nuestro está lívido como la plata; tiene el color de Judas.

Hartwig, *a Gotthold, tras unos instantes*: Como la zorra, no puede dar buenas pieles; como decíamos, en Heidelberg, los estudiantes... antaño.

Los tres se sientan en torno al fuego, avivado ahora y llameante.

MIKLAUS: Sin embargo, al joven señor parece gustarle su compañía: ¿no es acaso su pariente? El difunto conde de Auersperg le presentó, antaño, al rey...

GOTTHOLD, *atizando*: Sí, el padre lo sacó de la oscuridad, y han transcurrido veinte años sin que el favorecido se preocupara por el hijo. Ha sido necesaria la circunstancia de esta herencia, de interés, para recordarle, allí, en la corte de Prusia, que su primo el conde Axel de Auersperg, príncipe germano —y, además, jefe de la rama principal—, vivía solo, con muy ancianos servidores, en una fortaleza en ruinas perdida en medio de la inmensa Selva Negra. ¡Y entonces ha sabido encontrar guías!, ¡y dormir en los chamizos!, ¡y cabalgar, días y días, por caminos abruptos, claros recientes y montunas rutas!

HARTWIG, *preocupado*: Sí, tienes razón, Gotthold: ese hombre no es un amigo. Tendré siempre en la memoria el día de su llegada, la semana pasada; ¿no fue la víspera de Ramos? Cuando tras haber cruzado las salas desiertas del castillo, conducido por Herr Zacharias, se encontró, de pronto —cubierto de cruces y órdenes—, ante el joven conde; pues bien, en vez de ofrecerle ambas manos permaneció como atónito unos instantes. Y a nosotros, vejestorios, herrumbrosas corazas, soldados de antiguas guerras, servidores hoy condenados al exilio, pero que, según creo, ganamos, cada cual, nuestra Cruz de Hierro con mayor dificultad que él sus grandes cordones (sin que sea ofensa), ni siquiera nos reconoció.

GOTTHOLD, *pensativo*: El conde, con ese luto que tan bien sienta a su alta talla, levantándose y acogiéndole con su grave sencillez, tenía el aspecto de un joven león que lleva la raza en sus ojos. ¡Yo me sentí orgulloso!, como el día en que tuve el honor de ponerle, por primera vez, un florete en la mano. Y me atrevo a creer que, hoy, monseñor es, sin duda, una de las más peligrosas espadas de Alemania, si no la más temible.

HARTWIG, *levantando la cabeza y sonriendo*: Ciertamente Ukko no fue mejor cortesano para con ese viajero, en aquel momento. ¡Ingenuo diablo! ¿Recordáis que sujetaba con una mano la correa de sus tres feroces lebreles —que gruñían viendo al extranjero— y que sonreía inclinándose? ¿Y que preguntó en voz muy baja, al señor, si debía soltarlos contra aquel inesperado pariente?

GOTTHOLD: Ja, ja! ¡Qué travieso!

HARTWIG: Ese paje de antaño es la alegría del viejo burgo; además, es un ingenio firme ya, sutil y que asombra. ¡Parece una larga chispa!

GOTTHOLD: Y es ágil como una sombra.

MIKLAUS, *con una mueca de anciano*: Es un encantador bribonzuelo que me hace demasiadas jugarretas.

GOTTHOLD, *sonriendo*: ¡El bueno de Miklaus!... Vamos, caldeemos nuestros postreros ensueños con la hermosa juventud, como calentamos nuestras tres barbas blancas en ese claro fuego. Dejémosle jugar, incluso con nosotros; su maliciosa sonrisa nos reanima y es agradable verle.

MIKLAUS: ¡Bueno, bueno, sea! (*Atizando*:) Pero, volviendo a lo nuestro, los dos me sorprendéis cuando estáis insinuándome que monseñor no siente gran amistad por su primo. Desde la primera comida, sin embargo, se exhumó la antigua vajilla de plata y se exploraron los mejores rincones de la bodega.

GOTTHOLD: ¿Y eso qué demuestra? El conde cumple con su deber de hospitalidad, eso es todo.

MIKLAUS: Sin embargo, Herr Zacharias...

HARTWIG, *volviéndose hacia él*: Por cierto, ¿qué dice el viejo intendente? Es un hurón; y un financiero digno de aquellos tiempos en los que todo gran señor tenía su orfebre. No creo que el comendador Kaspar se le haya impuesto en las cuentas de la herencia.

MIKLAUS: ¡Precisamente! ¡Herr Zacharias le tiene en altísima y muy favorable opinión!

HARTWIG, *sorprendido, a Gotthold*: ¿Habrà la edad, a la larga, debilitado su razón?

GOTTHOLD, *pensativo*: Lo que Miklaus dice no me sorprende; he observado que, desde la llegada de nuestro personaje, Herr Zacharias está preocupado, taciturno... No sé... Merodea; está inquieto.

HARTWIG: Tiene algo en su espíritu.

GOTTHOLD, *en voz más baja*: Y además, él conoce seculares secretos de la familia... Sin mencionar... el TERRIBLE.

MIKLAUS Y HARTWIG, *juntos*: ¡Shttt, Gotthold!

Los tres ancianos miran a su alrededor con una especie de misteriosa inquietud. Gotthold se estremece y, con su gran zapato herrado, da una vehemente patada a los incandescentes troncos; éstos, de pronto, arrojan en la sala un enorme fulgor de llamas y chispas.

MIKLAUS, *tras unos instantes, prosiguiendo la conversación*: Yo, para concluir, mantengo que el conde Axel no se aburre en absoluto con su invitado. ¡Pero cómo!, si bebe con él, en una cena, más vino del que antes bebía en doce comidas: creo incluso que le está gustando, ¡y me alegro!

GOTTHOLD, *levantando la cabeza*: Bueno, Miklaus, deberías conocer algo mejor al joven dueño.

HARTWIG: ¡Sobrio hasta ayunar días enteros!

GOTTHOLD: ¡Que se priva de todos los goces de su edad!, ¡que gasta sus mejores años velando, allí, en la torre —¡y tantas noches!—, bajo las lámparas del estudio, inclinado sobre viejos manuscritos, en compañía del doctor.

HARTWIG, *a Miklaus*: ¿No comprendes que hace esos brindis sólo por cortesía? El castellano debe honrar a su huésped y darle satisfacción.

MIKLAUS: ¡Bla, bla, bla! Todo lo que queráis... Yo os digo que tras esos ocho largos días, comienza a distraerse. Mirad, esas partidas de caza con el comendador...

HARTWIG: ¡Déjalo ya! Para él es un medio de estar solo. ¡Olvidas que sólo le gusta el silencio! Si acepta, a veces, la compañía de Ukko es porque el niño, a su lado, se vuelve más mudo que su sombra y se sabe amado hasta la muerte por ese atento custodio con ojos de halcón. Con cualquier otro, una galopada en su semental Wunder y se pierde de vista, cruzando barrancos y setos. Gunther y Job, sus dos monteros menos viejos, hace mucho tiempo que renunciaron a seguirle; y el comendador de Auersperg vuelve al castillo, casi siempre, media hora después de la partida.

MIKLAUS, *soñador*: ¿De verdad? ¿Ah?... ¡Eso es distinto! Yo creía que, estos días, su primo le ayudaba un poco en esas peligrosas batidas por los bosques...

HARTWIG, *sonriendo*: Axel de Auersperg no necesita la ayuda de nadie cuando quiere destruir jabalíes u osos, o águilas. (*Señalando las murallas*:) Mira. ¡Peligro!... ¡Por san Wilhelm! Sabes muy bien que nuestro joven señor es de tal vigor que estrangula los lobos, con un solo apretón en la garganta, sin dignarse desenvainar su cuchillo de caza. (*En voz más baja*:) Por lo que se refiere a algo que le amenace de lejos, los veinte mil forestales de Schwartzwald, mineros, almadreñeros, leñadores, antiguos soldados, todos le son más adictos que al rey.

MIKLAUS, *reflexionando*: De hecho..., de hecho podríais tener razón. Además, es bastante sorprendente que ni siquiera haya pedido, creo, a maese Janus que abandone, por un momento, sus trabajos y su soledad para examinar un poco al visitante.

GOTTHOLD, *tras un silencio*: ¡Oh!, al doctor no le hace falta ver a la gente para conocerla.

MIKLAUS, *mirándole*: ¿Qué?

GOTTHOLD: La percibe, la adivina por el sonido de la voz de quienes le hablan de ella.

HARTWIG, *poniendo la mano en el hombro de Gotthold, riéndose*: ¡Vamos! ¿Maese Janus no será un brujo, de todos modos, Gotthold?

GOTTHOLD, *grave*: Yo me entiendo. Si el doctor no ha aparecido, significa que el comendador es sólo un indiferente que no merece una mirada y, en resumen, vale muy poca cosa. (*Un silencio*.) Por cierto, ¿has observado que maese Janus no envejece, Hartwig? ¡Y sin embargo hace muchos años ya que está aquí!

HARTWIG: ¡Es cierto, caramba! (*Riéndose*:) Es para creer que el culto a los astros impide envejecer.

Un silencio. Sólo se escucha el crepitar del fuego en la alta sala.

GOTTHOLD, *en un tono singular*: A mi entender, sus ojos no parecen los de un hombre de este siglo.

HARTWIG, *con risa forzada*: ¡Y ahora el bueno de Gotthold quiere darnos miedo!

MIKLAUS, *bajando la voz y en tono confidencial*: Reconozco que hay algo, en ese maese Janus, que despierta el afecto. Su modo de hacer el bien deja fríos a los beneficiados. Gotthold, nos ha curado a menudo, a nosotros y a los campesinos del lindero de los Grandes Bosques; pues no hay modo. ¡Nunca nos sentimos cómodos ante él! Hará pronto doce años que le sirvo cada día, es extraño... pero no puedo acostumbrarme; ni siquiera a creer que está viéndome.

HARTWIG, *soñador y también en voz baja*: ¿Acaso nosotros le hemos mirado bien alguna vez? Cuando aparece, nos sorprende como un desconocido. Cuando habla, raro acontecimiento, lo que dice, aunque siempre sencillo, parece como un reflejo entre dos espejos: te perderías en ello hasta el infinito. ¡Mirad!, lo mejor es no pensar demasiado en el doctor si queremos conservar, hasta la muerte, algo de sentido común.

GOTTHOLD, *grave, en el mismo tono*: Es un hombre de natural impenetrable. La impresión que produce resiste, en el ánimo, incluso todos los embates de la vida cotidiana. Cuando llegó solo, a caballo, el mismo día de la imprevista muerte del conde Ghérard de Auersperg, al finalizar las guerras contra el misterioso Napoleón, lo hizo en el crepúsculo matinal. Cuando le mostraron el testamento en el que el conde (que, al parecer, había conocido a maese Janus en los campos de batalla) le confiaba el cuidado de educar a su hijo, le observé. Parecía estar ya al tanto de la muerte y de esa última voluntad.

Desde hace un rato, fuera, el cielo se ha cubierto y las ráfagas anuncian una cercana tormenta. Dan las cinco.

HARTWIG: Escucha: ésta es la hora en la que nuestra hermosa y venerada castellana Lisvia de Auersperg, semejante a las de antaño, bajaba, siempre pensativa y tan grave, hasta el órgano de la capilla, hace veinte años.

GOTTHOLD, *a Miklaus*: ¿Recuerdas aquel ventanal de la gran galería donde el sol va a morir, al anochecer? A menudo se demoraba allí largas horas, acodada, pálida, vestida de luto, con el aspecto de un ángel y su libro de horas con cierres de esmalte en las rodillas.

MIKLAUS, GOTTHOLD Y HARTWIG, *levantándose y descubriéndose*: ¡Con Dios estén las almas de los muertos de la casa!

Vuelven a sentarse. Un silencio; se escucha fuera el rumor de la lluvia.

HARTWIG: Vamos, echa piñas en el hogar y dejemos ahí los recuerdos. Los años son ráfagas y nosotros las hojas que arrastran.

GOTTHOLD: Es igual; cuando Axel de Auersperg rompa el silencio, en algún solemne momento, creo que la cosa tendrá un rudo sonido.

MIKLAUS, *inclinando la cabeza*: ¡Las grandes puertas se mueven por los fuertes vientos!

GOTTHOLD, *casi para sí mismo*: ¡Ah!, es que siempre estuvo en su naturaleza convertirse en un hombre... sobrehumano.

Estruendo de trueno; fulgores de tempestad; lejanos rumores de los bosques.

MIKLAUS, *levantándose y dirigiéndose a una ventana*: ¡Pero qué tiempo!... El cielo ha cambiado mientras rememorábamos. La tormenta sacude la montaña. Por fortuna, el torreón es sólido aún.

GOTTHOLD, *de pie y mirando también a lo lejos*: Es cierto. Los relámpagos azulean ya el horizonte. Ved esos abetos: ¡cómo ilumina el rayo sus profundidades!

Escuchan la tempestad.

HARTWIG: Y desde aquí se oye el crujido de las ramas. ¡Qué diluvio! Por fortuna, los cañones están al abrigo y bien engrasados, entre las almenas.

MIKLAUS: ¡Cómo azotan las ráfagas nuestros viejos ventanales! ¡Y aumenta! Esta noche no tendremos luna. ¡Maldito tiempo! Sin duda el comendador no optará por marcharse hoy.

GOTTHOLD, *inquieto*: La lluvia atraviesa el follaje. ¡Y monseñor no ha regresado de la cacería! ¡Si al menos llevara su casaca de cuero!

Un gran resplandor, de un azul violáceo, surca la oscuridad de la sala.

MIKLAUS: ¡Ah, va a retumbar!

GOTTHOLD: Un triste y horrible relámpago, es cierto.

MIKLAUS: ¡Me ha parecido una mirada del infierno!

HARTWIG, *tras haber retumbado un fuerte trueno*: ¡Y es la víspera de Pascua!

ESCENA III

Los mismos, Ukko

Ukko entra por la izquierda, sin aliento, con un cuerno de caza al hombro, vistiendo un sayo de paño negro con ancho cinturón de cuero anillado de hierro, dos plumas de águila en el gorro de piel y un venablo en la mano.

UKKO: ¡Buenas noches, ancestros! (Apoya el venablo en una esquina del muro y se acerca.)

GOTTHOLD, MIKLAUS Y HARTWIG, volviéndose: ¡Ukko!

UKKO, alegre: ¿Estáis pensando, los tres, en el orden admirable de las estaciones?

GOTTHOLD: ¿Has abandonado la caza? ¿Dónde has dejado a monseñor?

UKKO: En una caverna, a unos cinco kilómetros de aquí, mirando, de vez en cuando, cómo se acercaba la tormenta.

HARTWIG: ¿Y la jornada?

UKKO: Un gran lobo cerval, una loba y su carnada, dos zorros y un buitre. El buitre estaba perdido en las negras nubes, en el trueno, cuando la bala del señor le ha sorprendido. Yo he cazado los dos zorros. Pero... se trata de otra cosa... y quiero...

MIKLAUS: Bebe esa copa de vino del Rin y ven a calentarte, feo gnomo.

Ukko, bebiendo: Gracias. No tengo frío. Tengo que deciros...

HARTWIG, *palpándole la manga*: ¡Cómo!, ¿nada debajo? ¡Había olvidado su jubón!... Está mojado como la hierba.

UKKO: No es nada. Vais a saber, pues...

MIKLAUS: Vamos, ponte ahí, vas a caer enfermo. Caliéntate.

UKKO: ¡Os digo que no os preocupéis! Figuraos que...

HARTWIG, *inquieto*: ¿Acaso le ha ocurrido algo al conde?

UKKO: ¡No, puesto que estoy aquí! Ah, si supierais...

MIKLAUS, *a Gotthold*: Encuentro que el niño está muy cambiado desde ayer. Estás pálido, Ukko. *Ukko se cruza de brazos y les mira.*

HARTWIG: Habla, pronto. Nos preocupas.

UKKO, *golpeando, impaciente, con el pie*: ¡Por los cien dioses!

HARTWIG Y MIKLAUS, *a Gotthold que, silencioso, se ha sentado junto al hogar*: Cállate, Gotthold. (A Ukko:) Te escuchamos.

UKKO, *comenzando su relato*: Ayer por la noche...

MIKLAUS, *a media voz*: ¿Oís cómo truena?

UKKO, *furioso*: ¡Ah! ¿No queréis escucharme, a fin de cuentas?... Muy bien. ¡Me voy! ¡Seculares charlatanes, sin igual bajo la capa del cielo!

GOTTHOLD: ¡Silencio! ¡Los niños tienen la palabra!

UKKO, *furioso aún*: ¡Cómo!, tenéis casi tres siglos entre los tres, habéis escuchado miles de tormentas, rayos, aquilones y espantosas batallas, ¿y prestáis atención a una mala borrasca... cuando quiero contaros una historia?

GOTTHOLD: ¡Qué cabeza loca!

HARTWIG: ¡Una dulzura!

UKKO, *igual*: Pero a mí, que tengo, tan sólo, diecisiete años, no me preocupan un comino los relámpagos ni el viento, ni la lluvia, ni todos los temblores.

MIKLAUS: Está bien. Cuéntanos, sin pausas...

UKKO: No. Prefiero marcharme. No sabréis nada. Ya está.

GOTTHOLD: ¿Hablarás de una vez, diablo maligno? ¿Qué ocurre?

UKKO: Miklaus y Hartwig volverán a interrumpirme... Y además... Pero no: no me queréis...

HARTWIG, *sonriendo*: ¡Trasgo malvado!

UKKO: No os importa lo que me pasa.

MIKLAUS: Dinos, despacio...

UKKO: Adiós. (*Da unos pasos para salir; los tres ancianos se apresuran y le retienen, medio sonriente, medio enojado, entonces, de pie entre las flores de la mesa, iluminado por los candelabros, también por los fulgores del hogar y los violáceos relámpagos, medita, negro y brillante, mientras los tres servidores, sentados a su alrededor, le escuchan con una vaga ansiedad. Habla sonriendo, como perdido en un sueño, mientras en la lejanía parecen acompañarle unas arpas, sobre el fondo de la tempestad.*) Ayer, en la Selva, tras la primera estrella, encontré una pequeña hada, ¡oh!, mil veces más hermosa que todas las de Harz... Una muchacha. Cantaba con voz tan fresca como el murmullo de los

manantiales y, balanceando en una mano una cestita de cerezas silvestres, caminaba bajo los abetos. Había anudado con prímulas, en su espalda, las dos trenzas castañas de su pelo al talle de su corpiño de terciopelo. De vez en cuando, acariciaba a un gran sabueso blanco que, alegre, saltaba a su alrededor. ¡Oh, qué hermosa era! ¡Sus ojos eran dulces como el anochecer!

MIKLAUS, *sonriendo*: ¡Ja, ja! El joven Ukko ya...

Gotthold le tapa la boca con la mano.

UKKO: Durante algún tiempo la seguí, oculto en el largo claro. De pronto, aparté los abrojos y me acerqué a ella. Apenas se cruzaron nuestras miradas cuando nos dirigimos una amistosa sonrisa. Y sin embargo, nunca nos habíamos visto. Nos tendimos la mano sin ni siquiera pensar. Su blanco compañero me miró con fijeza; también él parecía reconocerme. Un momento más tarde, él y Holf, mi gran lebrél, eran ya viejos amigos. En silencio, ella y yo, uno junto a otro, recorrimos el camino que lleva a ese torrente donde se inician los robles. Allí está la casita de su padre, Hans Glück, el guarda forestal. Entré. Él levantó los ojos; luego, tras habernos mirado bien, me ofreció la mano y me acogió en su hogar. Luisa puso dos copas en el mantel blanco. ¡Ah el buen kirsch tan claro, que tan bien sabe preparar ella! Nos sirvió, durante la charla, con su dulce mano... Llegada por completo la noche, cuando ella me despedía en el umbral, puse en su dedo el anillo familiar que tan sagrado me era. Silenciosa, me besó en la frente; sus ojos eran graves y dos hermosas lágrimas cayeron de sus pestañas sobre mis párpados. ¡Huí! Era tan feliz que me eché a llorar en los bosques. ¡Me ahogaba! Holf ladraba y me arrastraba alegremente hacia la casita. ¡Ah, Luisa Glück! Es puro cielo, y es fuego su beso; tengo en el alma tan delicioso deseo de ella que no puedo respirar, ¡tan enamorado estoy y tanto la amo! Nos casaremos en otoño, ¡como muy tarde! Soy... ¡Soy feliz! Y si a alguno de vosotros tres se le ocurriera morir antes de las bodas... ¡Ah!... ¡Me enfadaré!

GOTTHOLD: Seré tu escudero de honor, Ukko.

UKKO, *riéndose y tirando de la larga barba de Gotthold*: ¡Gracias, mil veces gracias! (*Señalando a Miklaus y a Hartwig*:) Y aquí tenemos algunos padrinos...

HARTWIG: ¡Pero cómo! ¡Pero si la vi nacer... anteayer, a tu pequeña Luisa!

UKKO, *pensativo y mirándole*: ¿Anteayer? En efecto, eso es. Para la gente ordinaria eso supone dieciséis años y medio.

HARTWIG, *a media voz*: ¡Ya!

UKKO: El uno dice: «¡Ya!». Y el otro: «¡Por fin!». Comienzo a creer que es la misma palabra, invertida.

MIKLAUS, *riéndose*: Me parece extraño que el tío Glück —valeroso soldado sajón, por otra parte— te entregue a su hija, amigo mío.

UKKO, *poniéndole la mano en el hombro*: Eres muy afortunado al poder encontrar aún, a tu edad, cosas extrañas.

HARTWIG: Miklaus no se equivoca, esta vez: eres hermoso, pero eres una sombra.

UKKO: Mi buen Hartwig, ¿acaso no te duele la sombra de tu brazo izquierdo cuando el tiempo cambia?

HARTWIG: Sí. ¿Por qué, hijo mío?

UKKO, *risueño*: ¡Ah!, pregúntaselo a la bala de cañón que te arrebató su realidad en Lutzen. Sólo quería que advirtieses que una sombra es algo.

GOTTHOLD: El niño tiene buenas razones para ser feliz, ¡y lo antes posible! Sois espíritus apesadumbrados. Pero, cuidado. Oigo... ¿eh? Esos pasos...

MIKLAUS: Sí; en la galería de los Caballeros.

HARTWIG: Creo que es nuestro huésped. Pronto, más troncos al fuego, Miklaus.

UKKO: Y, no sabiendo que haya motivo para manifestar al verle respetuosa alegría, saludémosle y separémonos de él.

GOTTHOLD: Él es, en efecto.

Ukko, reuniéndoles, misteriosamente, a los tres: Escuchad: el futuro abuelo de vuestros ahijados me ha regalado, esta mañana, una jarra de kirsch rosado, más valioso que el del rey. Amigos, os invito a que lo probéis conmigo en la sala de armas. Allí estaremos en casa. Y, a la espera del dueño, de nuestro buen Axel, gentilhombre de los bosques, príncipe de su montaña y señor de los torrentes, ¡oh!, beberé, con vosotros, por Luisa Glück, mi prometida.

MIKLAUS, GOTTHOLD Y HARTWIG, *con un dedo en los labios*: Shttt.

Kaspar de Auersperg entra por la derecha. Aspecto de grandísimo señor. Unos cuarenta y tres años. Ropa de viaje, esclavina corta, de paño negro. Porte de gran elegancia. Alta talla. Insignias de órdenes en su pecho.

ESCENA IV

Los mismos, el comendador Kaspar de Auersperg

EL COMENDADOR, *para sí mismo, mirándoles*: No. Ésos no. Son piedras; y el niño es el fiel perro de su dueño. Al otro, al mayordomo, al tal Herr Zacharias, a ése hay que atacar.

UKKO: Si el comendador de Auersperg desea aguardar aquí a monseñor, he aquí vino del Cabo, canastre, fuego y libros.

EL COMENDADOR: ¿Va a regresar pronto el conde?

UKKO: Dentro de una hora, como muy tarde.

UKKO y los tres veteranos saludan y salen. *Desde hace unos minutos, el huracán parece haberse apaciguado: ya sólo resuena con largos intervalos y, a lo lejos, la lluvia casi ha cesado; sin embargo, a través de los vitrales, el cielo permanece cubierto y amenazador.*

Escena V

El comendador Kaspar de Auersperg

EL COMENDADOR, *solo*: ¡Magníficos vejestorios! Todo eso recuerda un buen campo de batalla, un buen invierno y una buena muerte. (*Mirando a su alrededor*;) ¡Qué nido de búho! Ha hablado de libros. Sin duda historia antigua. Veamos. (*Abre un infolio*.) El vino puede pasar; es casi tan añejo como los que lo embotellaron, y su maravilloso caldo soporta, sin embargo, la edad sin debilitarse. (*Leyendo*;) *Tratado de las causas secundarias*. (*Se ríe*.)

Ja, ja, excelente título!...*Tratado de las causas secundarias*. La tal jerga me parece de una claridad... ¡Ja, ja! Sigamos un poco. (*Leyendo sin más*;) «*Procul a delubro mulier semper!*».

El epígrafe, hay que reconocerlo, no es precisamente muy galante. (*Prosiguiendo la lectura*;) Capítulo primero: *Los silenciarios*. ¡Demonios!

«Cualquier verbo, en el círculo de su acción, crea lo que expresa. Mide pues lo que por voluntad concedas a las ficciones de tu espíritu.» (*Cerrando el libro y arrojándolo sobre los demás*;) ¡Cuentos! (*Bosteza. Luego, pensativo, tras una ojeada a los objetos que le rodean*;) Ya está. Ya no lo dudo. Mi joven castellano se entrega, de pleno, a la hermenéutica, la cábala y esas historias de sabbat. No cabe duda de que el tal maese Janus le insufla y destila en su cabeza esas gruesas supersticiones... que, por mucho tiempo aún, seguirán siendo el vicio de Alemania. Sus entrevistas deben referirse a la Santa Vehme o a los rosacruces. De hecho, en nuestra familia los hubo, pero... cuando estaba de moda. Me explico perfectamente que este hurraño insensato no haya juzgado adecuado, hasta hoy, aparecer ante mis profanos ojos. Le hubiese ejecutado, por las buenas, con dos o tres pullas mordaces. (*Un silencio. Se sienta junto a la mesa y se sirve de beber*.) Lo reconozco: esta mansión, incluyendo sus habitantes, me parece improbable. Me encuentro aquí paradójico. Llevan en ella trescientos años de retraso, con el reloj en la mano. ¿Creía vivir en los albores del siglo XIX? ¡Qué error!... Al cruzar este umbral, advertí que vivía bajo el emperador Enrique, en tiempos de las guerras de investidura.

Sea. ¡A la salud de dicho emperador! (*Bebe*.)

Pero me gustaría tanto ver clara esa anormal existencia que aquí dentro llevan... Por lo que a mi noble primo se refiere, siento sólo una muy moderada simpatía por ese joven héroe de otro tiempo. Es, ciertamente, de un carácter... de los más indefinibles. Por otra parte, cualquier hombre que, cerca ya de los cuarenta, se interesa por algo que no sea él mismo, no es digno de vivir. (*Un silencio*.)

Ahora, veamos: es un gentilhombre muy apuesto, debo reconocerlo, aunque de pinta algo fatal. Tiene incluso un soberbio aspecto, con su alta talla, y no carece de una suerte de salvaje distinción... que produciría un gran efecto en la corte, donde se mueren por la novedad. Desde aquí me parece ver a las musicales damas de la reina, la noche de su presentación: la princesa de Sabelsberg, la condesa de Walstein, ¡ja, ja! Un éxito fulgurante a primera vista, o me equivoco extrañamente. Supo acogerme con perfecta cortesía y mostrarse un gran señor cediéndome su parte de la herencia, pese a su pérdida fortuna... Estoy seguro de que, bien dirigido, el conde Axel de Auersperg podría conquistarme, ante el rey, ciertas influencias... de muy apreciable utilidad; ¡el antiguo asunto de su padre y los tesoros está ya tan olvidado! (*Tras un silencio*;) ¡Oh, mi vieja ambición siempre, hasta hoy, burlada! (*Sombrío y mirando a su alrededor*;)

También ésta es una bruja. (*Su mirada se posa en la mesa*;) He aquí la cena de mi partida. ¡Una mesa que alegra la mirada! Estas hermosas flores silvestres... Está muy bien y es del mejor gusto. (*Silencio*.)

¡Qué singular aire se respira aquí! Siento la impresión de algo desconocido en esta vieja morada. Veamos; creo haber adquirido, sobre mi joven primo, cierto ascendiente: esta clase de naturaleza es, en verdad, de una debilidad infantil. Le llevo unos veinte años de adelanto, y eso, unido a mi parentesco, me ha permitido ciertas libertades que pronto se hicieron familiaridad, un tono protector en nuestras charlas, en resumen, una de esas aparentes despreocupaciones en la palabra, cuya bien calculada redondez acabaría, por poco que se graduase, por hacer tolerable, insensiblemente, hasta la impertinencia... Tengo que intentar, esta noche, combatir la influencia del tal maese Janus. Quiero demostrarle, a los postres, que la Gran Obra es seguir el propio camino en el mundo y ocupar, de grado o por fuerza, el lugar en el que deseamos sentarnos. (*Pensativo*;)

¡Como si todas las fantasmagorías de la tierra y todas las sentencias de los filósofos valiesen, en realidad, la mirada de una mujer hermosa! Y la juventud, ¡ay!, la hermosa juventud. ¡Esa es la verdadera magia! Una hermosa criatura es algo que se comprende enseguida, ¡sin esfuerzo!... ¡Eso es lo que está claro! (*Mira el cristal de su copa a la luz de las antorchas*.)

De buena gana creería que toda esa sombría vecindad de bosques, torrentes, valles, reforzada por la soledad, ha alimentado en su espíritu esas ideas absurdas. ¡Bah!, el mal curaría en ocho días, allí... Y estoy seguro de que, en mis manos, este muchacho se convertiría en un útil instrumento. (*Se levanta y pasea.*)

Da igual: estoy preocupado. No es natural que un muchacho que, en verdad, no es un espíritu vulgar, acepte deliberadamente la vida de oso que lleva aquí el conde Axel de Auersperg. Todo el amor por las ciencias ocultas no podría legitimar semejante reclusión, tan largo, tan lejano, tan voluntario exilio. Y hay algo más. (*En voz más baja y en un tono singularmente pensativo, tras una taciturna mirada a la sala:*) Hay aquí algo. (*Reflexionando y contemplando, distraídamente, el fulgor de los relámpagos:*) Hace ocho largos días ya que estoy en este cubil olvidado, almenado, antañón, cuya arquitectura, cuyos alrededores y silencio ya sólo pueden interesar, hoy, a vanos ideólogos. Ciertamente, no me hubiera aburrido aquí tanto tiempo sin esa confusa y tenaz impresión de no sé qué desconocido. Y puesto que no se ha disipado todavía, significa que es seria y... no me gusta volver con las manos vacías. Desearía ardientemente poner en claro el enigma. Interrogar al tal Herr Zacharias hubiera sido imprudente, antes de ahora. Pero puesto que hoy abandono, y sin lamentarlo, estos inquietantes muros, podré, dentro de un rato, cuando el viejo intendente... (*Viendo entrar a Herr Zacharias:*) Helo aquí.

ESCENA VI

El comendador Kaspar de Auersperg, Herr Zacharias

HERR ZACHARIAS, *en el umbral, mirando al comendador*: Ha llegado la hora. Hablar es un deber.

Cierra las puertas con precaución.

EL COMENDADOR, *para sí, mirándole*: Si éste es también un brujo, hay que reconocer que el Diablo tarda tiempo en llevárselo. (*Mirándole de abajo arriba.*) ¡Pero bueno, si... el muchacho tiene cien años! Estudiemos un poco esos vestigios: mirada encubierta, diplomática, labios finos... sí, pero una nariz sin penetración. Bien. (*En voz alta:*) ¡Buenas noches, Herr Zacharias! ¿Pero qué os pasa? ¡Por mi gaznate!, parecéis conmovido.

HERR ZACHARIAS, *grave, acercándose al comendador*: Monseñor, tuve, más de una vez, el honor de encontrarme con vos, hace veinte años. Erais el amigo del difunto conde; debéis amar a su hijo.

EL COMENDADOR, *para sí*: La abnegación es su lado débil. (*En voz alta:*) Es un joven de porvenir, y haré cualquier sacrificio para verle ocupar su rango en el mundo.

HERR ZACHARIAS: He pensado noche y día desde que llegasteis, monseñor. Tengo contados los instantes de mi vida; vuestra presencia es una ocasión, por completo inesperada, que debo aprovechar.

EL COMENDADOR: ¿Mi presencia?

HERR ZACHARIAS, *preocupado*: Sí. Quisiera revelaros algo prodigioso. Algo... ¡Oh, la más extraña de las cosas! Si queréis oírla, debo apresurarme, es un relato difícil... Las horas pasan y partís esta noche.

EL COMENDADOR: ¡Muy solemne estáis para hablar seriamente, Herr Zacharias!

HERR ZACHARIAS: Monseñor, nunca hablo sin medir bien todos los términos que utilizo. Pero resulta realmente imposible encontrar los exactos para calificar los hechos que deseo exponeros. En resumen, si hay, en la tierra, un secreto que merezca el título de... SUBLIME... puede decirse, ciertamente, que se trata de ése. Sólo con pensarlo... me produce vértigo... Ya lo veis: estoy inquieto, al hablar de ello.

Ruido de la tempestad. Mira a su alrededor.

EL COMENDADOR, *tras unos instantes*: ¿Y ese secreto nos interesa, al conde y a mí?

HERR ZACHARIAS: En primer lugar. Y luego a Alemania. Y luego... al mundo entero.

EL COMENDADOR, *para sí*: ¡Qué anciano! ¡Hum! Inesperada franqueza, que me turba. ¿Qué aspecto elegir? ¿La indiferencia o la atención? Es preferible la indiferencia: se esforzará por convencerme. (*En voz alta:*) Hablad. Pero estás grave como un embajador de Oriente. Me asustas. ¿Será muy larga tu historia?

HERR ZACHARIAS: Creo estar en condiciones de aseguraros que no lamentaréis haberla escuchado hasta el final. Antes de media hora, sin duda, el conde estará de regreso; tengo pues, estrictamente, tiempo para decirlo todo, y el silencio me oprime desde... ¡Oh, desde hace tantos años! (*El comendador se sirve de beber, sonriendo, con las piernas cruzadas, acodado en la mesa e iluminado por las antorchas. Herr Zacharias está de pie ante el fuego; su mano se apoya en el respaldo de la otra silla. Bajando un poco la voz:*) ¿No recuerda monseñor un extraordinario acontecimiento que ocurrió en Alemania —y que tuvo su resonancia en el mundo—, en la época de la muerte del conde Ghérard de Auersperg?

EL COMENDADOR, *sonriendo*: ¿Un acontecimiento... extraordinario?

HERR ZACHARIAS: Sí.

EL COMENDADOR: ¡Nada extraordinario he visto nunca bajo el sol, Herr Zacharias! Excepto... (*De pronto, como impresionado por un lejano recuerdo, da un respingo, mira fijamente al viejo intendente y permanece sin habla unos instantes. Luego, con voz cambiada y grave:*) Comienza.

Tras esta palabra, Herr Zacharias saca de su hopalanda un mapa militar y diversos papeles que despliega silenciosamente y, luego, extiende sobre la mesa, ante la mirada del comendador de Auersperg.

El relato de Herr Zacharias

HERR ZACHARIAS, en el tono de un hombre que, primero, suelta un discurso escrito y aprendido desde mucho tiempo atrás; luego, poco a poco, se anima e improvisa: He aquí unos papeles y documentos; remiten a aquel preciso momento de nuestra Historia en que se produjo el acontecimiento del que hablo. Estábamos entonces bajo los efectos de aquella invasión que, hoy, nos parece una suerte de sueño fatal.

A las sucesivas noticias de las derrotas sufridas por nuestras armas en la Alemania central, pronto se mezclaron los rumores, semioficiales, de que el enemigo preparaba un súbito movimiento de retirada ofensiva hacia distintos estados situados por detrás de su aparente marcha. Inmediatamente, las ciudades de la zona que se creyó amenazada —en particular la electoral y financiera ciudad de Frankfurt— comenzaron a temblar presintiendo las exacciones y violencias que, sin duda, iba a ejercer la soldadesca francesa habiendo destacado, sobre todo, la leva, por tantas durezas allí, en las provincias invadidas. Napoleón parecía levantarse, a la vez, en todas partes; pues, con aquel extraño capitán que, en tres días, se hallaba de pronto a treinta leguas del punto donde nuestros cálculos le suponían, debíamos esperar las más sombrías sorpresas. Fue un espanto: ni siquiera creíamos tener tiempo de utilizar el empréstito de guerra obtenido hacía poco. Recordad, monseñor, el aspecto de las ciudades centrales, aquellas casas cerradas, aquel luto, aquel lejano tiroteo y aquellos perpetuos rumores del cañón; el toque de rebato que el viento dispersaba por todos los caminos...

EL COMENDADOR: Sigamos.

HERR ZACHARIAS: Sin embargo, incluso en aquellos estados que así se alarmaban, se ignoraba la real extensión del peligro cuya calamidad, en aquel preciso momento, habría multiplicado aún una circunstancia financiera de las más insólitas. En efecto, desde casi cinco semanas antes de tan funestos rumores, una afluencia de numerario de oro, procedente, por todas partes, de una especie de pánico y de una corriente de irrazonable confianza (no son raros estos fenómenos en tiempo de guerra), había irrumpido en los sótanos del Banco Nacional de Frankfurt. (Desplegando un papel de aspecto antiguo y amarillento:) En vano, para intentar poner diques al torrente, el propio banco había notificado, desde hacía mucho tiempo, que su capacidad ya sólo le permitía cobrar en especies de oro. He aquí el detalle de los valores que estaban allí entonces —almacenados, por lo que pudiera pasar, bajo las bóvedas de la Gran Tesorería—, en... casi cuatrocientos barriles de hierro, precintados con los sellos de la Confederación:

Activo, oro en monedas, del ahorro público, garantía de papel fiduciario, inmovilizado por la súbita interrupción del curso normal de los negocios en Alemania: 42 millones de taleros. Activo procedente de recientes emisiones del empréstito de guerra: 76 millones de taleros; numerario en oro. Sacos de depósitos valiosos confiados a la ciudad custodio, diamantes tallados, joyas de gran precio, gemas diversas reunidas en collares y gargantillas, perlas finas, obras de orfebrería, monturas artísticas, lingotes y galápagos de oro puro, con una estimación total de 78 millones de taleros. Envíos, en especies de oro, de las bancas particulares de Wurtemberg, Baviera, Sajonia y los grandes ducados, a título de sumas colocadas sin interés bajo la salvaguarda de la ciudad Estado, 75 millones de taleros. Depósitos diversos de las altas señorías y burguesías, 26 millones de taleros, también en oro líquido. Etcétera, etcétera. Total de las existencias así acumuladas en las estancias subterráneas y sótanos subsidiarios del Tesoro: unos 350 millones de taleros; es decir, añadiendo los excedentes omitidos, el inverosímil, desmesurado activo de más de mil cien millones de francos de Francia, representando la circulación, suspendida de pronto, de más de los dos tercios de monedas de oro, tanto en acuñaciones extranjeras como alemanas.

EL COMENDADOR, preocupado, observándole con atención: Sí, lo sé. Prosigue.

HERR ZACHARIAS: Por ello, habiéndose decididamente acreditado la noticia de una nueva invasión en este lugar de Alemania, la comisión superior de finanzas de la Confederación tuvo que dirigir a los regentes de la Tesorería el siguiente aviso: «Habiéndose reconocido de forma oficial que una parte notable de esos valores es nominalmente, de destino por completo militar, el imperial vencedor, si se dirigiese a Frankfurt y acabara ocupándola, podría, con toda la legalidad —alegando una preventiva y defensiva medida de guerra—, hacer caer el secuestro sobre la totalidad del enorme activo. Ahora bien, puesto que cualquier recobramiento ulterior podría presentar dificultades o negativas, fuera cual fuese

el final de la campaña, había motivo, siguiendo la costumbre en tan excepcionales circunstancias, para tomar, en aquel mismo instante, disposiciones de urgencia para que, sin más tardanza, esos valores fuesen dirigidos a un punto del territorio alejado de la acción de los beligerantes y situado, tanto como posible fuera, más allá del supuesto alcance del enemigo». Así pues, al recibir la decisión, el consejo financiero del Banco Nacional, tras reunirse en sesión secreta, eligió, para dirigir esta grave y peligrosa empresa, a tres de los más estimados oficiales-generales presentes en los puntos militares próximos a la ciudad; fueron el general príncipe de Muthwild, el general conde de Thungern y, por fin, el general conde Ghérard de Auersperg, que aceptó el mando.

Un silencio.

EL COMENDADOR, *pensativo, para sí*: Sí. Es un hecho de la historia de Alemania que permanece positivamente enigmático.

HERR ZACHARIAS: Estimó que dos mil jinetes sajones y ochenta carros-prolonga de los trenes de artillería bastaban. Distintas órdenes para la intercepción de cualquier ataque enemigo inmediato se dirigieron, en el acto, a los comandantes de las divisiones circundantes. Iban a hundirse en el cuarto suroeste; seguirían caminos no frecuentados —el conde de Auersperg a la cabeza del destacamento, el conde de Thungern en el centro, el príncipe de Muthwild a retaguardia— y, por un amplio circuito, llegarían a la ciudad fuerte conocida, sólo, por los tres jefes de la expedición.

La misma noche de la decisión, los cuatrocientos valiosos barriles de hierro, bajo la etiqueta colectiva de artilugios, municiones de guerra y proyectiles pesados, fueron izados, cargados y, luego, sujetados con cadenas y cuerdas, en los ochenta carros-prolonga, todo ello en el patio principal del Banco. Abandonado, tras una orden superior, por todos los empleados del servicio, estuvo rodeado durante la operación por los escuadrones de la escolta, y éstos desfilaron ante el porche, recibiendo dos tiros por cada cincuenta jinetes.

A medianoche, abandonaron la ciudad con los fanales apagados y mantenida en completa oscuridad.

¿Hacia qué ciudadela, acordada entre los tres comandantes y los regentes del Tesoro, debieron de dirigirse primero?... Sin duda les fue revelado, más tarde, a las altas instancias. Lo cierto es que, según la reiterada opinión de los exploradores, tras dos días de marcha hacia el suroeste más central, el conde de Auersperg, pudiendo temer, tal vez, alguna aparición extraña ante él, cambió espontáneamente de itinerario y, por iniciativa propia, en nombre de la terrible responsabilidad que gravitaba sobre su honor militar, se reservó, no confiando ya en nadie, el derecho a avisar a quien debiese sólo tras el cumplimiento esencial de la pesada tarea aceptada.

EL COMENDADOR, *pálido y sonriendo*: Siéntate, Zacharias, eres viejo; el relato fatiga tu voz. Bebe un dedo de este vino, rutilante y bermejo como todo el oro del que hablas. Eso te sentará bien.

HERR ZACHARIAS, *que ha rechazado con un gesto, inclinándose, y que parece sumirse, poco a poco, en una especie de visionaria ensoñación*: Sin duda entonces, en el fondo de su memoria, surgió el recuerdo de un impenetrable burgo olvidado en calmos y terribles bosques, de más de cien leguas de largo, y cuyos senderos, familiares en su infancia, le parecieron practicables para los estrechos carros que le seguían, llevando parte de la fortuna de Alemania. Sin duda recordó también que allí, en aquellos mismos bosques, un incólume receptáculo excavado siglos atrás —un lugar de tinieblas, cuyos accesos sólo él conocía— podía, al menos hasta la próxima paz, custodiar —¡fielmente!— lo que se confiara a sus profundas entrañas. Decidió pues conducir hacia ese lugar —por rutas sin duda aisladas de cualquier eventualidad de encuentro hostil— a hombres y tesoros de los que respondía ante la patria... Y lo hizo, monseñor, ¡mirad!, hasta esta región perdida en la que estamos. (*El comendador se estremece y le mira con gran estupor.*) Ciertamente, bajo la interminable Selva, en los alrededores de este burgo, bajo algún bloque rocoso cubierto hoy de árboles y hierbas, debe ocultarse la salida de una de esas cavidades subterráneas, excavadas antes de la Edad Media, cuyos secretos sólo conocían los primogénitos del gran señorío militar del que dependían y que, antaño, en caso de asedio, servían para el avituallamiento del burgo y para las salidas nocturnas... Y recordando, sin esfuerzo, el camino de la inolvidable salida, que en estas montuosas partes de los Grandes Bosques debe abrirse, en el interior, en una empinada pendiente...

EL COMENDADOR, *interrumpiéndole*: Aquí ya no te escucho. Si puede suponerse, en efecto, que el conde de Auersperg, en la fantástica decisión que le atribuyes, pensara poder enterrar, en el propio terruño de su dominio y sin despertar sospechas, tan importantes «municiones de guerra», ¿cómo creer que se atreviera a confiar en la discreción de los mil hombres que,

más tarde, sin duda, volverían a hablar, entre sí primero, de su singular tarea de la víspera? Aun admitiendo que ése fuera, por un instante, su pensamiento —turbado por excesivas alarmas—, ¿cómo creer que unos oficiales-generales como el príncipe de Muthwild y el conde de Thurgern no le disuadieran de ello negándose a prestarle su colaboración? Sueñas, Zacharias.

HERR ZACHARIAS, *como perdido en sus pensamientos y sin advertir siquiera la interrupción*: ¡Sí!, debió de conducir a través de un lluvioso crepúsculo, ensombrecido más aún por el alto follaje y el espesor de los setos, a través de las anchas sendas de la Selva, sólo a unos cien pasos del lugar preciso donde este antro, invisible aún, debía de entreabrirse, a las puertas del hereditario dueño; sí, debió de conducir... (*Levantando la cabeza y mirando fijamente al comendador*:) Un simple destacamento, ¡oh, de doscientos hombres, tal vez! —lo necesario, en fin, algunos tiros—, tras haber abandonado, a una o dos leguas del lindero, el resto de su escolta inútil ya. Llegado a ese paraje deshabitado y tan constantemente solitario, el cerco de los peligros quedaba atrás. (*Como contemplando una alucinación*.) Ante el súbito grito de alto proferido por el conde de Auersperg, la sinuosa columna de carros y jinetes se ha detenido, y el conde de Thurgern, abandonando el centro, va a colocarse ante el primer tiro. Auersperg, echando pie a tierra, se ha adelantado solo, hasta bastante lejos, reconociendo las líneas de los árboles, y, al dejar atrás algún antiguo seto de ramaje y alto verdor, desaparece de pronto. Nadie a su alrededor. Avanzando entre sombras que ya han caído, contempla algunas rocas con un velo de musgo y de hierba, que a la primera mirada ha discernido de las demás piedras ancestrales de los alrededores. Se ha tendido entre sus junturas, cuyo secreto le fue transmitido cierto día, estando solo, por su padre que lo había recibido del abuelo. Y, con un empujón especial, haciendo rechinar, bajo tierra, la herrumbre de las poderosas palancas de antaño, he aquí que dos de esas enormes rocas se separan, dejando al descubierto la entrada secular. Incorporándose entonces, con un grito, llama a su lado, uno tras otro, a sus rápidas órdenes, cada uno de los carros, que desfila, a su vez, ante la anchurosa abertura.

A la luz de grandes linternas, encendidas de pronto, los tres hombres de cada tiro, acostumbrados a las maniobras de los cañones, sujetan muy pronto a la trasera de sus prolongas el plano inclinado de hierro por el que —cortadas a hachazos todas las amarras— se deslizan los barriles de metal, lateralmente mantenidos por los montantes. Ruedan, precipitándose, por la pendiente subterránea y, por sí mismos, así arrastrados, se hunden con violencia hasta los perdidos límites de la larga caverna. Y el carro se aleja, recorriendo el camino forestal, pronto alcanzado por el siguiente; y así hasta el postrero.

Han bastado dos horas. Los otros dos jefes han vuelto a colocarse, en silencio, en los extremos del destacamento, al que, en un punto convenido, se unirá el conde de Auersperg. Él, que se ha quedado solo en la negra noche, pronto hace caer sobre la entrada prohibida las móviles rocas terrosas que se habían apartado o levantado. ¡Ya está! El vertiginoso tesoro queda bien enterrado en impenetrables tinieblas.

Y ahora, monseñor, dada en primer lugar esta convicción profunda y del todo natural de que los cuatrocientos toneles de hierro sólo contenían, como suele suceder en artillería, artilugios de plomo, pólvora o acero, municiones de guerra cualesquiera, en fin (¿cómo imaginar, por otra parte, la verdad ante su número!), los hombres del destacamento especial, elegidos entre los naturales de los países sajones más alejados de Schwartzwald, desviándose, en los bosques, por mil tortuosos senderos donde sólo el conde de Auersperg podía orientarse, derrengados por el largo camino, inquietos ante un encuentro enemigo en los alrededores de una imaginaria fortaleza, cuyas casamatas creían avituallar, con los ojos vendados, por así decirlo, ante su súbita llegada, por la lluvia y el crepúsculo y, al retirarse, por la noche, alcanzados muy pronto por el propio conde, durante su azarosa marcha, y teniendo que dirigirse al día siguiente a alejados puntos, en el punto álgido de la acción militar, ¿cómo no hubiera sido impotente, en uno solo de ellos, tal o cual oscura sospecha? Y, por lo demás, anunciándose como próxima la paz, ¿qué expolio podía ya temerse aquí?

EL COMENDADOR, *muy tranquilo, observando a Herr Zacharias*: ¡Qué ingenioso relato has imaginado, querido Zacharias!... La historia, ¡ay!, es muy diferente. Nos dice que los tres oficiales-generales, de los que hablas, habían recibido efectivamente el encargo, del alto consejo de las finanzas de la Confederación, de transferir a una ciudadela del oeste alemán inmensas riquezas nacionales. Obligados, por la irradiación de las tropas francesas, a imprevistos rodeos, los escoltas tuvieron que flanquear la frontera bávara y, luego, avanzar hacia el centro; y ello según una marcha indicada en mapas de guerra.

HERR ZACHARIAS: En el que tenéis ante los ojos.

EL COMENDADOR: Pues bien, fue a más de veinticinco leguas de cualquier proximidad a esta Selva Negra donde —a consecuencia, es cierto, de una circunstancia que no ha podido explicarse— el general de Auersperg, así como sus dos lugartenientes, se encontraron juntos, cierto día, algo por delante del convoy (que sin duda alguna fue capturado por el enemigo). Desde lo alto de custodiadas cimas, fueron divisados por una brigada de fusileros franceses que estaban de exploración...

HERR ZACHARIAS, *posando un dedo en el mapa*: ¡He aquí el lugar exacto!

EL COMENDADOR: El enemigo, al no poder hacerles prisioneros, abrió contra ellos un brusco fuego, continuado y mortífero, que, al parecer sin dejar vivo a uno solo, les exterminó en menos de un cuarto de hora. El conde de Auersperg fue hallado herido por varias balas en la cabeza y el pecho; y ésta fue, poco más o menos, la suerte de sus dos ayudantes. Ante esa más que equívoca fatalidad, no puedo sino convenir, con todos, que esta incidencia de guerra, unida a la ruinosa captura o a la inconcebible desaparición de las colosales riquezas... extraviadas... seguirá siendo, siempre, uno de los más extraordinarios enigmas de la Historia.

HERR ZACHARIAS: Monseñor, para mí resulta claro que una premeditada perfidia, una traición, una explosión tardía para los grandes que la concibieron, se ocultó tras la aparente «fatalidad» de este asesinato militar. ¡Ah!, cuántas veces me he sentido siguiendo sus pasos, durante la profunda investigación que tan pacientemente he elaborado... ¡Para qué revelaros, siquiera, que el talonario, control de los recibos librados en nombre de los depositarios, fue destruido, quemado, ¡tengo la prueba! Sabed tan sólo que el enemigo no capturó más que prolongas, cubiertas aún, ¡pero vacías!, que el conde Ghérard de Auersperg, antes de entrar en la Selva, había expedido hacia los combates, hacia las fronteras de los principados del centro, el resto de sus dos mil hombres, a quienes de nada le servía ya unirse, ¡muy al contrario! De ahí los pocos jinetes que les rodearon durante el mortal acontecimiento que sucedió... justo dos días después de los hechos que acabo de reconstruir.

EL COMENDADOR, *tras unos instantes*: ¿En qué te basas para suponerlo?

HERR ZACHARIAS, *bajando la voz*: La antevíspera de aquel mismo día en que iba a morir, el conde de Auersperg vino aquí, al castillo, hacia la medianoche.

EL COMENDADOR, *muy pálido, levantándose de pronto*: ¿Estás seguro de ello?

HERR ZACHARIAS, *con tranquilidad*: Velaba yo en la sala baja del torreón cuando, primero, escuché el galope de su caballo que cruzaba la gran poterna y, de pronto, vi entrar al conde Ghérard ocultando su uniforme bajo un manto de caballería.

EL COMENDADOR: ¿Aquí? ¡Él!... ¿Por qué?

HERR ZACHARIAS, *algo extrañado*: Bueno, supongo que para besar en un tierno adiós, que fue supremo, a la que, en próximos días, iba a darle un hijo. La condesa Lisvia de Auersperg, encinta entonces de monseñor Axel, se había retirado aquí, durante esa guerra, y se hallaba siempre acostada, débil y enferma. Tuvo así, al menos, el goce de volver a ver a su esposo antes de que la muerte les reuniera. La fatal nueva de dos anocheceres más tarde le sería desconocida hasta el fin. Tal vez en aquella visita precipitada, y tan breve, el conde de Auersperg le dejó algún escrito desconocido, destinado a su hijo, en caso de que los peligros que tal vez presintiera le dejaran huérfano. ¿Qué ha sido de este escrito? ¿Existió siquiera? Lo ignoro.

EL COMENDADOR, *que se ha sobrepuesto y ha pensado unos instantes*: Herr Zacharias, dudo un poco, muy a mi pesar, de la realidad de todo ese sueño... ¿Pero por qué me habéis participado semejante secreto?

HERR ZACHARIAS: ¡Porque soy muy viejo, ay, monseñor!, y voy a morir. Porque la inacción adquiere aquí las proporciones de un crimen, y no he osado llevarme conmigo el remordimiento de haber guardado silencio. Porque, habiéndose votado antaño insignificantes indemnizaciones, los recibos, recuperados así, a bajo precio, por los estados, están hoy extinguidos, y en realidad esos prodigiosos tesoros no pertenecen ya a nadie, hoy... Porque mi dueño, a quien se lo revelé todo —con detalles que dan más fundamento aún a mis suposiciones—, no sólo no ha intentado ni proyectado nunca nada, que yo sepa, para recuperar esas incalculables riquezas, sino que ha prohibido formalmente que se le vuelva a hablar de ellas nunca. Porque nos hizo jurar, y fui el cuarto, que no volveríamos a aludir a ello, aunque estuviéramos solos, ni siquiera en voz baja. Hoy se han esfumado ya tres años desde aquel pesado juramento... ¡Y nunca una palabra! Ignoro qué ciencia insólita y terrible le enseña maese Janus... pero, en verdad, podría creerse... ¡que lo ha olvidado! A mí, viejo perdido en estos distantes bosques, nadie me escucharía en las alturas. Vos, monseñor, sois poderoso. ¡Los reyes os escuchan! He creído, pues, poder infringir un juramento, culpable por lo demás, para que actuéis en

nombre de mi en exceso indiferente dueño. Así, aun a su pesar, recibirá la gloria, el poder y la fortuna... Y he querido cumplir con ese deber hacia la memoria de su noble padre, que fue vuestro pariente y vuestro amigo. (*Se escucha, en la avenida, la llamada de un cuerno lejano.*) ¡He aquí a monseñor Axel! Pronunciaos ahora.

Enrolla a toda prisa sus papeles y los oculta bajo su hopalanda.

EL COMENDADOR, *que le ha mirado profundamente:* Herr Zacharias, sois un prudente y leal servidor. Todo lo que puedo deciros es que parto esta noche, y que antes de tres meses en este castillo se recibirán noticias mías. (*Gesto de alegría de Herr Zacharias. Para sí, reflexionando:*) Decíamos que mi alcoba está lista, apenas a una hora a caballo de aquí, por las senda bajas, en la posada de las Tres Cigüeñas, en la encrucijada de Wald-Kreutz; Otto, mi ayuda de cámara, y los dos primeros guías me aguardan... Puedo llegar esta noche, hacia las once y media. Así estaré descansado para las seis primeras leguas de etapa. Mañana, pues, a la aurora, ¡a caballo! ¡Y en pocos días saldré de la Selva! Y... y silla de posta hasta Berlín. Allí, una vez realizados los restos de mi fortuna, si actúo con prudencia... ¿Por qué no intentar, solo y en secreto, la conquista de ese fantástico Toisón de Oro?... ¡Oh sorprendente revelación!... ¡Si pudiera ser cierto! (*Suenan pasos en el vestíbulo. En voz más baja, poniéndose un dedo en los labios:*) Silencio.

Aparece, por el fondo de la sala, Axel de Auersperg. Parece tener unos veintitrés o veinticuatro años. Es de gran estatura y de admirable belleza viril. La elegancia musculosa y las proporciones de su persona anuncian una poderosa fuerza corporal. Su rostro, de palidez casi radiante, apareciendo bajo largos y ondulados cabellos castaños, tiene una expresión misteriosa a fuerza de ser pensativa.

Viste un traje de cuero negro, con botones de acero. Lleva un gorro de nutria, con pluma de águila. Carabina al hombro, hacha a la cintura.

Permanece inmóvil unos momentos, en el umbral de la sala.

ESCENA VIII

Los mismos, Axel de Auersperg

AXEL: Os saludo, primo mío.

EL COMENDADOR: Buenas noches, Axel. ¿Has tenido buena caza?

AXEL, *sonriendo*: Siempre.

EL COMENDADOR: ¿Con este tiempo infernal? ¡Eres pues el Cazador Negro! ¿Me oyes?...
¡Apostemos a que la avenida está llena de demonios!

AXEL, *yendo a colgar su pesada carabina en la pared, entre dos águilas*: En abril, el mal tiempo
aclara pronto. ¿Insistís en abandonarnos esta noche?

EL COMENDADOR, *tras una breve mirada a Herr Zacharias*: Es preciso, el rey no aguarda.
Tras estas palabras, Herr Zacharias, encantado, abandona la estancia.

AXEL, *sonriente*: ¡Viva el rey, pues! (*En un tono de graciosa cortesía:*) Y... ¿A la mesa?

EL COMENDADOR: Excelente idea; tengo apetito.

*Se sientan. La lluvia ha cesado; la tempestad parece haberse
hundido en los bosques.*

ESCENA IX

*Axel, el comendador, Ukko, más tarde Gotthold, Miklaus y Hartwig
Ukko entra por el fondo, seguido por Hartwig; éste lleva, con su
único brazo, un pesado cesto de vinos; Gotthold y Miklaus,
que llegan por la derecha, llevan vajilla de plata llena de
viandas; Ukko toma dos polvorientas botellas y las
descorcha.*

EL COMENDADOR, *para sí, pensativo*: ¡Parece que haya olvidado!..., me ha dicho Herr Zacharias. Es preciso asegurarme, primero, de este punto.

UKKO, *llenando a medias las grandes copas de cristal*: Vino de Borgoña.

AXEL, *desplegando su servilleta*: De modo que no beberéis con nosotros el *maytrank*. Es una lástima; lo hubierais encontrado, creo, con un fresco sabor de primavera, aquí.

EL COMENDADOR, *haciendo lo mismo, despreocupadamente*: ¡Qué vamos a hacerle! A tu salud. (*Bebe; luego, contemplando la caza que trincha Gotthold:*) ¡Eh! ¡Es un cuarto de jabato! Creo haberlo comprendido, al pasar, por su embriagador olorcillo. Pero, pensándolo bien: ¿habrá olvidado el marmitón la vainilla y el pimentón, al cocerlo? (*Lo prueba:*) No, es providencial.

AXEL, *a Miklaus*: Un poco de agua, te lo ruego.

EL COMENDADOR, *riéndose y en un tono muy distendido*: Hablando de jabalíes, saboreé uno, excelente, en casa del consejero áulico Johannes Herner, el día en que recibí, de parte de Su Majestad el rey, las llaves de chambelán. De todos modos, si la memoria me es fiel, la preparación difería. Sí. El solitario había exigido, aquel día, trufas de Francia, especias de Inglaterra y laurel de Sicilia. Festoneado por una clara jalea de membrillo, nos fue servido, soñador, en un lecho de plantas aromáticas. Axel, recomiendo la receta a tu cocinero; un gentilhomme nunca se preocupa demasiado por su mesa.

AXEL: Decidme, primo: esta tarde habéis vuelto las riendas hacia el castillo; la caza os aburre, ¿o creíais tener que ahorrar vuestras fuerzas para las doscientas leguas que vais a devorar?

EL COMENDADOR, *comiendo y bebiendo*: He querido dormir, deliciosamente, a los lejanos sonos de tu infatigable cuerno, eso es todo.

AXEL, *haciendo lo mismo*: ¿Y habéis tenido hermosos sueños?

Ukko, silencioso, sirve bebida a ambos comensales.

EL COMENDADOR, *negligentemente, con una intención lejana, casi indistinta*: Sueños de oro. He soñado en el antiguo rey de Lidia que con sólo tirar la red en su río del Pactolo la retiraba llena de pescados de oro macizo. ¡Hermoso sueño!

AXEL, *mirándole fijamente y, tras un silencio, levantando su gótica copa alemana*: ¡Por su realidad!

EL COMENDADOR, *para sí mismo, inseguro*: ¡Humm!... (*En voz alta y apoyándose, sonriendo, en el respaldo de su sitial:*) Axel, soy esta noche presa de la melancolía, y no sólo porque os abandono. Ciertamente, la mesa es radiante, es hermoso ver el mantel y esos antiguos cristales de Bohemia pero... estamos solos y, allí, en las cenas de la corte, el oro se mezcla, a la luz de los candelabros, con la blanca tez de las mujeres. Sus ojos y sus maliciosos dientecillos blancos, sus sonrisas, tan absurdas y hechiceras, se funden perfectamente con las luces. Las rojas flores, sobre todo las rosas, les sientan noblemente a las negras cabelleras. Y hasta la seda, bañada en sus perfumes, todo encanta, por su presencia, con tan invencible magia, el delirio de una buena cena. Ah, querido, si dejaras el exilio y te dignaras seguirme a ese mundo de fiestas, lujo y amores... (*Bajando un poco la voz y en un tono de juguetona fatiga:*) Si vieras, aunque sólo fuera una vez, a la hermosa princesa de Muthwild, por ejemplo.

AXEL, *con un imperceptible estremecimiento al oír ese nombre*: Bueno, ¿qué ocurriría, comendador?

EL COMENDADOR, *para sí mismo, indeciso*: ¡Humm! (*En voz alta:*) ¡Ya no volverías a dormir! Piénsalo: una niña viuda, espiritual hasta el punto de esperar, con los ojos bajos, la muerte de su marido... ¡Con paciencia de ángel! ¡Ah, el querido príncipe!... Según una leyenda, su padre, un general estimado, sufrió la misma suerte de tu noble padre, habiendo sido sorprendido por un cuerpo de fusileros enemigos durante la invasión. Raza extinguida. (*Un silencio; Axel ha permanecido impassible.*) De modo que, sin volver a casarse, la princesa Karola puede divertirse, a su guisa, en su palacio de Berlín, protegida por su enlutado escudo de armas. Y te aseguro que, si te dejara, una sola vez —a ti, al que de

antemano desea en sus festines nocturnos—, si te dejara entrever el brillo de sus azules ojos —y sus hermosos labios— entre el cristal de tu copa y el llamear de las velas... Ibas a perder el sueño.

AXEL, *sonriendo*: ¿Eso creéis?

EL COMENDADOR, *riéndose*: ¡Duda! ¡Ah, no te calumnies!; no reduzcas a la ociosidad a tus amigos futuros.

AXEL: ¿Hasta ese punto son seductoras, allí, en la vida, las mujeres?

EL COMENDADOR: En su mayoría. Y además... (*En tono confidencial:*) Mira, la embriaguez de arrebatarnos a inefables esposos triplica, en verdad, el gozo de conquistarlas. Cualquier hombre, tras tres amores mundanos, ya casi nunca desea a Proserpina, salvo si el sabor de ésta se adereza con los hurtaños celos del sombrío Plutón. Leo, en tus ojos, una sorpresa muy de tu edad; pero, para nosotros, en muchas circunstancias galantes, el lacerante suplicio de aquel por quien es ardientemente amada constituye, a veces, el principal atractivo de la que nos prefiere. Este condimento, que todas comprenden y que suele decidirnos, sazona la sabrosísima diversión a la que llaman amor.

AXEL: ¿Realmente? Creía que se hallaban aún mujeres de más grave corazón.

EL COMENDADOR: Vamos, todas son de soberana caridad; sólo que tienen a sus pobres. Eso es lo que en el mundo se llama virtud. Por lo que a sus sentimientos se refiere... (*Olisquea largo rato un ramillete de flores silvestres colocado entre sus distintas copas.*) ¿Qué importa que estas flores, de tan voluptuoso perfume, tengan el corazón grave o frívolo?

AXEL: ¿No repetís de ese paté de faisán, primo?

EL COMENDADOR, *aceptando*: Austero matador de lobos, os diría que, por lo general, el paté me parece el más pesado de los metales, pero éste, concebido por una inspirada cabeza, justifica la imprudencia a la que me aventuro. (*Un silencio.*) ¿Y vos, Axel?, os veo poco comedor y... preocupado.

AXEL: Pienso que el chaparrón habrá llenado de charcos el camino. Ukko, desatarás dos de los mastines para que batan, por delante de nosotros, las altas hierbas. Ensilla los caballos hacia las diez, con la linterna sorda en el arzón. Yo montaré a Wunder.

EL COMENDADOR: Por cierto, ¿qué extraña hora están dando?

AXEL, *sonriendo*: No es la hora; el huracán, penetrando en la torre, empuja el badajo contra la campana. Pero ya son las nueve, pienso.

EL COMENDADOR, *observando a Axel*: Ja, ja! Es la hora en que el mercader va a dormir, «con la conciencia tranquila»; no están ya ahí los buenos antepasados, para asaltar un poco por los caminos. Sí, antaño aliviábamos a veces, de su botín, ¡es cierto!, a los «honestos» burgueses, a los «honestos» mercaderes, a los «honestos» judíos —¡la flor y nata de la flora humana, en suma!— y sin ni siquiera preguntarnos de qué rapiñas, de qué usuras y de qué artimañas eran legítimo fruto sus honestas economías. En verdad, no condeno en exceso ese modo de actuar entre quienes nos precedieron. ¿No fue siempre derecho del cazador arrebatarnos la presa de los colmillos de sus perros? En realidad, incluso, el derecho con el que se cubrían, por aquel entonces, los señores, no era el del más fuerte sino el del más osado... Eran uno contra mil, les obedecían. ¿Por qué? Porque la fuerza corresponde al valor, única piedra de toque de los hombres de raza. No puedo confundir el honor con la honestidad.

AXEL, *como si no hubiera escuchado*: Ukko y yo os acompañaremos hasta la encrucijada del Wald-Kreutz, pues podríais extraviaros entre las lindes o encontrar algunos lobos.

MIKLAUS: Las carabinas están dispuestas, monseñor, así como los venablos y los cuchillos de caza.

EL COMENDADOR, *para sí, frío y sombrío de pronto, contemplando a Axel*: ¡Vamos! ¡Es inimaginable! Pero creo que nuestro Herr Zacharias tiene razón; es un despreocupado que ha olvidado. ¿Quién sabe? Tendré a mi favor la oscuridad, los torrentes, una oportunidad... Los accidentes nocturnos, en la Selva Negra, son algo natural: atreverse a terminar, enseguida —de dos disparos— aclararía la situación. ¿No soy, acaso, el heredero? Y... ¡De qué herencia, tal vez!

AXEL: ¿Pero dónde está Walter Schwert?

GOTTHOLD: Monseñor, ha ido a la aldea para renovar las provisiones del castillo.

HARTWIG: Va a acabar muy mojado, ciertamente; y hay lobos cervales, en efecto, merodeando en estas malas noches...

MIKLAUS: ¡Oh! Franz va con el mayordomo; llevan consigo sus armas, tres de los perros salvajes y a Rasch, el perro que no ladra.

AXEL: ¡Pobre vejstorio! (*A Miklaus:*) Harás que calienten, para él, vino añejo de Francia. ¡Ah!... En adelante no quiero que vuelva a salir tan tarde.

EL COMENDADOR, *a media voz, distraído, dejando la servilleta en la mesa*: ¡Cómo los cuidas!

AXEL, *tras lanzar una mirada a las cristaleras*: Pero el cielo se ha aclarado. Aquí están las estrellas. ¿Volveréis, primo mío?

EL COMENDADOR, *levantando los ojos y mirándole*: Muy pronto, espero.

AXEL: ¡Por vuestro cercano regreso!

Beben y, luego, se levantan.

EL COMENDADOR, *sonriendo y con el súbito abandono de una efusión cordial*: Axel, tenéis decididamente un feliz carácter; ¡mirad!, me decido a dirigiros, antes de partir, una pregunta muy particular. Tengo algo que deciros, a solas.

Tras una señal del conde de Auersperg, Miklaus y Gotthold han llevado la mesa, iluminada aún, bajo la bóveda que forma la escalera de piedra. Ukko deja dos copas y una jarra en una credencia colocada bajo la campana de la chimenea; luego, ayudado por Hartwig aproxima al fuego los dos sitios. La sala es, ahora, un vasto espacio libre donde charlan, paseando, Axel y el comendador. Los tres servidores y Ukko salen por el fondo de la sala.

ESCENA X

El comendador, Axel, solos.

EL COMENDADOR, *para sí, examinándole*: No, el muchacho ni siquiera piensa en el regio secreto cuyo misterio definitivo tal vez pudiera aclararme. ¿Cómo arrancarle algún indicio cuya importancia se le haya escapado? Ciertamente, debe de saber algo, ¡sin advertirlo! Habría que... ganarse su entera confianza, antes de cualquier decisión.

AXEL: Os escucho, comendador.

EL COMENDADOR, *para sí mismo, aún*: Seamos, pues, paternal, protector, buen consejero. Nada como las viejas máximas de sabiduría y moral adoptadas para deslumbrar a los inexpertos y posibilitar que se adquiriera sobre ellos un ascendente mortal. Lo demás, por lo que a esta misma noche se refiere, está decidido.

AXEL, *sonriendo*: ¿Bueno?

EL COMENDADOR, *en voz alta*: ¡Ah, sí!, hablo esta vez muy en serio, ¿qué diablos estáis haciendo aquí, conde, en este antiguo edificio, en esta aldea olvidada, recluido en el centro de paradójicos bosques, cuando junto a cualquiera de nuestros reyes os aguarda un magnífico porvenir? Tenéis el saber, la audacia, la inteligencia; vos sois el culpable de manteneros con los brazos cruzados entre cuatro arruinados muros. ¡Adelante! Os conmino a que recorráis vuestro camino. Sois un Auersperg, ha llegado la hora de recordarlo.

AXEL, *despreocupadamente*: Hablemos de otra cosa.

EL COMENDADOR: Axel, amé mucho a vuestro padre; debo hablar en nuestro viejo nombre. ¿Qué significa esa ciega amistad por vuestro invisible comensal, ese llamado «maese Janus»? Es vuestro preceptor, ¡sea! No es precisamente un compañero recompensante; ¡qué alegre debe mostrarse, en las noches de invierno, de creer en su fama! ¿Acaso tenéis derecho a sacrificar así el brillo de toda una raza a no sé qué estudios...?

AXEL, *grave y sencillo*: Debo avisaros de que he depositado mi respeto filial en el hombre del que estáis hablando. Mi padre conoció en los ejércitos a ese compañero de armas, que le salvó dos veces la vida.

EL COMENDADOR: Aunque fuera un hombre realmente capaz...

AXEL, *con ingenua entonación*: ¿Capaz de qué?

EL COMENDADOR: En fin, tú, espíritu joven, desperdicias tus más claros años en esas huera investigaciones de la supuesta ciencia hermética. He recorrido los títulos de los malsanos tomos de tu biblioteca; ¿te embriagas con ese polvo húmedo? Te dejas adoctrinar por un alucinado que vive en tu casa. ¿Imaginas que hay aún «ciencias ocultas»? Es de un candor tan superlativo que confina con el ridículo, pobre primo mío, juega a la Edad Media, ¡de acuerdo! Aquí es muy adecuado; la cosa es inocente y no carece, incluso, de cierta grandeza. Pero llevar el disfraz hasta renovar los soplos de la Gran Obra, con acompañamiento de retortas, matraces y tubos, soñar en la aleación del mercurio y el azufre... ¡Ah, no puedo creerlo! ¿Conoces el oro potable que queda en el fondo del crisol?... Tu juventud. ¡Vamos! ¡Al diablo ese gastado disfraz que, por otra parte, tan mal sienta a un gentilhombre! Imítame. Toma la vida tal como es, sin ilusiones y sin debilidad. ¡Haz tu camino! ¡Recorre tu curso! Y deja a los locos con su locura.

AXEL: Primo mío, hago justicia a todo lo que decís. ¿Una copa de vino de Hungría?

Llena la copa del comendador.

EL COMENDADOR: Concluyamos, mi nombre es vida real, ¿me oyes? ¿Acaso dejando volar la imaginación (y además en mansiones almenadas que no tienen ya sentido común y sólo representan, ahora, curiosidades históricas toleradas para distracción de los viajeros) se puede llegar a algo tangible y estable? ¡Sal de esta antañona tumba! Tu inteligencia necesita aire. ¡Ven conmigo! Te guiaré hasta allí, hasta la corte, donde ni siquiera la inteligencia es nada sin las buenas maneras. ¡Deja aquí las quimeras! Camina por la tierra, como debe hacerlo un hombre. Haz que te teman. Vuelve a ser poderoso. ¡Pero bajo! ¡Hay que conseguirlo! Y lanza al albañal y a los torrentes ese equipaje de ficciones que te harían llorar de risa, antes de tres semanas, si me siguieras al mundo real. Te conmino por última vez: ven a recorrer tu camino. ¿Qué puede retenerte aquí? No tienes secretos, creo, ni razones de dinero o de pasión. ¿Por qué, entonces, este absurdo exilio?

AXEL, *tranquilamente y sentándose junto a la credencia*: Querido y cordial primo, me siento conmovido —hasta el llanto, en efecto— por el interés que vuestras palabras me demuestran. Vuestros consejos son del más elocuente de los hombres y nadie duda de que, cuando llegue el tiempo y el lugar, me serán provechosos.

EL COMENDADOR, *para sí mismo*: Por todos los diablos, ¡indescifrable niño!... ¡Ah!, ¿qué creer? ¿Realmente ha olvidado? ¿Quiere callar por instintiva desconfianza? ¿Y tiene algún fundamento, a fin de cuentas, la misma leyenda? ¿A qué me arriesgo interrogándole, ahora, de un modo categórico? Que calle o que hable, al menos estaré seguro... Veamos, palpemos su corazón. (*En voz alta:*) ¿Dejarás acaso escapar todas las ocasiones de despertar la gloria de la familia, tú, nuestra rama primogénita? ¿Y lo harás por el placer de sumir tu espíritu en nebulosas meditaciones? Tu indiferencia me pasma. Positivamente. (*Un silencio.*) Ya veo que con mis ofertas ocurre, mira..., como con esos supuestos tesoros, ya sabes, esas extraordinarias riquezas que mi viejo amigo, el conde de Auersperg, tu padre, recibió la misión de salvaguardar durante la invasión francesa, tras nuestras derrotas: tesoros en moneda contante y sonante, debidamente entonelada, de más de tres estados de la Confederación. Resumiendo, si no me engaña, a este respecto, una leyenda que es puro dislate, caprichosamente levantada, como tantas otras, sobre un turbio pero innegable hecho histórico, parece —¿verdad?—... que todo ello... tal vez no se haya perdido por completo, que los ochenta carros del Banco Nacional de Frankfurt estaban vacíos cuando dos o tres brigadas enemigas se apoderaron de ellos, en el fragor de aquella mortífera escaramuza donde tu padre perdió la vida; en fin, que los cuatrocientos barriles de oro y lingotes, sin mencionar las cajas de piedras preciosas, no estarían muy lejos de aquí, por los alrededores de esta propiedad, ¡qué sé yo! Veamos, Auersperg, me parece que incluso media certidumbre a este respecto merecería, por lo menos, ser examinada. Pues bien, ¿qué has intentado tú, qué has probado, buscado, imaginado? Nada, al parecer... Y sin embargo, lo reconozco, hablando de sueños, éste no era indigno de cierta atención, pues el hecho histórico, digo, le daba una base de realidad; y, sobre esta base, descansaba un asunto que, aun incierto, pero bien llevado, podía —y sigue pudiendo— resultar más que ventajoso para nosotros. ¡Escucha!, soy tu pariente, mayor que tú, tu amigo; nuestra causa es la misma; puedes pues confiar en mí. He conocido esta historia por casualidad, a fe mía, hoy mismo. Por Dios, reúne tus recuerdos antes de que me vaya. ¿Hay algo estrictamente cierto en todo ello?

Durante este discurso, Axel ha contemplado al comendador con gran fijeza. Se levanta y se dirige hacia la puerta del fondo de la sala.

AXEL, *tranquilo*: Un momento, comendador, os lo ruego. (*Llamando:*) ¡Herr Zacharias!

El comendador de Auersperg, que ha vuelto a dirigirse hacia la chimenea cuyas altas llamas le empurpuran, de pronto, con gran resplandor, se sirve bebida. Aparece Herr Zacharias, al fondo de la sala, seguido por Ukko.

ESCENA XI

Los mismos, Herr Zacharias y Ukko

Ukko, aparte, sonriendo, tras una ojeada a Axel: Caramba, va a caer el rayo.

HERR ZACHARIAS: ¿Monseñor me ha llamado?

AXEL, *a media voz*: Ven a mi lado. (*Zacharias se acerca; Axel le mira en silencio y, luego, en voz baja:*) ¡Has hablado!

HERR ZACHARIAS, *tras unos instantes*: En nombre de vuestra raza, a la que sirvo desde hace ochenta años, monseñor, he osado querer salvar del olvido, antes de morir, el enorme tesoro.

AXEL, *con una terrorífica mirada y sordamente*: ¡Paz!... (*A Ukko, en voz muy baja:*) Dos espadas. Y que, dentro de unos instantes, estén aquí Gotthold, Miklaus y Hartwig, vistiendo sus antiguos uniformes, con antorchas, y también con sus viejas espadas. Silencio.

HERR ZACHARIAS *sale, titubeando, por el fondo de la sala. Ukko desaparece por la derecha, tras un signo de inteligencia al conde de Auersperg.*

El final de la escena se ha desarrollado junto al umbral, sin que Kaspar de Auersperg lo haya oído. Desde hace unos instantes, la tempestad exterior, tras la calma, ha recuperado su intensidad, ha lluvia vuelve a golpear las cristaleras y relampaguea.

ESCENA XII

Axel, el comendador, luego Ukko y los tres servidores militares

EL COMENDADOR, *sentado de espaldas, calentándose*: Conde, seamos positivos, tengamos los pies en el suelo. Quiero encargarme de llamar útilmente la atención de los soberanos de Wurtemberg, Baviera y Sajonia sobre la posibilidad de recobrar las inverosímiles riquezas desaparecidas. Y si, como quiero admitir, hay algo efectivamente serio en el fondo de esta especiosa historia, estoy seguro, oídme bien, de obtener una fortuna más que principesca para ambos. Mañería que sería dos veces milagrosa, además, pues estoy arruinado, querido, y los escasos miles de florines que aceptas no disputarme de la herencia de nuestro último primo, Wilferl de Auersperg, representan para mí el humo que producirían unas gotas de este dorado vino sobre unas ascuas. ¡Veamos! ¿No recuerdas alguna información, aparecida, como un brillo, en las charlas con tus guardas forestales, referente, por ejemplo, a posibles salidas de antiguos subterráneos en esta montuosa parte de la Selva Negra? ¡Pero cómo!, ¿un destacamento de unos doscientos hombres, circulando por los bosques, no dejó en las viejas memorias de la región ningún rastro de alguna parada, de algunas precauciones que hubieran decidido tomar? ¿Nadie ha oído nunca nada, ni siquiera vago, a este respecto? ¿Nada revelan los papeles paternos... los secretos títulos de los antepasados? ¡En fin, es inaudito! Piensa que dados: primero, la certidumbre de la persistencia de estos fabulosos valores, y segundo, uno o dos puntos de orientación, establecidos de acuerdo con tradiciones particulares o locales, está fuera de toda duda que, apoyándolo en algunos cálculos bien conocidos por todos los ingenieros militares, un crédito, aunque fuera de cinco o seis millones de taleros, se obtendría en unos pocos días. Y afirmo que antes de dos meses, como máximo —tres o cuatro incluso, si quieres—, de trabajo y serias excavaciones por los alrededores del burgo, empleando, si fuera necesario, día y noche, un millar de nuestros mineros... ¡Piensa en el glorioso y lucrativo resultado de tan excepcional aventura! ¡Sería un clamor en toda Alemania! Habla. (*Se vuelve y ve al conde de Auersperg, de pie, sombrío, con los brazos cruzados, al fondo de la sala.*) ¿Bueno, qué pasa? ¿Qué ocurre? (*Regresa Ukko. El joven paje muestra a su dueño, silenciosamente, dos espadas de combate que sujeta por su mitad. Gotthold y Miklaus, con sus antiguos uniformes de coraceros blancos, aparecen al fondo de la sala, levantando cada cual una antorcha en su puño izquierdo y llevando una espada desnuda en la mano diestra. Hartwig lleva una espada en su única mano... Los penachos amarillentos de los cascos se mezclan con los pelos de los bigotes blancos. En silencio, van a colocarse, de pie, cada uno ante una de las tres puertas y permanecen inmóviles. El comendador, algo sorprendido, les contempla.*) Pero bueno, ¿se trata acaso de una ceremonia fantástica?... ¿Acaso, por azar, tu «maese Janus» va a hacernos ver algún buen sortilegio? Sería una encantadora atención.

Se levanta.

ESCENA XIII

Axel, el comendador, Gotthold, Hartwig, Miklaus, Ukko y luego, al final, maese Janus

AXEL, *acercándose al comendador y saludándole*: Primo mío, habéis dicho hace un momento palabras familiares que me han ofendido. Vais a darme, inmediatamente, satisfacción. Dejáis de ser mi huésped. Esta sala es excelente como terreno de combate, sobre todo con tan mal tiempo.

EL COMENDADOR, *tras un silencio*: ¡Tienes fiebre, descerebrado!

AXEL, *prosiguiendo*: Os habéis forjado, en Alemania, una reputación de magistral habilidad con la espada, caballero. Será pues nuestra arma. Nos batiremos sin tregua ni merced...

EL COMENDADOR, *interrumpiéndole*: ¡Cómo!, ¿de ese modo nos prestamos al súbito acceso de demencia que acaba de sufrir el conde de Auersperg?

AXEL, *concluyendo apaciblemente su frase*: ... a ultranza: a muerte.

EL COMENDADOR, *breve y altivo*: ¿Con qué motivo?

AXEL: ¡Oh!, muy a menudo, por aventuras de viaje, te ves obligado a echar mano a la espada, en el recodo de un camino real o al fondo de la calleja de un ocasional burgo... por una querrela sin causa precisa, por una simple agresión. No debo pues motivar demasiado mi brusca provocación, sobre todo si os ofrezco un duelo perfectamente regular, por otra parte.

EL COMENDADOR: ¡Bah!

AXEL: Juzgadlo vos mismo. Si sigo de pie, no saldréis de esta sala; pero os bastará, puesto que sois prisionero sólo de mi presencia, herirme gravemente para que se os deje libre el paso sin más obstáculo. Suponiendo que obtuvierais ventaja pero que ello os costara alguna herida, se os prodigarían bajo mi techo los mismos cuidados que a mí mismo. En cuanto pudierais valeros, seríais acompañado hasta los límites de esta tierra, sin que los míos os testimoniaran muestra alguna de resentimiento. No podéis rechazar los ayudantes aquí presentes: son caballeros de la Cruz de Hierro; ni a mi paje; yo garantizo que es de raza tan leal como valiente. Estos testigos, pues, mantendrán, por su honor y su fe, sin eludirla ni alterarla con artificio alguno, la palabra que os doy... y que es la de su señor y amigo... (*Volviéndose*;) Juradlo. (*El brillo de las hojas y las antorchas, que tiemblan en los puños de los viejos soldados, hace fulgurar el acero de las corazas. Por fin, los tres extienden en silencio sus espadas. Ukko, ante la imperiosa mirada de Axel, levanta su mano diestra tras una especie de huraña vacilación.*) Lo han jurado.

Ukko, con sencillez pero en un tono grave: A regañadientes.

EL COMENDADOR: ¿Estaré lo bastante rodeado? ¡Ah!... ¿Acaso vuestra mansión es una emboscada, primo? ¡Poned al menos un cartel para avisar a los viajeros, qué diablos!... Ciertamente, nunca puedo declinar un enfrentamiento, ni siquiera en semejantes condiciones; sin embargo, ¿hay algún modo de tomarse en serio ese trágico ceremonial, sorprendentemente antañón? En verdad que busca cierto efecto de espantajo que no conmueve en absoluto a la gente de espada. Por mi parte no puedo evitar sonreír un poco. Creedme, abandonad enseguida este alarde, que os habría resultado funesto ya... si me gustara estoquear a los niños.

AXEL, *impasible*: En caso de que mi mano provocara una desgracia, vos ocuparíais un lugar abajo en el panteón de la familia. Sin embargo, en el acta que pronto se notificaría, a vuestro rey, de vuestro imprevisto fallecimiento, se os consideraría, debo avisaros, como desaparecido en algún torrente de esos grandes bosques. (*Indica una pluma, tinta y un pergamino en uno de los negros anaqueles atestados, a la derecha de la chimenea*;) Si tenéis que tomar algunas disposiciones, apresuraos a escribirlas, si os place. (*El comendador se encoge de hombros, se cruza de brazos y le mira*;) ¿No? Mejor así. (*Se dirige hacia Ukko; el paje le entrega las dos espadas. De nuevo ante el comendador, se las presenta por la empuñadura*;) Elegid.

EL COMENDADOR, *con irritada y altiva impaciencia*: ¡Abridme paso!

AXEL, *con frialdad*: Abríos paso.

EL COMENDADOR, *tras tomar, al azar, una de las espadas; sordamente*: ¡Ponte en guardia!

AXEL, *tranquilo*: En guardia.

EL COMENDADOR: Por última vez, por el nombre que ambos llevamos, os conmino a que formuléis vuestros agravios.

AXEL, *a media voz*: ¡Levantad las antorchas!

EL COMENDADOR: ¿Calláis? (*Axel que, con la espada en la mano, se ha alejado para tener campo, responde sólo con un breve signo afirmativo de la cabeza.*) ¡Cobarde!

Los relámpagos, por los ventanales, se mezclan, en la alta sala, con los brillos de las antorchas y las espadas. Lejanos rugidos del trueno. Axel, tras un estremecimiento, se acerca al comendador.

AXEL, *tranquilo y terrible*: Mírame bien a los ojos. ¿Fue nunca posible, entre nosotros, algún contacto sincero que no fuese el de las espadas? ¿Pensabas tocarme cuando me estrechabas la mano? ¿Ver mi verdadero rostro cuando te sonreía? Yo debía tolerar tus inconvenientes e indigentes palabras en un huésped sentado ante mi hogar... pero, en mi interior, escuchaba voces distintas a la tuya.

Te he oído, sin embargo, como se oyen los vagos gritos de los animales, a lo lejos, en el bosque. ¡Oh, no te agites! No atormentes esta espada: son para nosotros inútiles remilgos.

EL COMENDADOR, *haciendo silbar la larga hoja*: ¡Insensato!, voy a...

AXEL, *impasible*: Hace un rato, por tres veces, me has desafiado a responderte. No me escuches, si no quieres: ¡hablo sólo para ti! Por qué va a preocuparme tu falta de atención, sobre todo cuando no puedes comprenderme... Pero considérate avisado: tu desconsiderada jactancia acaba de hacerte perder el derecho a interrumpirme, y usurparlo, ahora, sólo sería dar prueba, otra vez, de un temerario gusto que podría acabar, por consiguiente, fatigando mi generosidad. ¡Menos ruido pues!; y veamos quiénes somos, puesto que así lo has querido. (*Un silencio sólo turbado por los rumores del diluvio y del trueno. El comendador cruza los brazos, como decidiéndose, curioso, a permanecer impassible.*) Tú, que de tan buena gana decretas la «demencia» de los demás, ¿qué pruebas de sentido común nos has dado? Me alentabas a «buscar fortuna», ofreciéndote como ejemplo que seguir; ahora bien, momentos más tarde me confesabas tu ruina... ¿Por qué, antes de mirar por encima del hombro, no comienzas curando tu entendimiento de una supuesta sabiduría que sólo supo llevarte a semejante resultado?

Pero no; te consideras un espíritu con el temple de la «experiencia», clarividente y fuerte, ¿verdad?, y crees poder medir siempre, victoriosamente, con un sarcasmo, el esfuerzo de concepciones que te resultan inaccesibles, de ciencias que te están prohibidas, de conversaciones cuya belleza, serena y severa, puesto que sólo puede parecerte estéril, te resulta para siempre aburrida, es decir prohibida.

Sin embargo, ¿por qué aventajados temas de charla sueles tú sustituir el interés que, tal vez, esas cosas comportan? ¡Por el grave examen de las especias de una salsa o por ciertos cánticos sobre el sabor de un paté! Realmente, por insignificante que pueda ser, a tu entender, el objeto de mis estudios favoritos, no se ve en absoluto, esta noche, escuchándote, cómo puedo ganar tanto con el cambio.

Prosigamos. Espiando no sé qué fantasmas a través del cristal de una cena, te burlabas de la salubre ilusión de mi fe en el único amor conyugal; sí, el único que merece el nombre de amor. Sin embargo, ¿qué exaltabas tú, despreciando ese juvenil, virginal y tan legítimo sueño, que se imponía, en principio, si no a tu «respeto» (pareces poco digno de sentirlo ante nada en el mundo), a tu silencio al menos?

¡Ah!, repugnantes goces, los del vil adulterio. De modo que, bajo el sagrado techo de mi madre, me hacías ruborizar y, en ese momento, me he sentido avergonzado, ante esas castas flores, por el horrendo modo como las has olido.

Hacías resonar, por ejemplo, de modo altivo, el título de gentilhomme. Pronunciabas incluso la palabra casi con cualquier motivo, como un burgués. Sin embargo, ¿por qué prueba de generoso origen o íntima señoría has sancionado, hace un momento, esa fatuidad, ociosa aquí?... Te ha sorprendido verme preocupado por un buen servidor, que ha envejecido en mi casa y que, a estas horas, sigue caminando, perdido, bajo la tempestad, entre los peligros nocturnos, para servirme.

Finalmente, en esta morada, de cuyo luto, edad y gloria sólo te dignaste burlarte —cuando debes al heroísmo de los antepasados cuyas presencias la han bendecido, ser lo poco que pareces—, me proponías, si mi memoria es buena, esclavizar, siguiéndote, toda mi inteligencia y todos mis días a la nada de mil risibles intrigas, ir a bostezar, a tu lado, en la diversidad de las antecámaras principescas, y llamabas a eso «recorrer el camino». Para ti, es posible. Sigues los gustos de tu carácter. No es el mío, eso es todo. ¡Dejémoslo! ¿Mi camino?, hace siglos ya que está trazado. ¿Cómo puedes pretender desviarme de él con tus consejos cuando (¡aun tratándose de esos en los que piensas!), según tu propia confesión, cero resulta ser, aproximadamente, la suma total y el resultado «positivo» al que te han llevado, tratándose de situación en el Estado, de influencia, de consideración real, de

ilustre fama y fortuna, tus sagaces y escépticas máximas, tan huera como las cáscaras de nuez que arrojan los monos? Menos arrogancia y, aquí, no trates de insensato sino a ti mismo. Si no estuviste a la altura... ni siquiera de tus mezquinas ambiciones, no acuses al azar: es inocente de tu suficiente incapacidad... a menos que no quieras reprocharle como un crimen tu existencia. (*El comendador de Auersperg le mira con la sonrisa de una desdeñosa indiferencia. Ambos aparecen, resplandeciendo como en medio de una forja, en el centro de los incesantes reflejos del hogar, de las antorchas y de los relámpagos.*) Vamos, ya sé que para la mayoría de los humanos nada parece justificar la súbita y cortante dureza de mis palabras. (*Con singular sonrisa:*) Porque a fin de cuentas, ¿verdad?, complacerse en el festín de acogida y decirlo, de buen humor, al anfitrión, levantando una gozosa copa —hablar con amor de dulces y lejanas mujeres—, deleitarse con sensual embriaguez en esas aromáticas flores silvestres, dejar, una vez o dos, en el vuelo de una frase amiga, que vibre el orgullo de una noble sangre, confesarse —¡aun sin modestia!— poco preocupado por arduas concepciones y vastos pensamientos; recordar, con la mesurada cortesía que inspira siempre una simpatía, qué destinos parecen olvidados por aquel cuya juventud se exilia ya... ¿Son acaso crímenes de lesa hospitalidad? ¿Por qué pues esos temas de charla, tan amables y atractivos en sí mismos, se han convertido, entre nosotros, de pronto, en algo tan... sombrío? Me asegurabas una «familiar amistad», un «entendimiento sincero», una «abnegación a toda prueba», una «ayuda cordial», una «experiencia de soberanos medios de los que me dejabas disponer», ¡y no sé cuántas cosas más!; ¡gozos, brillantes amores y luces!; ¡y risueñas mujeres en los festines!... Sí, es cierto, has pronunciado todas estas palabras, tan cautivadoras por las intrínsecas imágenes que al parecer contienen y, magnéticamente efluyentes, envolviéndolas incluso en prestadas elegancias a tu modo, forjado con el trato de las cortesanas. (*Aquí, el conde de Auersperg se ve obligado a levantar la voz para dominar el espantoso y creciente estruendo de la tormenta.*) Pero, bajo el velo de lo que se habla, nadie traduce, evoca y expresa nunca nada que no sea él mismo.

Ahora bien, concebidas por ti, empapadas de tu ser, preñadas de tu voz, reflejadas por tu espíritu, las cosas de estas palabras, puesto que brotan de tu naturaleza y tú las profieres, sólo me llegan, encarnadas en la intimidad de tu presencia, como otras tantas efigies de ti mismo; acuñadas en sonidos neutros de una vibración siempre ajena a su sentido, y que lo desmienten.

Pues esas cosas, ficticiamente incluidas en palabras que, por sí mismas, nunca pueden ser más que virtuales, ya sólo me parecían, pensadas por ti, de pretendida identidad con aquellas —del mismo nombre— cuya vívida ilusión verbal tal vez me hubiera hechizado. ¿Cómo reconocerlas, en efecto? Secas, repulsivas, inquietantes, heladas —hostiles, por ello, a esos mismos nombres que parecían usurpar en tu lengua, para engañarme—, sólo sentía de ellas, en tus frases desnudas de sus imágenes reales, un olor de corazón desecado, una impresión de cadavérico impudor de alma, la sorda advertencia de una constante y páfida doble intención. Y puesto que ese triple elemento constituía, a mi modo de ver, el aire interno, sólo por ti respirable, de tu híbrida, ambigua, apagada y tortuosa entidad, tus palabras sólo resonaban... como turbios vocablos, que sólo traducían la atrofía innata en ti de las propias cosas cuyo deseo pretendían sugerirme. De modo que, bajo los capciosos velos de tu charla así bordada con esas hermosas palabras—espectros, sabe que sólo tú —¡apagado y tornasolado comensal!— has aparecido. (*Kaspar de Auersperg, con el ceño apenas fruncido pero con el rostro muy pálido, sigue mirando a Axel, sin descruzar los brazos, en silencio.*) ¡Pero qué me importaba! ¿Era yo, acaso, tu juez? ¿Tenía que condenarte?, ¿que absolverte? He aquí, por otra parte, que para el chambelán llegaba la hora de recuperar su cadena, de regresar hacia sus «placeres», de liberar mi soledad, en una palabra, de su insignificante sombra. Mi deber, legado por los míos, era sólo, pues, ocultarle por completo el gran alivio que su despedida me causaba. Por eso me disponía a conducirte hasta mi umbral, con benevolencia y buenos deseos de viaje. Eras sólo, para mí, un transeúnte como los demás, con derecho a la deferencia que se debe a la forma humana. En fin, ¡también se saluda a los muertos! Y descubro de pronto en qué has utilizado, aquí, tus ocios; y que has descubierto uno de los más importantes secretos de mi casa.

EL COMENDADOR, *al oír estas palabras, se sobresalta y, luego, contempla con estupor al conde de Auersperg; parece un poco desconcertado, con la boca medio abierta.*

EL COMENDADOR, *para sí mismo, estremeciéndose:* ¡Ah, es por eso!... ¿Pero cómo, es cierto pues?

AXEL, *con voz tan dura y sorda que parece, por momentos, un rugido de león:* Realmente, has removido aquí una ardiente ceniza. ¡No hubieras debido preguntar ni escuchar! Es para ti

una desgracia haber cedido a esas tentaciones. Te has demorado, como espía, en esta vivienda. Me opongo a que desveles mi pesado secreto, pues soy el dragón que lo guarda. Por lo demás, habiendo leído en tus ojos el designio de asesinarme, ¡mira!, esta noche (para con mayor libertad poder atrofiar aún todo ese gran sueño en alguna turbia empresa) me reía, seguro de poder agarrarte, de tu «partida». Sí, por dos veces, en la mesa, he discernido ese hermoso proyecto en tu voz de brillante malhechor, y espiaba tus mezquinos pensamientos bajo mi distraída máscara.

EL COMENDADOR, *crispando la mano en el puño de su arma, y casi para sí mismo*: ¡Cómo!, ese fanfarrón pretende arrogarse, en su totalidad, esa deslumbradora montaña de oro... Inquietemos, primero, a esos soldados. (*Sobreponiéndose y, luego, sin transición, en un tono seco y rígido*.) Tan enfáticas injurias sólo pueden dejarme indiferente. Tengo una espada, y más tarde... Sin embargo, debo razonar primero; con menos altivez, por favor, pues por vuestras palabras advierto que estáis fuera de la ley. Ocultáis aquí, por herencia, un depósito de considerables valores nacionales. Es ya criminal, para con el Estado, haberlos inmovilizado por tanto tiempo, el primer alemán que llegue puede conminaros a que devolváis esos tesoros a vuestro país, conde de Auersperg. Mantenerlos aquí es hurtar.

AXEL, *tras un instante de vaga sorpresa*: ¡Eh...! ¿Pero de dónde sale ese juez austero? En la mesa nos alababa, con ardor, a los tradicionales señores de camino real, a quienes se enorgullecía de llamar «antepasados» y cuyo bandolerismo exaltaba. Y he aquí, ahora, que mantiene el discurso del hombre de toga y nos prodiga lecciones de probidad. ¿Qué puede significar ese noble cambio de frente?

EL COMENDADOR, *con fría sonrisa*: Mis palabras fueron una prueba, y bien fundada al parecer. ¿De modo que os proponéis robar ese depósito confiado a vuestro honor filial?

AXEL: Y, hace unos momentos, el probo consejero me acusaba de no haber intentado nunca nada para hacerlo. Pero, era una prueba más, ¿no es cierto?

EL COMENDADOR: Atrevedos pues a demostrar que os calumnio devolviendo, según digo, a Alemania... (*Se detiene*.)

AXEL, *sonriendo*: ¡Atrévete pues, tú, a terminar!

EL COMENDADOR, *mordiéndose un poco los labios*: ¡Oh!, sólo estáis obligado a revelar oficialmente...

AXEL, *tras encogerse de hombros*: Hace un momento, mi deber era restituir, no sólo lo que poseo sino también aquello cuya misma existencia es incierto. Ahora, sencillamente debo revelar, y quedo absuelto.

El conde de Auersperg, antes de forzar, con un ultraje directo, la inmediata intervención de las espadas, se ha vuelto hacia los tres veteranos, sin duda para dar una orden definitiva. De pronto, tras haberlos mirado, se estremece... Ciertamente, ante los acentos de la eruptiva requisitoria del joven señor, han temblado con sagrada conmoción y, en la turbación de sus entendimientos, han confundido, a veces, incluso, los broncíneos sonidos de ese verbo con los fulgores del rayo. ¡Cómo odian al temible adversario, de fríos ojos y tono de espadachín! ¡Ah!, por muy furioso que pueda ser el combate, dentro de un rato, están llenos de ciega fe en el feliz y victorioso resultado... Sin embargo, ante las últimas palabras del comendador, una sombra ha caído sobre los leales rostros: una inquietud, que no se atrevían a reconocer desde hace años, acaba de tomar cuerpo en sus conciencias que siguen siendo rectas y sencillas.

En efecto, lo que acaba de decirse, al estar más al alcance de la humilde rudeza de su juicio, les parece que oculta, al menos, una grave verdad, en la que, por respeto al infalible e inviolable honor de su joven dueño se abstuvieron de pensar. Se miran entre sí: darían su sangre para que se dignara responder. Por ello, el conde de Auersperg, que ha sorprendido esa mirada, acaba de comprender la oscura intención de su adversario, al que mira ahora con terrible fijeza.

Y durante un largo instante, puesto que el ciclón se ha alejado, en la alta sala sólo se escucha el ruido de la lluvia, torrencial y continua, que golpea aborascada los vitrales.

AXEL, *tras una violenta lucha interior*: ¡Sea!... (Señalando con la espada a los viejos soldados:) Por ellos, por ellos —¡sólo por ellos, oídme!—, condesciendo a responder en ese respetable terreno «legal» desde el que me dirigís, con vistas a escandalizar a esos hombres, argucias de leguleyo lorenés. Yo no temo en absoluto la sombra de esos aleteos de murciélago. Soldados que sois nuestros testigos, anillad vuestros hachones en las antorcheras del muro y sed jueces. (Se dirige hacia uno de los sitiales, se sienta y se acoda, con la derecha, en la mesa todavía iluminada; mantiene su espada desnuda, tendida sobre sus piernas cruzadas, apoyando la siniestra en el pomo. Gotthold, Miklaus y Hartwig le han obedecido. Ahora permanecen inmóviles, con la mano derecha apoyada en sus largas espadas. Ukko va a acodarse en el respaldo del sitial de Axel.) Afirmo estar en MI DERECHO cuando los utilizo a mi guisa, aquí, por lo que se refiere a los hechos que acaban de reprocharse en mi conducta, y acepto, si bien parece, el interrogatorio.

EL COMENDADOR, *impasible, con la espada empuñada y permaneciendo de pie al fondo de la sala*: Decía, caballero, que sería para vos del más elemental deber avisar, ahora mismo y antes de cualquier encuentro, al Estado al que pertenecéis y que, protegiendo, aquí, vuestra heredad, os permite hablar como dueño. Sois su súbdito y, como tal, debéis hacer llegar una advertencia a los altos tesoreros, o a los príncipes, o, en fin, a aquellos de sus representantes que, sancionando en su nombre la probidad de todos, lo formulan y son sus mandatarios.

AXEL, *detallando con mucha frialdad sus palabras*: ¡Oh!, si sus pares se hubieran dispensado, antaño, de ordenar la muerte de mi padre, para apoderarse, bajo mano y en su muy personal beneficio, del tesoro oficialmente confiado por ellos a su espada —y del que su alevosía hacía responsable, de todos modos, su memoria militar—, los insignes valores de los que habláis estarían, desde hace tiempo, en manos legales. ¡Se olvida que aquí sólo yo tengo derecho a acusar! Pues bien, el Estado —si aquellos personajes fueron sus mandatarios— es solidario con aquella acción. Por consiguiente, su probidad —a la que representaban— yace muerta, perjura y vana; anulada, por fin, en mi umbral... Es pues bastante legítimo que los vínculos de mis deberes hacia ese ser de razón —limitados al calumnioso homicidio del que no podría indemnizarme— se hayan relajado un poco. Por ello, el reconocimiento que pretendiese inspirarme aún o imponerme la ralea de los asesinos no obliga en absoluto a mi conciencia, creo, a consagrar... aunque sólo fuera un instante de ocio... a redactar «avisos» que pudieran reparar, para gozo de los consortes, la torpeza del crimen.

EL COMENDADOR, *tranquilo*: ¿Cómo? ¿No sería ésa, por el contrario, una buena ocasión para demandar en justicia al propio Estado, notificándole la muy especiosa eventualidad que se presenta? ¿Por qué motivo dejáis escapar esta ocasión?

AXEL, *en tono breve y helado siempre*: Al Estado —que me ha dado, aquí, desconcertantes ejemplos—, al permitirse, siempre en mi perjuicio, cerrar definitivamente ese asunto con un arbitrario decreto que abroga, sin apelación posible, hasta mis derechos de acusador, no tengo ya, en ningún caso, que comunicarle más o menos quiméricas hipótesis... que no tiene ya calidad para escuchar, que se ha prohibido, a sí mismo, oír.

EL COMENDADOR: ¡Heredáis, para con todo, un deber no cumplido!

AXEL: ¡Vamos! ¡La integridad os extravía! Al soldado que muere por su deber, ningún Estado —y el mío, aquí, menos que cualquier otro, a mi entender— puede reclamarle nada más. Cumplida o no, la tarea ha concluido; y el hijo de ese soldado nunca heredará asuntos de servicio militar del difunto.

EL COMENDADOR, *entre el retumbar del trueno*: Hay casos excepcionales, imprevistos, en los que cualquier gentilhomme debe, por su mera nobleza, remitirse a su rey, cuyo juicio es el único que no tiene apelación.

AXEL, *con voz lenta, grave y amarga*: Se olvida que ya se pronunció. ¿Quién soy yo, según ese mismo rey? «El retoño de aquel cuya equívoca y turbia incapacidad perdió sin remedio el más rico ahorro de alemanes.» Verdicto proferido por apariencia y sin investigación —¡y con motivo, por otra parte!— ante un hombre que resume siete siglos de hazañas. Y aun suponiendo que esa etiqueta, inscrita, sobre ese nombre, por el rey, no me libere de cualquier deferencia para con la temeraria majestad de quien no vaciló en ofenderme, afirmo que no me permite ya, con plena dignidad, notificarle... lo que nunca podría ser más que una oficiosa y secreta confidencia. Pues ésta tomaría, hoy, el implícito carácter de un formal desmentido a la sentencia con la que, a la ligera, se atrevió a mancillar la augusta memoria de mi padre. Ahora bien, ¿en qué se basaría ese desmentido? ¿En suposiciones de autoridad tan discutible como la de mi muy viejo intendente, Herr Zacharias?... ¡Ah!, afirmo que la más sombría lealtad no me obliga en absoluto a arriesgarme a correr tan estéril ridículo. Para otras cosas sirve mi tiempo.

EL COMENDADOR, *lentamente*: Levanto acta, ¿de modo que pudiendo ilustrar a vuestro rey, con palabras medidas y serias, que tal vez disiparan la sombra que dejará, en la Historia, el nombre de vuestro padre, os negáis a ello?

AXEL: Semejanzas de extranjeras razones cuya vanidad pone de relieve una reflexión de la más legítima prudencia... He aquí, en efecto, no en sueños sino en hechos, la alternativa por lo que se refiere a mi deber filial. Suponiendo que, tras algunas investigaciones —llevadas a cabo, con grandes gastos, por fe en una especie de dudosa leyenda—, esas problemáticas riquezas siguen sin ser encontradas, de todo ello sólo brotarían, para el nombre paterno, irritados sarcasmos, palabras de decepcionadas ambiciones, ocultos pensamientos que se harían más calumniosos aún para mi padre, dada, sobre todo, la nueva luz que se haría sobre su muerte; puesto que el universal error sólo podría agravarse.

Suponiendo que las riquezas son bruscamente recobradas, puesto que su descubrimiento produciría inevitables mancillas —y del más «enojoso» escándalo— al afectar sin duda a la seguridad, la confianza y el honor públicos en sus más «oficiales» representantes, he aquí, poco más o menos, el tenor de lo que —como testimonio del entero pasado— la razón de Estado, que prevalece sobre cualquier equidad en las causas de este orden, y que vos silenciáis, dictaría, insensiblemente, a la Historia; he aquí lo que podría enseñarse a la posteridad:

«*Se ignora todavía con qué fin el general de Auersperg, pocos días antes de caer ante el enemigo, tomó la decisión —rodeándose de precauciones que confunden y desconciertan— de enterrar, en lo más secreto de uno de sus más apartados dominios, los inmensos valores de que se trata. La Historia no puede estar segura de los móviles que le decidieron a esa ocultación de los dineros de Alemania. Sin embargo, su hijo Axel de Auersperg, por su noble restitución, supo hacer olvidar lo que la inconsecuencia paterna ofrece, aquí, de irregular y de extraño incluso, y que por un momento había oscurecido el blasón, sin mancha hasta entonces, de tan ilustre familia.*»

Sí, ése sería el radiante acrecentamiento que habría dado yo a la fama y memoria de mi heroico padre. Pues bien, mi piedad filial, más sagaz que vuestros consejos, me advierte que en semejantes circunstancias NI SIQUIERA mi interés familiar me lleva a exhumar esta causa.

EL COMENDADOR: ¿Y, convenciéndoos con tan sutiles paradojas, aceptáis, con singular abstención, el hecho consumado del error que pesa sobre esas cenizas?; ¿cuando, según digo, una simple comunicación al consejo de ministros podría, pese a vuestras inconsistentes previsiones, devolver a vuestro nombre, que es también el mío, todo el honor pasado!

AXEL: ¡Oh!, entre los míos, caballero, nunca hemos necesitado a nadie para decretar nuestro honor, dado que la patria, fundada, al hilo de los siglos, por nuestros actos y los de nuestros pares en señorío militar, nos debe lo más puro del suyo... Nadie, pues, podría tener calidad para controlar el honor de aquellos cuya función viva es penetrar con sentido real el de los demás hombres, y nos preocupamos muy poco de la estima sin valor de esos transeúntes (tan numerosos como se supone) que se permiten discutirlo una sola vez. No tengo pues que tener en cuenta vuestras últimas palabras. Estoy aquí en mi mansión hereditaria, hogar de exilio en un lugar de exilio, no siendo para mí, la patria, más que un emplazamiento. No tengo por qué inquietarme de lo que puede estar enterrado en los alrededores de esta morada, pues mi padre no me dejó instrucciones a este respecto. Y puesto que ninguna ley me impone preocuparme, nadie podría discutirme el DERECHO a rechazar esta preocupación.

EL COMENDADOR: Menos os legó vuestro padre el deber de confiscar, así, el bienestar de varios millones de inocentes. En nombre de un agravio que creéis haber recibido de algunos, excusáis una omisión de la ley para hacer gravitar sobre todos un resentimiento tan exaltado como injusto.

AXEL, *sonriendo*: En verdad, el menos disertado de los financieros del más pequeño de los estados de Occidente se limitaría, en estos momentos, a miraros en silencio, pues es sorprendente oír a un hombre de corte dando pruebas de tan profunda ignorancia. Si vuestras nociones sobre la naturaleza del oro se limitan a la de gastarlo, son insuficientes para que esté permitido responderos.

EL COMENDADOR, *impasible, sin comprender*: Un desprecio gravemente despachado en nada afecta a quien defiende el interés de todos.

AXEL: ¡El interés de todos! Generoso fin con el que, ante el grito de los siglos, los principescos expoliadores sancionaron, en todos los países, las exacciones de su capricho y que permite, aún, seguir arrancando la bendición de la plebe, despojándola fríamente en el

propio nombre de sus intereses. No, no debo invitar al pillaje, aquí, a los ordinarios campeones de los «intereses de todos».

EL COMENDADOR, *con frialdad*: Pues bien, si con tan especiosos motivos no os complace tomar vos mismo la iniciativa de advertir a los estados interesados, dejad a otros el cuidado de asumir esas responsabilidades, y pronto vendrán a liberaros de ese oro, con el que no sabéis qué hacer y que os es ajeno.

AXEL, *tranquilo y altivo*: ¿Por qué voy a permitir, pudiendo oponerme a ello, que uno o dos millares de bestias humanas, a sueldo vuestro, apareciendo repentinamente aquí, profanen, por mucho tiempo y de viva fuerza, con las carcajadas de su presencia, el único lugar de exilio donde debo yo enterrar la dignidad de mi vida? Sé que puede parecer muy sencillo, a gente de ley, que en nombre de ese «interés general» cuya vil mentira acaba de aparecer —con el pretexto, en fin, de reconquistar un oro tal vez imaginario—, sea lícito que columnas de desenterradores vengán a desfigurar esta tierra, precio de la gloriosa sangre de toda una raza que yo resumo; y saquear ese suelo que los míos hollaron, filialmente, durante siglos: ¡qué importarían esas sentimentales alegaciones! Me indemnizarían, ¿no es cierto?, una vez derribados y arrancados esos miles de viejos árboles que son para mí antiguos amigos. No. El silencio de la gran Selva —marca cuyo margrave soy— no está en venta, me es más caro que todas las palabras; es un bien sagrado del que no deseo que me expropien y del que no me indemnizaría todo el oro de vuestros bancos. Y aunque resultara de ello el supuesto aumento del «bienestar» de un millón de indiferentes, afirmo que, en una misma balanza, el peso de los guijarros prevalecería en vano sobre el de una piedra preciosa; y que ese bienestar no equilibraría, con real EQUIDAD, el dolo que yo sufriría.

EL COMENDADOR: ¿A quién queréis hacer creer que semejantes riquezas no merecen ser buscadas, aun a costa de todos los silencios?

AXEL, *desdeñoso*: Sólo a mí, y eso basta. Creo incluso haber probado, desde hace mucho tiempo, que esta tarea no me resultaba difícil. Por ejemplo, es perfectamente concebible que preferáis el oro (aunque fuese sólo ficticio) a todos los silencios; puesto que el silencio nada representa para vos, salvo un bostezo. En efecto, esta palabra, vacía cuando usurpáis el derecho a pronunciarla, no tiene (aunque igual en sílabas) la sombra de un parentesco con la que he proferido hace un momento. En vano intentáis confundirlas en un mismo valor... (*Sonriendo*.) Acto de falsario o de loro.

EL COMENDADOR, *impasible*: En fin, si gracias a cierta indicación paterna, recordada de pronto, llegarais a descubrir esas grandes riquezas, ¿cuál sería pues, a vuestro entender, el deber?

AXEL, *tranquilamente*: Hundirlas aún más bajo tierra, si me fuera posible, por el honor de los pobres.

EL COMENDADOR, *tras un silencio*: Travesura cuya duración sería breve, una vez hubiera llegado la edad de la reflexión.

AXEL, *grave*: Dudo que esa edad llegue nunca para vos.

EL COMENDADOR: Bien. Os consideraréis libre, al parecer, de desnaturalizar, a sabiendas, el acto de aquel que sólo depositó aquí y para asegurar mejor su temporal seguridad, esos valores nacionales, para poder entregárselos íntegramente a los apoderados de Alemania cuando llegara la hora.

AXEL: Y los apoderados de Alemania hicieron que llegara su hora, la de él. Así pues, no me importa que puedan o no estar aquí. ¡Que duerman! El derecho a ignorarlos es, en efecto, lo menos que comparto con todos. Gracias a la asesina doblez de vuestros mandatarios, no se sabe qué ha sido de vuestro oro: Alemania prescribió mis legítimos derechos a investigar el acontecimiento que explica y motiva esta desaparición: el tiempo ha caído sobre esta historia, vieja ya...; así sea.

EL COMENDADOR, *impasible*: Concluyendo, conocéis la procedencia de las riquezas enterradas —sin duda alguna, para mí, ahora— en vuestra tierra. Anularlas así es también disponer de ellas; pues bien, ¿qué derecho sobre ellas podéis invocar?

AXEL: El de salvaguardar su olvido.

EL COMENDADOR: ¿A título de qué?

AXEL, *levantándose, calmo y sombrío*: A título de lo que firmó la sangre que las cubre y las pagó. (*Tras un largo instante*.) Añadiré, sin embargo, algo sobre lo que no me preguntáis. Hay en Alemania tantos desgraciados, cuya hambrienta angustia —¡obra vuestra!, de todos vosotros— asquea a quienes os miran, que sería algo vil prescindir por completo del derecho a socorrerles; en el caso de que, por ejemplo, el oro del que estamos hablando se ofreciera, POR COMPLETO, como un hallazgo.

En efecto, tachado de las memorias, prescrito por oficiales decretos, renunciado por sus indemnizados titulares, en verdad habrían pasado por él cien años sin liberarlo más. ¿Qué

queda de él?, una leyenda. Si existe aún, sus efigies lo convierten en una especie de mina blasonada, que yace no sé dónde, bajo la Selva. Esta vacante maravilla está, pues, a merced de quien esté predestinado a ella, si a ello le conduce un decreto de esta necesidad que vela por la fortuna de los humanos. Sí, su legal heredero será el primer viajero que —hundándose el suelo bajo sus pies— penetre, titubeante y a ciegas, por las avenidas donde fulguran esas muertas riquezas. ¿Por qué? Porque habrá recibido la investidura sólo del azar, su único propietario, hoy.

Pues bien, ningún escrito me confió el secreto del sordo lugar, abovedado por la tierra y la sombra, donde duerme el imperial tesoro germano. Mi padre no se me ha aparecido para revelármelo. Por lo tanto, si se me ofreciera de pronto, sin que me hubiese hecho culpable de una sola búsqueda —es decir, habiendo conseguido, también yo, ser sólo para él un transeúnte—, ¿en nombre de qué enfáticos remordimientos o de qué mentirosos escrúpulos iba yo a sustraerme al regio deber de defender su valor contra los bajos usos con los que tantos vivos no dejarían, locamente, de profanarlo? ¿Por qué iba a rechazar del destino —¡del que acepté la vida!— el pesado y nuevo presente del que, entonces, parecería estar ordenándome disponer? Una vez más, no habiendo intentado nada para conseguir esa herencia, sabiéndola aquí, me sentiría consagrado para apoderarme de ella, si llegara hasta mí desde las profundidades de lo desconocido. Por muy inmensa que pudiera parecerme entonces, en su fulgurante horror, mantengo que sería para mí... como la bolsa perdida que un peregrino golpea con el pie, por la noche, en el camino, aunque sus ojos estuvieran fijos, sin embargo, sólo en las estrellas.

EL COMENDADOR: Por mi parte, yo pienso sencillamente en eso: que el subsuelo pertenece al Estado; así pues, si habiendo oído hablar de ese grave secreto, enviaran aquí algunas compañías de mineros y pioneros militares, estaríais obligado a dejar que el Estado recuperara sus bienes, pues sus escuadras serían poco sensibles a la soberbia de vuestras palabras.

MIKLAUS, HARTWIG Y GOTTHOLD, *con una risa breve, segura y sonora*: Ja, ja!

UKKO, *encogiéndose brevemente de hombros*: Es lamentable no tener ganas de reír.

AXEL, *al comendador*: ¡Ilusión! Ni un solo golpe de azadón se daría aquí, ni uno solo de esos desgraciados saldría de los alrededores. Y... sólo para evitar las pestilentes emanaciones que podrían desprenderse de tan ociosa carnicería, precisamente, prefiero mataros a vos solo.

EL COMENDADOR: ¡Ah, estoy soñando! ¿Intentáis acaso una rebelión contra la ley? ¿Contra los estados? ¿Contra el rey?

AXEL, *con grave desdén*: Sólo yo sé qué vastos peligros, que mortales celadas oculta y puede, de pronto, desvelar esta Selva militar donde, desde hace tres siglos, nosotros mandamos. Cuatrocientos o quinientos soldados, enviados contra ese suelo, no recorrerían veinte leguas, por el bosque, hacia ese torreón, sin que, por una simple catástrofe accidental, el terreno que cubrieran no cayera sobre su desaparición, haciéndoles semejantes al oro que habrían venido a buscar. Resultado: cuando tales incidencias dificultan el inicio de una empresa, ya vaga y dudosa, se difiere correr el riesgo de nuevos intentos por tan azarosos beneficios; el tiempo pasa en indecisiones, en vanas investigaciones, en comentarios; llega el inquieto olvido...; en resumen, las cosas quedarían tal cual, según mi oculta voluntad.

EL COMENDADOR: Suponiendo que no ignoréis lo que pueden, en todas partes, algunos centenares de hombres disciplinados, un millar si es necesario, sabiamente conducidos, ¿se resolvería pues fríamente, vuestra conciencia, a esa criminal locura?

AXEL, *sonriendo*: Aquí no tengo ya cuentas que dar; en este punto no puedo admitir juez. Asentimientos, condenas y estupores me hallarían igualmente insensible; en mi «conciencia» sólo yo tengo calidad para deliberar, yo decido, y eso es todo.

EL COMENDADOR: Tan desvergonzadas convicciones son sólo sobrehumanas, caballero, y no es excesivo.

AXEL, *levantándose*: Sois muy libre de intentar, en vano, creerlo. Pero, puesto que el valor de vuestros motivos queda reducido a nada, el debate ha terminado y no estamos manteniendo el acero en nuestros puños para seguir discutiendo. (*Viendo que el comendador de Auersperg sonrío ante esa frase, prosigue con brusquedad y hosco de nuevo*;) ¡Ah!, bien se ve que, fortalecido por nuestra jurada palabra, confías ciegamente en tu saber con esta arma. Mi juramento debiera probarte qué fe contraria debo yo, también, alimentar para querer consagrar por la misteriosa sangre de un leal combate mis derechos al silencio y al olvido; sobre todo cuando tan fácil me sería anularte sin peligro. Pues bien, te lo predigo: no escaparás de mi espada. Vamos, es como si te hubiera alcanzado el rayo. Voy a suprimirte sin cólera, como se aparta una piedra del camino; sin que tu muerte interrumpa, en mi espíritu, el curso de uno solo de esos pensamientos —más altos que el

que nos ocupa— y que te son desconocidos. Eres nada y te niego, sin temer un solo remordimiento. No te reprocho nada, ni siquiera te veo. Para mí eres algo inanimado, eres la eterna falena que, por sí misma, corre a destruirse hacia la eterna antorcha. Estáis, pues, ya prevenido. He dicho.

EL COMENDADOR, *para sí mismo*: ¡Oh!, quiero saber algo más, antes de matarle. (*En voz alta, fríamente*;) Me has distraído, te has fatigado; es lo más claro de tu arenga. Resumamos. Quieres arrebatarse a distintos estados de Alemania sumas absolutamente desmesuradas, y yo te molesto. Bien. En semejante coyuntura, conde... (*deja caer desdeñosamente la espada*), yo no me bato. Realmente nada tengo que hacer con ese honor de ladrón, por muy de mi familia que sea.

AXEL, *tranquilo y grave, en alta voz*: Si mi en exceso caritativo padre no os hubiera concedido antaño, por pura fatiga, el honor de tocar su mano —y de emparentarse con vos (en su distraída indulgencia que, desde hace dos horas, os protege)— hubiera hecho antes justicia a esta mala fe, esta fanfarronería, ese huero impudor: acabemos. (*Apaciblemente y como notificando algo muy simple*;) Mi burgo fue la clave militar de una marca de Alemania. Un rescripto imperial concede al soberano de este lugar el derecho de justicia, alta y baja, incluso en tiempos de paz. (*A Ukko, señalándole una carabina*;) Así pues, en nombre de ese hereditario mandato, toma esa arma, apunta al corazón de este hombre y, si no levanta inmediatamente su espada, haz fuego.

UKKO *se ha lanzado hacia el muro, ha tomado el arma y, tras haber colocado la batería, ha vuelto a situarse a tres pasos del comendador, apuntándole bruscamente*.

EL COMENDADOR, *sorprendido y palideciendo*: Allí, en Prusia, saben que estoy aquí. Tendréis pues que dar cuenta de vuestras palabras y vuestros actos. Para cubrir un asesinato alegáis, a sabiendas, un derecho muerto, un grado feudal que el desuso ha abrogado. Fingís ignorar en qué siglo vivimos.

AXEL, *indiferente*: ¡Oh! Haced que os daten mañana, si lo deseáis. Yo soy.

EL COMENDADOR, *con una crispación de fría cólera*: ¡Dejadlo! Vos me estáis hablando de ayer, siendo el imprevisor del mañana. Yo, caballero, me limito a ser un hombre dotado de cierta razón, a datar sólo del siglo en el que existo; a ser, sencillamente, un hombre de hoy.

AXEL: En guardia entonces, es tarde.

EL COMENDADOR, *conteniéndose aún, pero estremeciéndose, casi para sí mismo*: Verme obligado a tender, yo mismo, en las baldosas, a ese solemne exaltado, cuando, comunicando sus palabras al rey, un buen puñado de guardias-policía, con una simple licencia de extradición, llegaría incontinentemente a esta mansión, para agarrotarlo y llevárselo, amordazado, a una fortaleza.

UKKO, *a media voz*: Un solo gesto y hago fuego, monseñor.

EL COMENDADOR, *cruzándose audazmente de brazos*: ¡Muy bien, asesinado!; o, de acuerdo con la palabra que habéis dado, responded claramente a esta suprema pregunta: ¿Dónde estoy y quién sois? Pero esta vez sed preciso, exacto y claro, os lo ruego. En el mundo, no estimamos demasiado a los forjadores de frases.

AXEL, *tras un impulso de impaciencia*: Pues aquí no preferimos a los charlatanes. ¡Ah!, te atreves a desafiarme hasta el punto de conminarme a mantener, para con tu curiosidad, algo más que mi palabra. (*Sombrío*;) Pues bien, quedarás satisfecho. (*A Ukko*;) Levanta por un instante tu arma. Tres veces este chambelán nos amenazó con sus reyes, su gente de armas y sus semejantes; reduciéndose la rueda de ese pavo real, al parecer, a mostrar así los adornos bordados en la espalda de su apacible uniforme; ¡realmente, a fin de cuentas, eso merece vértigo! Que sepa, pues, dónde está y quién sois: juro que no tendrá tiempo de olvidarlo. (*Toma su espada por el centro, se acerca al comendador que, con los brazos cruzados, le mira y, con la empuñadura, le toca el hombro*;) Estáis en esa única selva cuya noche cubre cien leguas. La pueblan veinte mil forestales, de peligrosas carabinas, veteranos soldados nacidos de una sangre que me es hereditariamente fiel. Y ahí velo yo, central, en una viejísima mansión de piedra, que no cumplirá ya tres siglos.

De las orillas de mis fosos hasta los linderos más alejados, pueblos y aldeas se previenen; apenas cinco días bastarían para que todos, a la vez, estuvieran al corriente de una orden emitida desde esta muralla, una opinión, más bien, pues por poco amado que se sea, una opinión es mejor que una orden, y en esos bosques los corazones se han vuelto salvajes hasta el punto de que ni vos mismo encontraríais en ellos un traidor. Y además, ¡qué importaría! Cualquier llegada, hacia mí, de uno o varios pronto me es avisada: según el número, nos preparamos y nos mantenemos ojo avizor, ante cualquier acercamiento. Tras haber penetrado en las sucesivas extensiones de la Selva, ¿cómo vivir, orientarse, abrigarse por la noche, avanzar en fin sin ser descubierto? Desprovisto de mi ayuda directa, ¿habrías llegado vos hasta mí? No. Varios días antes de que os presentarais aquí, el viento me había

dicho, en efecto, que dos jinetes... (*Deteniéndose de pronto y mirándole con sus claros ojos:*) e, incluso, una mujer... (*Un momento de silencio; luego, para sí mismo, y como habiendo resuelto definitivamente una duda al ver la atenta impasividad del comendador:*) No se conocen. (*Prosiguiendo, con frialdad, la interrumpida frase:*)... Se dirigen a mi morada. Eran seguidos, espiados, escuchados. Os envié pues los guías que os trajeron hasta mi umbral en menos de seis jornadas. Habéis hablado, hace un rato, de un «piquete de policías» enviados a este torreón para apoderarse de mi persona... ¿Qué quedaría de ellos, muy pronto, bajo el ramaje, según mi capricho, si, por el contrario, no hiciera yo que les guiaran, a su vez, hasta mi puente levadizo, que bajara ante ellos, en nombre del rey? ¡Mirad!, entrarían —y con aire de mando, sin duda alguna— en el patio militar de este castillo... Entonces, sin ni siquiera molestar a uno solo de mis servidores... (*Se acerca a un ventanal, lo abre y, haciendo sonar su silbato de caza, atraviesa el estruendo del diluvio y la oscuridad. Resuenan horrendos ladridos y ruido de cadenas; se adivinan numerosos choques de pesadas masas que se arrojan contra una maciza puerta.*) ... Sí, ahí tengo, ¿los oís?, unos treinta dogos de Ulm, de raza grande y salvaje, perros de guerra. La feroz jauría sólo me obedece a mí, me es útil para las cacerías nocturnas: recorre sin cesar, en la Selva, mis aldeaños. En pocos instantes no dejaría de vuestros hombres, en la hierba y las losas, más que sanguinolentos huesos. Ciertamente, sabría yo deplorar, en grado sumo, ese acontecimiento, de tan imprevista rapidez... que me hubiera privado de tiempo para conjurarlo al igual que para saber el objeto de esa diputación. Y reprendería con dureza, oficialmente, a mis perros ante todo el personal de este castillo, pues no quiero en absoluto pasar por un rebelde... Sólo que, tras dos o tres de esos contratiempos, pienso que ese tipo de visitantes dejarían de llegar. Abandonad pues vuestras pueriles amenazas, que hacen sonreír a estos viejos soldados y a este niño. Ante el más leve indicio. Ante el mero presentimiento de que se han enviado contra mí asesinos —que, como he dicho, perecerían sin duda en algún barranco a las primeras etapas— tomaría la ofensiva, pues entonces no tendría ya que considerar a los príncipes que actuaran de ese modo, contra mí, más que como simples agresores en un duelo donde el arma por ellos elegida fuera el asesinato. No, no tendría yo que declinar el arma preferida de tales reyes. ¿No serían acaso, por otra parte, los hijos de aquellos jefes de todas las dinastías que, cierto día, se rebelaron, también, en las profundidades del pasado contra sus soberanos y les suplantaron? Procuraría yo, demostrándoles la paridad de mi naturaleza con la de sus antepasados (al menos en este punto), hacerme digno, también, del honor que me harían, inconscientemente o no.

En verdad dispongo, aquí, de algunos disparos seguros. Tengo a mano, en la Selva, buen número de mineros —firmes brazos, rudas fases— que recuerdan la esclavitud que sufrieron, en los ejércitos, en su juventud, y cuyos surcos, mal cicatrizados por el tiempo, conservan todavía sus hombros. Nadie, salvo yo solo, puede darse cuenta del antiguo resentimiento, por completo gélido, que se endurece en sus venas mientras, con el puño crispado en su pico, se pierden por las profundidades de las galerías subterráneas, pensando en vuestros amables príncipes. Ser enviado, como ejecutores, a cierta capital, para acechar, entre las diarias ocasiones, aquella en la que una bala rápida y bien dirigida puede golpear, certeramente, a un rey, sería para ellos una ardiente embriaguez, la única por la que sienten una sed tal que la saciarían, de buena gana, al precio convenido con vuestros verdugos. Admitiréis que me queda oro bastante para pagarles en estas empresas, y que el conjunto de un «regicidio», como suele decirse en las ciudades, sería incluso concebido, por mí, con bastante sutileza como para que su seguro regreso fue más que presumible. Tengo pues motivos para seguir pensando que, tras dos o tres de estas advertencias y coincidencias, los augustos sucesores de mis antagonistas con corona no seguirían ya turbando mi soledad... Y tanto menos cuanto, en mi implacable perseverancia, no sería el primero en fatigarme.

Supongamos ahora —¿no hay que preverlo todo?— que, por sugerencia de consejeros como vos, determinado jefe de una de las «patrias» de Alemania, irritado, a la larga, por varios fracasos costosos y amenazadores —al no poder tolerar la constante humillación de sus órdenes formales—, por algunas sospechas también, tal vez, ante esos «indignantes» hechos y comenzando a desconfiar, de modo más reflexivo, no sólo de mí sino también de mi taciturno entorno, supongamos —decía, puesto que a fin de cuentas no es posible imaginar hasta qué decisiones puede llevarle la «indignación» de un príncipe— que ese rey legal enviase, bruscamente, fuerzas algo más serias, ocho o diez mil hombres por ejemplo, con la misión de ocupar militarmente la Selva Negra, de arrasarlo y llevarme vivo o muerto. Y todo ello sólo para que la «fuerza siga siendo de la ley».

En nombre del derecho humano, declaro que guerrear contra un exiliado solitario, culpable apenas de legítima defensa, de silencio y de libertad —bien decidido, en cualquier caso, a salvaguardar su aislamiento hasta el punto de hacerlo saltar todo antes que rendirse—, sí, afirmo que guerrear contra ese hombre sería un acto digno de la irrisión de la Historia, del desprecio de las naciones, y sin honor para el país.

¡No importa!... Gracias a aquellos de los míos que —a fuerza de años, con esa hereditaria paciencia que demuestro yo en este momento— armaron mi torreón, estoy dispuesto a desafiar a esos belicosos infantes. Siendo de una raza de soldados y conociendo la exacta extensión de suelo que un cuerpo de diez mil hombres, dividido en columnas de asalto, de ataque y de apoyo, puede ocupar aquí, he tomado desde hace tiempo mis disposiciones. *(El conde Axel de Auersperg vuelve a sentarse —en la actitud precedente—, acodado junto a las luces de la mesa. El estruendo del trueno, las circunvoluciones de la torrencial tormenta, desde hace unos instantes, parecen haberse aproximado, cercando las alturas del burgo como en un abrazo supremo.)*

Sabréis, de buenas a primeras, que a mi alrededor la región montuna y boscosa se opone a cualquier avance de artillería: son, en efecto, por todos lados, hasta la lejanía, circulares y anchos valles, torrenciales ríos, miríadas de rocas y de enormes árboles tan prietos entre sí que, segados por sus bases, se apoyan los unos en los otros sin poder caer; su caída, por lo demás, impediría la marcha de un ejército. Introducir cañones en semejante paraje, con vistas a abrir brecha en mis muros, exigiría en verdad muy pesados —y muy estériles— sacrificios de sangre, tiempo y oro... Incluso para soportar ser rechazado. Ninguna caballería podría moverse por esta región, cuyas cartas militares, rectificadas de edad en edad según los nuevos usos, están sólo en mis manos; añadiré que yo no habría esperado la súbita irrupción de regimientos enemigos, para saber de ellos. Serían pues necesarios otros elementos para atacarme. Nutridas tropas a pie, aventurándose en la excepcional Selva, parecerían las únicas en poder llegar, aunque difícilmente y en desorden, hasta la cercanía de mis fosos, allí, es decir bajo mi constante fuego directo, antes de cualquier operación. Pues las olvidadas almenas de esta fortaleza fueron provistas, antaño, de cuarenta y ocho piezas de asedio, ¡oh!, siguen relucientes, y tras una llamada serían servidas, aunque fuese mañana, por una guarnición de rudos veteranos que les son familiares. Desde la altura que domina este castillo, su poderoso fuego parabólico cubre más de dos leguas de zona, y el terreno de esta zona se mantiene constantemente en condiciones de proporcionar, más acá de las trincheras, suficientes recursos en pan, víveres, agua e incluso municiones. Por lo que a mis casamatas se refiere, sus sótanos permanecen, como en el pasado, aprovisionados para una larga resistencia. De ahí, incluso, la relativa pobreza que me enorgullece. Por ello ningún acto de autoridad, revelando mi real poderío, me declararía abiertamente en revuelta ante una aproximación hostil. Nada. Las interminables extensiones de árboles, de pedregales, de precipicios y fosos mantendrían su aspecto primero campestre, salvaje luego, y las primeras líneas de infantería, al penetrar en ellas, sólo oirían, de aldea en aldea, la rueda de los cordeleros, el hacha de los leñadores, el apacible martillo de los almadreñeros, el murmullo de las fuentes, las canciones de cuna. Nada hablaría de una resistencia, un peligro. Según los caminos escogidos, apenas tomaría yo algunas medidas nuevas, en esta mansión, en un radio de cinco a seis leguas de mis trincheras. En efecto, ¿por qué poner en pie a quienes podría yo denominar mi pueblo, antes del preciso instante en que atacados por fuerza ellos mismos la Selva se haría algo más oscura? Al primer burgo que las recién llegadas tropas molestaran, todos se replegarían, por sí mismos, hasta aquí. Para la defensa, en la Selva, tenemos una formación que ignoran por completo vuestros soldados, y que les resultaría abrumadora, fulminante incluso, ¡creo estar seguro de ello! De modo que, súbitamente, en alguna negra noche, durante el pesado sueño de vuestros miles de hombres, de pronto los claros se convertirían en hogueras y, en la asfixia de los bosques incendiados, los estallidos de minas se complicarían con el crepitar de miles de carabinas, y la aurora iluminaría una simple y continua matanza. En invierno sería más breve aún y más terrible; pues en esos terrenos, trabajados desde antiguos años, poseo muy vastos medios para enterrarlos; y pudiendo utilizar esos millones de combatientes que no retroceden y a quienes denominan árboles, sé cómo se hambreadan, cómo se desmigajan, cómo se neutralizan las fuerzas... que, por otra parte, estarían muy lejos de ser, desde cualquier punto de vista, equivalentes a aquellas cuyo mando yo habría tomado. Simulando, incluso, una derrota, hay dos senderos que podrían llevar columnas de asalto hasta mis verdes mesetas y mi foso; desde mi cumbre, no sólo puedo empujar colosales rocas redondeadas, cuyo efecto aplastante sería inevitable, sino también, con algunas minas, gracias a las antiguas cuevas de guerra que las flanquean, puedo hundir el suelo hasta dar a esos

senderos una inclinación tal... que haría por completo inexpugnable este viejo torreón, cuyo fuego, entonces, terminaría con ellos. Me parecería quimérico pretender fijar la cifra de los fugitivos que, sin abrigo, ni guía, ni víveres, extraviados en los bosques, acosados a muerte por los míos, intentarían llegar a los linderos para ir a llevar a su país la inquietante noticia del desastre. Este sería, pronto, seguido por la sorpresa de cierta y próxima ciudad fortificada, por una llamada a los señoríos descontentos y, sin ninguna duda, por la guerra civil en Alemania. Tras uno o dos combates librados según un plan de hostilidades muy maduro ya, sé a qué culpable haría yo desaparecer. Mi DERECHO quedaría intacto, pues... ¿acaso yo mismo me habría puesto fuera de la ley?

Ése es el lugar donde os encontráis, señor chambelán. Por lo que a «mí» se refiere, soy sencillamente un soñador bastante incómodo a quien, tal vez, sería prudente que vuestros reyes no desafiaran. Dicho eso (para terminar, esta vez, ¿verdad?, con nuestras discusiones), imagino que habéis oído hablar... de un joven de tiempos ya idos que, desde las profundidades de su castillo de Alamont, erigido sobre esa meseta siria llamada el «Techo del mundo», obligaba a lejanos reyes a pagarle tributo. Le llamaban, creo, el Viejo de la Montaña. Pues bien... *(Tras una señal, Gotthold y Miklaus han recuperado sus antorchas; Axel se levanta y, luego, iluminado por los rojos reflejos de toda la sala, mirando a su adversario y con voz tranquila:)*... pues bien, yo soy el Viejo de la Selva.

EL COMENDADOR, *algo huraño, pero que se ha puesto grave, mirándole de los pies a la cabeza, como conteniéndose:* ¡Rebelde! Osáis tomaros semejantes derechos...

AXEL, *con los ojos llameantes:* Nadie, nunca, tuvo más derechos que aquellos que tomó y supo conservar. Sabedlo, pienso tomármelos todos al primer ardid de vuestros... dueños.

EL COMENDADOR, *observándole y a media voz:* ¿Pudiendo ser rey, por qué no hacerlo?

AXEL, *señalando, con la suya, la espada tendida en el suelo:* Tengo otras preocupaciones.

Un profundo silencio.

EL COMENDADOR, *con una sonrisa gélida y pálida, y como decidiéndose:* ¡Está claro que hacéis de mí lo que queréis! ¡Vamos! Degollémonos, sea. *(Se inclina y recupera su espada; luego, en un tono extraño:)* Sería más regular, me parece, que nos quitáramos la ropa.

AXEL, *sin advertir el sentido bajo y suspicaz de estas palabras:* Concedido.

Ambos, apresuradamente, tras haber clavado sus espadas en el suelo, se han desnudado hasta la cintura, arrojando la ropa en ambos sitios. Aparecen las musculaturas: la del conde de Auersperg esbelta, atlética, ondulada; la del comendador robusta, ágil, resistente. Retomando sus armas, se han alejado cinco o seis pasos, uno del otro, en el centro de la sala.

EL COMENDADOR, *con voz firme y breve:* Soldados que lucís la Cruz de Hierro, yo, Hermann Kaspar de Auersperg, barón de Su Majestad nuestro rey, comendador de la orden de nuestra Águila Roja, os pongo como testigos de que he protestado contra la arbitraria conducta del conde Axel de Auersperg, mi primo, que tras haber superado, conmigo, toda medida en amenazas, fanfarronadas y ultrajes, me pone en la urgente y absoluta necesidad... de atentar contra su vida.

Examina con una ojeada, a su alrededor, el espacio de la sala.

AXEL, *a media voz y sonriendo:* Altivas palabras; ¿para cuándo la acción?

EL COMENDADOR, *levantando la espada:* Esta vez soy yo el que os aguarda, caballero.

AXEL, *tranquilo, poniéndose en guardia:* Heme aquí.

Ambos adversarios, acercándose con rapidez, han cruzado sólo la punta de sus hojas. Los ataques del comendador de Auersperg se suceden, presurosos, esgrime con superior velocidad. Axel, altivo, ha golpeado, otras tantas veces, su acero en tan duras paradas que brotan las chispas. Pasan así unos instantes. Ahora, las espadas, advertidas y como si se hubieran evaluado, no chocan ya. Engañándose la una a la otra, en prietas fintas, se adivinan y se evitan. Parecen dos fulgores estremecidos, encontrándose sin cesar y espejeantes, bajo las antorchas, que se enlazan sin contacto visible, casi sin ruido. Espontáneamente, dos estocadas de mortal aspecto, pero que encuentran, en su mismo relámpago, la guardia severa del joven conde, le son

propinadas a toda velocidad. Axel, durante los minutos en que las hojas se han cruzado, no ha extendido aún el brazo ni una sola vez. Fuera, continuamente, ruge el trueno.

EL COMENDADOR, para sí mismo, rompiendo con un paso y como presa de una sombría sorpresa: ¡Eh!, pero... Siento que estoy perdido.

Los ojos de Gotthold, preocupado hasta entonces, han seguido el duelo y leído los remolinos de las fintas. Se iluminan al ver que el conde de Auersperg da rápidamente un paso hacia delante, tras la ruptura del comendador, y se aparta de un modo significativo, sin duda, para el veterano soldado. Ukko, con los brazos cruzados, muy pálido junto a Miklaus, cuya antorcha tiembla, mira. Al fondo de la sala, Hartwig, con el puño crispado sobre su espada, ha cerrado los ojos, pues una lágrima de angustia acaba de brotar y resbala por su mostacho.

Mientras, los ataques adversarios se multiplican contra Axel, sapientes, precisos, apenas visible el dibujo de la punta, amenazadores fulgores, en línea alta y baja; él parece de piedra al abrigo de su móvil muñeca, encerrándose en su impenetrable espada.

De pronto, tras un golpe evitado —cuyo brillo ha exagerado, por un instante, una sombra de irritada fatiga— Axel, en una fulgurante extensión de fiera, se lanza, con una oposición de guardia, el brazo y el acero horizontalmente rectos; súbitamente, unas gotas de sangre saltan por los aires entre los combatientes. El comendador Kaspar de Auersperg lanza un grito breve y ronco, y que se ahoga sordamente; gira sobre sí mismo, bate el aire con ambos brazos dejando escapar el arma, luego vacila; sus rodillas se doblan; cae hacia delante, con ambas manos extendidas; muy pronto, boca abajo, tras una convulsión, queda inmóvil; en pocos segundos un ancho charco rojo se forma y aumenta en su lado izquierdo.

UKKO, precipitándose, le ha levantado y, luego, dándole la vuelta, palpa la herida: Tiene el corazón atravesado. Todo ha concluido.

Un silencio.

AXEL, para sí, pensativo y contemplando a su adversario, inerte ya: Pasajero, ya has pasado. Hete aquí hundiéndote en lo impensable. En tu estrecha suficiencia, durante tus días, sólo se afinaron los instintos de una animalidad refractaria a cualquier selección divina. Nada te llamó, nunca, desde el más allá del mundo. Y te has consumado. Caes en las profundidades de la muerte como una piedra en el vacío, sin atracción y sin objetivo. La velocidad de esa caída, multiplicada por el único peso ideal, es hasta tal punto... sin medida... que esta piedra, en realidad, no está ya en parte alguna. ¡Desaparece pues!, de mi entrecejo incluso. *(En voz alta, volviéndose hacia los tres viejos soldados:)* Acercaos. *(Gotthold y Miklaus se acercan; contemplan, inclinándose bajo sus antorchas, el cuerpo tendido en el suelo. Ukko, con las manos ensangrentadas, sostiene en sus rodillas la faz lívida. Hartwig ha acudido desde el fondo de la sala y mira también, las largas espadas desnudas brillan alrededor del muerto.)* Gracias, mis viejos amigos, por la ansiedad que vuestra ternura ha sufrido. Que tranquilicen a Herr Zacharias. *(Señalando el cuerpo del comendador de Auersperg:)* Al panteón, junto a las sepulturas, ¡y esta misma noche!

GOTTHOLD, al oído de Axel y protegiendo, con una mano, sus palabras, dados los ensordecedores truenos que, sin duda, golpean ahora lo alto del torreón: Hay una fosa dispuesta, monseñor: era la vuestra; excavada, antaño, según vuestro formal deseo...

AXEL, impasible: Sea, ceniza a la ceniza. *(Deja caer su enrojecida espada.)*

Hace un instante la puerta cimbrada, en lo alto de la escalera de piedra, se ha abierto silenciosamente ante un personaje desconocido.

El recién llegado es de alta estatura y admirables proporciones. Su fisonomía, de rasgos puros, no parece la de un hombre de nuestro siglo ni de nuestros parajes; recuerda,

extrañamente, a esas efigies hieráticas o regias, en relieve en las antiquísimas medallas de los medas. Parece estar en los cincuenta años, aunque el fulgor de sus graves ojos demuestra una especie de poderío, de eterna juventud corporal. La austera belleza de toda su persona, la luminosa palidez de su faz, la magnífica expresión de su mirada parecen tener que oprimir, para siempre, la memoria de aquellos que sólo le contemplaran una vez; sus cabellos castaños, ondulados, de los que sólo unos pocos son de plata, se dividen —algo más largos, sólo, de lo que suelen llevarse en los ejércitos— en una misteriosa frente cuyas plenitudes imponen el recogimiento. Su barba castaña recuerda la de las figuras grabadas al buril en los bronce de Nínive. Los relámpagos le iluminan. Su traje, casi un uniforme negro, sin espada, parece, al principio, el de los médicos militares de Hungría; pero varios detalles, de una sencillez por completo severa, indicarían más bien que es el vestido de un jinete siempre dispuesto a largos viajes; vestido que un sombrero de anchas alas y un manto bastan para completar. En el momento en que baja hacia la sala, Gotthold y Miklaus, con la ayuda de Ukko, han levantado el inanimado cuerpo del comendador de Auersperg y, precedidos por Hartwig, cuya antorcha les ilumina, se dirigen hacia la puerta central. El conde de Auersperg acaba de recuperar sus ropas y, cuando termina de ajustarse el corpiño de cuero pardo, descubre al desconocido que está ahora en los primeros peldaños.

AXEL, *para sí*: ¡Maese Janus! (Un silencio. Luego, con profundo suspiro:) ¡Ah!, siento que vuelvo a ser sólo un hombre, en presencia de este ser viviente.

TERCERA PARTE

EL MUNDO OCULTO

Acoge tus pensamientos como a huéspedes y tus deseos como a niños.

LAO TSE

1.- *En el umbral*

ESCENA PRIMERA

Axel, maese Janus, la misma sala.

AXEL, *preocupado y sombrío*: He matado a un hombre, maestro.

MAESE JANUS, *encendiendo una de las antiguas lámparas de arcilla*: Sea.

AXEL, *a media voz, casi para sí mismo*: Por un secreto... que no conozco, que ayer olvidaba y que, desde hace una hora, me obsesiona, me invade un interés cuya servidumbre creí haber roto. (*Abre un infolio en uno de los anaqueles. Tras haber intentado leer:*) Tengo distraído el ánimo hasta el punto de parecerme extrañas esas palabras cuyos fulgores, tantas veces, me han deslumbrado. ¡Ya está! Algo ha ocurrido que me ha devuelto a tierra. Lo siento en mí, ¡quiero vivir!...

MAESE JANUS, *para sí mismo, contemplando a Axel a la luz de la lámpara*: Hete aquí pues maduro para la suprema prueba. El vapor de la sangre derramada por el oro acaba de menguarte el ser: sus fatales efluvios te envuelven, te penetran el corazón y, bajo su pestilente influencia, eres ya sólo un niño que sabe palabras. Heredero de los instintos del hombre que has matado, la antigua sed de voluptuosidad, de poder y de orgullo, respirada y reabsorbida por tu organismo, se enciende en lo más rojo de tus venas. Oro que ha vuelto a bajar de los sagrados umbrales, el antiguo mortal resucitará en los irreconocibles ojos del iniciado culpable: es la hora. Va a llegar, también, la que renunció al ideal divino por el secreto del oro, como renunciarás tú, dentro de un rato, a tus sublimes finalidades por tan despreciable secreto. He aquí pues, presente, la dualidad final de las dos razas, por mí elegidas, desde las profundidades del tiempo, para que sea vencida, por la simple y virginal humanidad, la doble ilusión del oro y del amor; es decir para que se funde en un punto de devenir, la virtud de un signo nuevo.

AXEL, *para sí mismo, a media voz*: Me parece despertar de un sueño casto y pálido, imaginado en éteres del color del diamante y cuyo recuerdo va a desvanecerse. Hasta hoy sólo había visto la luz del mundo de prestigio que este hombre me ha desvelado: en estos momentos se me aparece toda su sombra. Una inmensa duda me oprime... La vida apela a mi juventud, con más fuerza que esos pensamientos demasiado puros para la edad del fuego que me domina. Esta muerte me ha escandalizado... la sangre tal vez... ¡No importa! Quiero romper esta cadena y disfrutar de la vida... (*Sueña.*) Habré pasado, así, mi juventud en este perdido torreón, en medio de esos parajes cuyo salvaje carácter he adoptado; un sabio tan maravilloso como Janus me habrá educado, con mayor magnificencia que a los reyes, investido de un terrible poder, aunque sólo defensivo, yo mando en esta espantosa Selva; siento, ahora, que mi corazón salta hacia esos países, jardines del mundo, de riberas reflejadas por los mares orientales, hacia esos palacios de alcobas de mármol donde se abanicaban blancas princesas encantadas y, señor de los cuentos hindúes, sin saber dónde están sus tesoros, me veré condenado a languidecer entre esos muros, a perseguir los animales de los bosques para distraer mi desesperación. ¡No! Aunque debiera recurrir a esas operaciones infernales que, por lo menos, quiebran los obstáculos y desgarran los

secretos tenebrosos, ¡descubriré ese oro fulminante!... Permanecer por más tiempo ajeno a él... sería bastante para ir a quebrarse en un precipicio.

MAESE JANUS, *que ha leído el pensamiento de Axel*: No valía la pena nacer.

AXEL, *como decidiéndose, tras haberle mirado*: Maestro, sé que, según la antigua doctrina, para ser omnipotente hay que vencer, en uno mismo, toda pasión, olvidar toda ambición, destruir todo rastro humano, someter por el desprendimiento. Hombre, si dejas de limitar una cosa en ti, es decir de desearla, si, de ese modo, te retiras de ella, vendrá a ti, femenina, como el agua ocupa el lugar que se le ofrece en el hueco de la mano. Pues posees el ser real de todas las cosas en tu pura voluntad, y eres el dios en el que puedes convertirte. Sí, ése es el dogma y el arcano primero del real saber. Pues bien, es comprar muy cara la nada: soy hombre; no quiero convertirme en una estatua de piedra.

MAESE JANUS : Eres muy libre de hacerlo, pero el universo sólo se prosterna ante las estatuas.

AXEL: ¿Qué valor tendría, entonces, para mí, el poderío?

MAESE JANUS: ¿Te importas pues mucho?

AXEL, *sombrío*: ¡Ah!, sin haber cruzado todavía las puertas oscuras, comienzo a temer un mundo visionario, donde todos mis pensamientos pueden rodar en una vana demencia.

MAESE JANUS: El río teme convertirse en la mar, perdiéndose en ella.

AXEL: No, el objetivo no vale el camino. ¡Cómo!, ¿el absoluto sacrificio para encontrar en la muerte, tal vez, el sueño sin sueños? ¿La nada... —¡ah, lo dudo mucho!— de los dioses?

MAESE JANUS: Los dioses son los que nunca dudan. Escapa como ellos, por la fe, a lo no creado. ¡Realízate en tu luz astral! ¡Surge! ¡Cosecha! ¡Asciende! ¡Conviértete en tu propia flor! Eres sólo lo que piensas; piénsate, pues, eterno. No pierdas tiempo dudando de la puerta que se abre, de los instantes que te has devuelto en tu germen y que se te han concedido. ¿Acaso no sientes que tu ser imperecedero brilla más allá de las dudas, más allá de cualquier noche?

AXEL: ¿Y si la muerte abole en mí cualquier memoria?

MAESE JANUS: ¿Cualquier memoria? ¿Y ya, desde aquí, recuerdas el ayer? ¿Merece, lo que pasa o cambia, que se lo recuerde? ¿De qué quisieras, pues, acordarte?

AXEL: Tal vez las tendencias, resultado de un dudoso pasado, sean una memoria; sin embargo, ¿quién me garantiza que persistiré, consciente de mí mismo, en el supremo océano de los nombres, las especies, las formas?

MAESE JANUS: Sabe adquirir, desde ahora, el poder de convertirte en lo que, en el más allá, te amenaza; hazte como la avalancha que sólo es lo que arrastra.

AXEL: ¿Y qué impulso cierto centralizaría, a tu entender, en mi ser, el mismo de esas fuerzas adversas?...

MAESE JANUS: Espiritualiza tu cuerpo, sublímate.

De pronto, con un horrible estruendo, el rayo rompiendo una de las cristaleras cae, hecho ígneas gotas, en la sala, con vasto fulgor. Corre por las armaduras y los objetos de los muros, se lanza luego hacia la chimenea, la surca y desaparece.

AXEL, *tras unos instantes*: ¡Mira, maestro!, ¿cómo tomarse en serio un pensamiento que este miserable relámpago del azar podría interrumpir para siempre, aniquilando mi ser?

MAESE JANUS, *impasible*: Tu ser, no: tu devenir, ¡ese morral! Un grano de arena bastaría para hacerlo. ¿Y vacilas en sacudirte esta dependencia, en librarte de ella?

Mientras habla, maese Janus se ha vuelto hacia la derrumbada ventana; ha contemplado la atmósfera negra y sombría.

Ahora, parece que el aire se haya azulado, aclarado, iluminado: ha cesado la lluvia; los lejanos rumores se apaciguan, como si la tormenta se hubiera resuelto en ese postrer trueno, la noche se ha vuelto serena, un calmo hechizo en los bosques.

Axel contempla con asombro el pacífico aspecto, tan súbito, del exterior nocturno. Luego desciende, en silencio, hacia el hogar, se sienta y su mirada encuentra el fulgor de la lámpara encendida por maese Janus.

AXEL: ¡Qué extraños fulgores arroja esta lámpara! ¿Es la vieja lámpara isaica hallada, en Palestina, por los rosacruces? (*Pensativo*.) Esta llama que me contempla tal vez iluminó a Salomón. (*Medita unos instantes*.) ¡Salomón! El nombre despierta en mí mundos de ensueño. ¡Ah, quién me concederá descubrir el anillo, tal como, en el sepulcro desconocido del Príncipe de los Magos, resplandece en alguna parte, en el Oriente!

MAESE JANUS: La tumba de Salomón es el propio pecho de quien puede concebir la luz increada.

AXEL: A la luz increada cualquier hombre la denomina, sencillamente, Dios.

MAESE JANUS: Si no comprendes el sentido de ciertas palabras, perecerás, simplemente, en el aire que me rodea: tus pulmones no soportarán su peso asfixiante. Yo no instruyo, despierto. Si mientras dabas vagidos envuelto en pañales, no tuviste bajo tus párpados cerrados la mirada transida de esta luz que penetra, reconoce y refleja el espíritu sustancial de las cosas, el espíritu de universalidad entre las cosas, no puedo darte esta mirada. Si tus ojos están vivos, si tus pies están libres, observa y avanza. Sólo tú mismo puedes iniciarte.

AXEL, *acodado y sonriendo con melancolía*: ¿Y... seré entonces semejante a esos hechiceros de las veladas, cuyos ingenios, sacudiendo antorchas bajo tierra, iluminan confusas pedrerías? ¿Podré transmutar los metales, como Hermes? ¿Disponer de imanes, como Paracelso? ¿Resucitar a los muertos, como Apolonio de Tyana? ¿Encontraré, también yo, los tentáculos contra las circunstancias fatales y contra los terrores de la noche? ¿Los electuarios que fuerzan o destruyen el amor? ¿El magisterio del sol, por el que se gobiernan los elementos? ¿El elixir de larga vida? ¿La pólvora de proyección, como Raimundo Lulio? ¿La piedra filosofal, como el Cosmopolita! ¿Seré semejante a los magos de la gran leyenda?

AÍAESE JANUS, *impasible, con el pie junto al charco de sangre*: Los verdaderos «magos» no dejan en absoluto nombre en la memoria de los transeúntes y son para ellos siempre desconocidos. Su número, desde el fondo de los tiempos, es el mismo número, pero forman un solo espíritu. Los soñadores a los que acabas de nombrar fueron útiles, sabios mortales. No fueron liberados. Los verdaderos magos desdeñan vivir, se disponen pues a morir.

AXEL, *dando un respingo*: ¿Qué será, pues, un mago?

MAESE JANUS, *con una vaga sonrisa familiar*: Si quieres saber, incluso lo que preguntas, sopesa primero esta pregunta simple y secreta: ¿Cómo es posible que ni siquiera se te haya ocurrido la idea de crearme amenazado, también yo, por ese peligro que acaba de pasar, hace un rato, a nuestro alrededor?

AXEL, *sorprendido y pensativo*: ¡Es cierto!... ¿Estarás acaso...?

MAESE JANUS, *breve*: Soy un hombre que está ante ti. Por lo que se refiere a esas palabras, exhumadas del viejo lenguaje hermético y que te complace recitar, seducen a la juventud de tu inteligencia por el brillo de sus sonos mucho más que por lo que significan. Sólo te sugieren cerebrales sensualidades. Estás en una edad en que el resplandor de los astros oculta, a cada instante, el sentimiento del cielo. Olvida mejor unas expresiones que, en tus labios, son puramente verbales y cuyo vivo sentido no puedes todavía entender. No juegues con ellas. Cada una de tus palabras flota por unos instantes a tu alrededor y luego, te abandona. (*Se dirige hacia la ventana rota y la abre con un gesto de hombre que aparta un velo; luego, señalando los tranquilos aires y las estrellas*.) ¡Mira más bien los cielos! ¡Donde no hay cielos, no hay alas! Transfigúrate en su silenciosa luz: piensa en desarrollar con la meditación, a purificar, con el fuego de las pruebas y los sacrificios, el infinito influjo de tu voluntad, en convertirte en un adepto a la ciencia de los fuertes, a ser ya sólo una inteligencia liberada de los votos y los vínculos del instante, a la vista de la ley sobrenatural.

AXEL, *con una especie de íntimo desaliento*: ¿Quién puede conocer la ley?

MAESE JANUS: ¿Quién puede conocer nada, salvo lo que reconoce? Crees aprender y te encuentras: el universo es sólo un pretexto para ese desarrollo de toda conciencia. ¡La ley es la energía de los seres!, es la noción viva, libre, sustancial que, en lo sensible y lo invisible, conmueve, anima, inmoviliza o transforma la totalidad de los devenires. ¡Todo palpita con ella! Existir es debilitarla o fortalecerla en uno mismo y realizarse, en cada latido, con el resultado de la elección hecha. Sales de lo inmemorial. Hete aquí, encarnado bajo unos velos de organismo, en una prisión de relaciones. Atraído por los imanes del deseo, tracción original, si cedes a ellos, espesas los penetrantes vínculos que te envuelven. La sensación que acaricia tu espíritu convertirá tus nervios en cadenas de plomo. Y toda la vieja exterioridad, maligna, complicada, inflexible —que te acecha para nutrirse con la volición viva de tu entidad—, pronto te sembrará, polvo precioso y consciente, en sus químicas y sus contingencias, con la mano decisiva de la muerte. La muerte es haber elegido. Es lo impersonal, lo devenido. (*Silencio.*) ¿Alguna confusa tendencia te acucia aún para que recobres la verdad de tu origen? Desposa, en ti, la destrucción de la naturaleza. Resiste sus imanes mortales. ¡Sé la privación! ¡Renuncia! Libérate. ¡Sé tu propia víctima! Conságrate en las brasas de amor de la ciencia augusta para morir en ellas, como asceta, con la muerte de los fénix. Así, reflejando el esencial valor de tus días en la ley, todos sus momentos, penetrados por su refracción, participarán de su perennidad. ¡Así anularás en ti, a tu alrededor, cualquier límite! Y, olvidando para siempre lo que fue la ilusión de ti mismo, tras haber conquistado la idea —libre por fin—

de tu ser, volverás a ser, en lo intemporal, espíritu purificado, distinta esencia en el espíritu absoluto, el propio consorte de lo que tú llamas deidad.

AXEL, *para sí mismo, sin hablar*: Soy un rey pobre. Si me fuera desvelado el esplendor del paternal tesoro, podría elegir con libertad, ¡pero ni siquiera me queda el mérito del sacrificio!; el destino me obliga a vivir de sueños.

MAESE JANUS, *que ha leído el pensamiento de Axel*: ¿Y de qué querrías vivir? ¿De qué viven los vivos, salvo de espejismos, viles esperanzas, siempre decepcionadas? ¿Acaso el que puede elegir es libre? No, sólo es libre quien, tras haber optado para siempre, es decir no pudiendo ya flaquear, no se ve ya obligado a vacilar. La libertad sólo es, en verdad, la liberación. Lamentar la ausencia del peligro es comprobar la posibilidad de una esclavitud, es pues llamar a la tentación; dignarse a eso es ya sucumbir. Acabas de tener un pensamiento terrenal.

AXEL, *bruscamente*: ¿Y cuándo seré hombre por un instante? ¡La tierra es hermosa! Mis jóvenes venas acarrearán una sangre en llamas. ¡El gran crimen de amar y vivir! Y tú, que me crees perdido, recuérdalo: ¡todo regresa a su causa natal! De cualquier lado que incline la antorcha, la llama, en su memoria natural, tenderá hacia los cielos.

MAESE JANUS: Cada vez que «amas», mueres otro tanto. Si no te despojas para siempre, de un solo golpe, de toda misericordia hacia los atractivos de la arcilla, tu espíritu, más pesado con cada sueño realizado, se verá penetrado por el instinto, se encadenará a la pesadez y, una vez pasada tu hora, juguete, en lo impersonal, de todos los vientos del límite, diseminado, conciencia esparcida en tus antiguos deseos, vana chispa, estás estrictamente perdido. No proyectes pues nunca, salvo en la luz increada, la suma de tus actos y tus pensamientos.

AXEL: Quiero el instante de olvido, tengo derecho a ello.

MAESE JANUS: ¿Acaso revocarás mejor, en lo eterno, un instante que un siglo? ¿Para qué distinguirlos el uno del otro? Cada uno de los momentos de tu móvil actualidad es proyectado, por ti, circularmente y para siempre. Lo recuperarás orbicular, infinitizado en ti mismo. Tu personalidad es sólo una deuda que debes pagar hasta la última fibra, hasta la última sensación, si deseas ganarte sobre la inmensa miseria del devenir.

AXEL: ¡Ah, también el sabio puede distraerse de la sabiduría!

MAESE JANUS: Sólo el insensato puede soñar en huir de lo que ama.

AXEL: ¡He conquistado, en fin, el derecho a respirar en la montaña antes de proseguir más arriba! Déjame contemplar, como un adiós al menos, lo que abandono.

MAESE JANUS: ¿Un espíritu realmente elevado, es decir que hiende intelectuales éteres con su asunción divina, cuando solicita el favor de una parada, de una caída, será inteligible para sí mismo? Es, esencialmente, demasiado tarde, en ti, para esas sombras de conceptos irreales, envueltos en limbos de inconsciencia, en quienes se contradice la vitalidad del verbo. Quien se detiene en el umbral y se vuelve, orgulloso por los peldaños escalados, entra y vuelve a bajar en su propia mirada, por muy vaga que esa mirada haya sido y tiene —como medida de su caída— el propio orgullo que ha experimentado por su, ya desde entonces, ficticia elevación.

AXEL: Puedo abandonarme a la corriente de mis pasiones sin ser arrastrado por ella, como un nadador en un río.

MAESE JANUS: Un torrente que nadie remonta, ¡no te mientas, corazón tentado!; sólo un liberado puede demorarse, rozando la tierra, sin dejar por ello de estar también en los cielos — como el rayo de un sol puede vagar, por aquí abajo, y vivificar con su bienhechora calidez la tierra—, sin por ello abandonar su celeste hogar natal. Conviértete en un ser de luz, antes de desafiar... (*Con una ligera sonrisa*:) ... nuestros crepúsculos.

AXEL: Me he envuelto, digo, con el manto de Apolonio. Tengo la lámpara, y también el bastón sagrado para afirmar la larga marcha. De qué me habrían servido tantas velas, estudios, tantos pensamientos, ¡ay!, si ni siquiera hubiese adquirido el poder de rechazar...

MAESE JANUS: Eres, aquí, el hipócrita de tu propia esperanza. Envoltiéndolo un cuerpo sensual, el manto se deshilacha, se desgasta y agujerea, dejando pasar el viento de los sepulcros; en la mano izquierda del impúdico, la lámpara vacila y mengua, dispuesta a extinguirse; en la diestra del iniciado que se aleja, el bastón de apoyo se aligera, convirtiéndose en una rama de leña. ¿Apoyarse en la inmunidad de un mérito para intentar, impunemente, acciones inferiores es, acaso, tener mérito? Si tu espíritu está investido por una fuerza y un fulgor santos, dejas de admitir para siempre, con complacencia, en sí, la presencia de tales pensamientos. En cada una de tus ideas, aún tan ociosas, infundes tu ser, y esa idea, por ello mismo, se convierte en uno de los virtuales momentos del aparecer futuro que tu vida engendra y que la muerte te obligará a incorporar. Pues las entidades vibran en la infinita gestación de lo que las totaliza, y la muerte echa al mundo absoluto. Tu existencia es sólo

la agitación de tu ser en el oculto útero donde se elabora tu futuro definitivo, tu concepción decisiva, el deber de reconquistarte al mundo.

AXEL: ¿Pesado deber?

MAESE JANUS: Si quieres aliviarlo, lo perviertes, lo infringes. ¿Esperas transigir con lo que no tiene límites y flotar, incierto, en la obligación, sin definirte en tu propia angustia? ¿Qué serían pues las prácticas disciplinarias del asceta, salvo los propios peldaños de la emancipación de un espíritu que se libera y se encuentra, se recupera y se amplía en su inconmensurable entidad? El atractivo de cualquier disipación temporal es, sólo, un obstáculo, tan peligroso como miserable.

AXEL: ¿Y si la palabra de los hijos de una mujer no abarcara más allá de... esa mentira de espacio que envuelve la tierra? ¡No, no! Si toda esa amenazadora doctrina fuera la gran Verdad, sería para maldecirla: el universo sería sólo una trampa eterna tendida a la humanidad.

MAESE JANUS: Sabe de una vez por todas que no hay más universo para ti que la propia concepción que se refleja en el fondo de tus pensamientos; pues no puedes verlo plenamente, ni conocerlo, ni siquiera distinguir un solo punto tal como ese misterioso punto debe de ser en su realidad. Si, por imposible, pudieras por un momento abarcar la omnivisión del mundo, sería de nuevo una ilusión el instante siguiente, puesto que el universo cambia —como tú mismo cambias— a cada latido de tus venas, y así su aparecer, sea el que pueda ser, sólo es, en principio, ficticio, móvil, ilusorio, inaprensible.

¡Y formas parte de él! ¿Dónde está, en él, tu límite? ¿Dónde el suyo en ti?... Él te llamaría a ti el «universo» si no estuviera ciego y careciese de palabras.

¡Se trata pues de aislarte de él!, ¡de liberarte de él!, ¡de vencer, en ti, sus ficciones, sus movibilidades, su ilusión, su carácter! Esa es la verdad, según lo absoluto que puedes presentir, pues la propia Verdad sólo es una indecisa concepción de la especie por donde pasas y que presta a la totalidad las formas de su espíritu. Si quieres poseerla, ¡créala!, ¡como todo lo demás! Sólo llevarás, sólo serás tu creación. El mundo nunca tendrá, para ti, más sentido que el que tú le atribuyes. Crece pues, bajo sus velos, confiriéndole el sublime sentido de librarte de ellos; no mengües sometiéndote a los sentidos de esclavo con los que te ciñe y encadena. Puesto que no vas a salir de la ilusión que te haga del universo, elige la más divina. No pierdas el tiempo estremeciéndote, ni dormitando en una indolencia incrédula o indecisa, ni disputando con el cambiante lenguaje del polvo y la mugre. Eres tu futuro creador. Eres un Dios que sólo finge olvidar su toda esencia para realizar su fulgor. Lo que denominas el universo es sólo el resultado de esa ficción cuyo secreto contiene. ¡Reconócete! ¡Profiérete en el ser! Abandona la mazmorra del mundo, hijo de los prisioneros. ¡Evádate del devenir! Tu «Verdad» será lo que hayas concebido: su esencia no es infinita, como tú. Atrévete pues a engendrar la más radiante, es decir a elegirla tal... pues ella habrá precedido, ya, su ser con tus pensamientos, debiendo llamarse en ellos con esta forma en la que la reconocerás... Concluye, en fin, que es difícil convertirse en un Dios, y sigue, pues ese mismo pensamiento, si te detienes, se hace inferior, contiene una vacilación estéril. Esta es la ley de lo esperable: es la evidencia única, comprobada por nuestro infinito interior. El deber es pues intentarlo, si somos llamados por el Dios que llevamos. He aquí que quienes han osado, quienes han querido, quienes, en confianza natal, han abrazado la ley del radical desprendimiento de las cosas y conformado su vida, todos sus actos y sus más íntimos pensamientos, a lo sublime de esta doctrina, liberando su ser con el ascetismo, he aquí que, de pronto, estos elegidos del Espíritu sienten fluir de sí mismos o provenirles, de todas partes, en la vastedad, mil y mil invisibles hilos vibrantes por los que corre su voluntad sobre los acontecimientos del mundo, sobre las fases de los destinos, de los imperios, sobre el influyente fulgor de los astros, sobre las fuerzas desencadenadas de los elementos. Y, cada vez más, crecen en ese poder, en cada grado de pureza conquistada. Es la sanción de lo esperable. Ahí está el umbral del mundo oculto.

AXEL, *que apenas escucha, en una profunda distracción, como si no pudiera ya creer ni comprender*: ¡Oh, esas torrenciales riquezas radiantes!, ¡ni siquiera son ya riquezas! No: son un talismán.

MAESE JANUS: ¿Qué pueriles palabras, hijas del instinto, humareda de la tierra, acabas de pronunciar? Te consideras «pobre», tú que con una mirada puedes poseer el mundo. Quieres también «comprar» como los humanos, y firmar contratos, agitar papeles para estar seguro de que posees algo. Sólo te creerías, así, dueño de un palacio por ti contemplado si te convirtieras, por un tratado, en prisionero de sus piedras, esclavo de sus pajes, envidia de sus huéspedes que dirigieran a ti sus vacíos ojos. Mientras que deberías poder entrar en él y, ante tu sola presencia y tu soberana mirada, todos los servidores vendrían a obedecerte y el supuesto «dueño» de aquel mismo palacio les diría,

balbuceando e inclinado ante la luz de tu faz: «Dirigíos a él». ¿Acaso la enfermedad de la juventud te turba hasta el punto de haberlo olvidado? Pues bien, si su embriaguez te dirige, en verdad, es tan saludable para ti poseer resonantes monedas de oro como unas sentencias de iluminado. Si puedes llevar una bolsa, hay que llenarla. Pero he aquí que debes decidirte, porque hete aquí caído hasta el punto de poder elegir: decídete. Di si eres libre, al menos, de excluir de tu pensamiento la vana obsesión por ese oro. ¿Vacilas?, ya ves que no eres libre, al no haberte liberado.

AXEL: Son frías las ramas del Árbol de la Ciencia: ¿cuáles son, en fin, los frutos que producen sus gélidas flores?

MAESE JANUS: Comprender es el reflejo de crear. Si deseas otras palabras... ¿No intentabas, hace un rato, leer? Reanuda tu lectura. Tal vez este libro te responda mejor que yo: sólo ofrezco lo que basta.

AXEL, *aproximándose al infolio que ha permanecido abierto y leyendo en voz alta*: «Tuya es, si la deseas, la realización. La voluntad vibrante, que quiebra y transforma las formas de la naturaleza, el imperio de las fuerzas ocultas, la auxiliadora posesión de la virtud, la liberación de las tentaciones proscritas, el amor al bien por su pura sublimidad; la comunión con la razón de ser, la omnipotencia, en fin, sobre el aparente universo —¡tu sombra!— vencido y de nuevo TÚ MISMO.

»Entonces, gélido, arrastrado por el instinto celestial, hollarás con tus intrépidos pies las cimas de esos empíreos, atrio del espíritu del mundo. Penetrado por tu ideal, habiendo pasado, tú mismo, a él, empapado por las llamas astrales, renovado por las pruebas, serás el esencial contemplador de tu irradiación. Inaccesible a las llamadas de la Muerte y de la Vida —es decir, a lo que es todavía tú mismo— habrás devenido, en la luz, una libertad pensante, infalible, dominadora.» (*Sueña por unos instantes y, luego, con melancolía.*) Oh promesas basadas en la benévola complicidad de los azares, y que se me ofrecen en expresiones de una temeraria y no persuasiva solemnidad. ¿Quién me garantiza perdurar, a mí, que me esfuerzo por él, hasta ese estado de gloria? Si me examino, caña de un día, súbdito de la hora que pasa, ¿qué soy?, un poco de humanidad... ¿Y qué es la Humanidad? (*Sonríe desdeñosamente*).

MAESE JANUS: Ella te dio la sonrisa con la que acabas, despreciando tu conciencia, de atentar contra su dignidad materna.

AXEL, *ensombreciéndose*: ¿Soy pues un espíritu de desecho, una brizna de paja, un niño?

MAESE JANUS: Rebélate. La montaña es también un paso. ¡Veamos la altura de la tuya! Pero no; tu alma se ha lastrado con el peso mental de ese oro; crees rebelarte y no haces sino obedecer los instintos de abajo que hierven ya en ti, de modo que tu rebelión es sólo, ya, la propia forma de tu castigo.

AXEL: ¡Maese Janus!

MAESE JANUS: ¡Ah, elige! Aguardo. Tu mero silencio me bastará. Una sola palabra de indiferencia o de ira y te habré abandonado para siempre.

AXEL, *tras unos momentos, para sí mismo*: No conozco al hombre que me ha educado. (*Se sienta y sueña.*) Fuerzas vivas que ensambláis las leyes de la sustancia, seres ocultos en quienes se conciben las generaciones de los elementos, los azares, los fenómenos, ¡oh, si no fuerais impersonales! Si los términos abstractos, los huesos exponentes con los que velamos vuestras presencias sólo fueran vanas sílabas humanas. Y, en la cadena de los contactos infinitos, si existiera un punto donde el espíritu del hombre, liberado de cualquier mediación, pudiera hallarse en relación con vuestra esencia y agregarse vuestra energía. ¿Por qué, por qué no va a ser así? ¿Qué sería un infinito privado de esta posibilidad, tan probable, tan natural? (*Como perdido en sus pensamientos:*) ¿En nombre de qué verdad podría el hombre condenar una doctrina, salvo en nombre de otra doctrina, de principios tan discutibles como los de la primera? Y a otra edad, otros principios. La ciencia comprueba, pero no explica: es la hija mayor de las quimeras; todas las quimeras son pues, por la misma razón que el mundo, la más antigua; algo más que la nada... (*Bruscamente:*) ¡Ah, qué me importa!, ¡es demasiado oscuro!, ¡quiero vivir! ¡Quiero no saber ya! El oro es el azar, he aquí la palabra de la Tierra. Esferas de la elección sagrada, puesto que también vosotras sois, siempre, sólo posibles, ¡adiós!

MAESE JANUS: A ti te toca hacer real lo que, sin tu voluntad, es sólo posible. ¿Aceptas la Luz, la Esperanza y la Vida?

Axel, tras un gran silencio y levantando la cabeza: No.

MAESE JANUS: Sé pues tu propio apóstata. Baña la carne con tu espíritu. Reviste con tus deseos las líneas de las criaturas, su desnudez: ¡disemínate! ¡Multiplica los eslabones de tus cadenas! ¡Conviértete en ellos! ¡Conviértete, también, en entrañas! Prueba los frutos de reprobación y de angustia; pronto escupirás su ceniza, pues son semejantes a los del Mar Muerto. Enriquece con una entidad más el mundo negro donde sufren las extintas voluntades que no se han lanzado a ciegas, desdeñando todas las cosas, hacia la luz increada. Basta ya de altas esperanzas, de pruebas redentoras, de gloria sobrenatural; basta ya de calma interior. Tú lo has querido. Te has convertido en tu justiciero y tú mismo serás precipitado. Adiós.

Axel se ha cruzado de brazos y permanece con los ojos fijos, sin hablar. Maese Janus se ha acercado a la escalera de piedra; hace una señal extendiendo la mano; en la oscuridad, a lo lejos, una campanada.

ESCENA II

Maese Janus, Axel, Gotthold

Gotthold, *entrando*: Monseñor, sucede que Walter Schwert y el mayordomo han encontrado, por el camino, una carroza. Han tenido que guiar los caballos hasta aquí. Es una viajera enlutada; solicita hospitalidad.

Axel, *distraídamente, para sí*: Ah, la mujer que, desde que entró en la Selva, preguntó el camino del castillo y a la que envié unos guías...

Gotthold: Se ha levantado el velo por un instante, ante el fuego, en la sala baja; es una mujer joven de gran belleza, pero nunca he visto un rostro más pálido.

Axel, *volviéndose*: Pues bien, ¡mira! (*Gotthold retrocede un paso, con estupor, ante la terrible palidez de Axel.*) Despierta a una de las mozas del castillo. Que enciendan lámparas y fuego en la habitación menos destartada. Comunica a la visitante que el conde de Auersperg la saluda.

Gotthold: Se ha hecho ya, monseñor, y precedo a la dama desconocida que va a pasar, conducida por Elisabeth, hacia la alcoba de vuestra abuela.

Axel: Bien. ¿Por qué no oigo a Ukko? Debe ser él quien...

Gotthold, *bajando la voz*: Está en el obituario, con Miklaus, Hartwig y Herr Zacharias, para el entierro, debo ir a ayudarles luego, es bueno que esa tarea la realicemos sólo nosotros.

Axel: ¡Ah, es cierto!, lo había olvidado.

Se vuelve, se deja caer en uno de los sitios y se acoda, como si no prestara ya atención a las cosas circundantes.

ESCENA III

Los mismos, Sara

Al fondo, más allá del umbral de la sala, aparece Sara, vestida de negro, con un velo de luto ante el rostro; la precede una muchacha que lleva el traje de las campesinas de Schwartzwald y levanta ante ella un candelabro encendido.

Al pasar por fuera, por el vestíbulo, ante la gran puerta abierta, Sara se vuelve a medias hacia la sala y distingue a Axel que, acodado junto al hogar, no la ve.

Ella le mira unos instantes, luego, prosiguiendo, desaparece.

MAESE JANUS, *para sí mismo, en lo alto de la escalinata de piedra:* El Velo y el Manto, ambos renunciadores, se han cruzado. La Obra se consuma.

CUARTA PARTE

EL MUNDO PASIONAL

1.-

La prueba por el oro y el amor

La galería de las sepulturas bajo las criptas del castillo de Auersperg.

Al fondo, dominando las tumbas, el escudo familiar, esculpido en el granito del muro.

A derecha e izquierda, a todo lo largo de la sala, mausoleos de mármol blanco. Estatuas de caballeros y castellanas, los primeros de pie o arrodillados sobre sus tumbas; las mujeres, con los trajes de los siglos en los que vivieron, están tendidas, con las manos juntas, a lo largo de las losas de sus sepulcros; hay lebreles de mármol esculpidos a sus pies.

Una lámpara fúnebre, suspendida de la bóveda central, ilumina confusamente el obituario. Junto a una pila de agua bendita de pórfido, un gran reclinatorio, de ébano, con almohadones de terciopelo de Utrecht violeta, desgastado, con borlas de un oro apagado.

A la izquierda, al fondo de la avenida, en la esquina del muro, un alto ventanuco, acristalado, con rosetón de hierro en el exterior; un lienzo negro lo cubre a medias. Hacia el centro, de ese lado, una puerta baja, excavada en el grosor del muro.

A la derecha, al fondo de la galería y de frente, puerta ojival de hierro, con dos batientes, maciza, en lo alto de tres peldaños y que da a la espiral de peldaños de una alta escalera de piedra.

En el centro, entre las tumbas, sobre un trípode, incensario de bronce del que brota una llama.

A la izquierda, cerca del muro, Gotthold y Miklaus, apoyado cada cual en su azadón, contemplan a Herr Zacharias que está escribiendo, con pincel de plata, sobre una cruz de ébano, el nombre del difunto al que acaban de enterrar. A la derecha, Hartwig coloca distintos objetos sobre un soporte de piedra. Ukko se mantiene de pie, sonriendo, apoyado en el reclinatorio, contemplando también a Herr Zacharias.

ESCENA PRIMERA

Ukko, Gotthold, Herr Zacharias, Hartwig, Miklaus

UKKO: ¿El epitafio?, helo aquí: fue un señor despreocupado, que apreció mucho la buena carne y las mujeres hermosas. Que, por lo demás, esta excelente espada interceda por nosotros en la luz divina.

GOTTHOLD: ¡Menos ruido, escandaloso! El muerto tiene derecho al silencio.

UKKO: YO no doy, a tontas y a locas, el título de muerto a quien no mereció el de vivo. Aquí yace un brillante miserable, un montón de satisfacciones que no amó ni rogó nunca. Así pues, aparecido o desaparecido, risueño o grave, ¿qué nos importa? Se burló de todo y todo se burla de él. ¡Una última paletada y buenas noches!

GOTTHOLD: ¡Callémonos, Ukko!

MIKLAUS: ¡A fin de cuentas, es un espectro como los demás!

UKKO: ¿Eso?, os desafío a que saquéis, aun intentándolo a dúo, un espectro de ese odre de vino agujereado y vacío.

GOTTHOLD: ¡Cóleras de niño!, locas cóleras de tozudo...

UKKO, *sonriendo*: La indignación, tan nativa, no se gasta; crece con la vida; no se deja disfrazar con el nombre de cólera. Vamos, aunque leones y chacales parezcan iguales, como animales, saben desde toda la eternidad que no son de la misma naturaleza.

MIKLAUS, *uniendo las manos en su azadón*: Nos asustas, muchacho.

UKKO: Vosotros pensáis lo que yo me atrevo a decir.

GOTTHOLD: ¡Qué deprisa juzgas a los difuntos, tú, que tienes todavía leche en el hocico!

UKKO: ¿A cuál de vosotros, muerto, le gustaría compartir esta fosa?... (*Un silencio.*) Ya veis.

MIKLAUS, *pensativo*: Al fin y al cabo, fue un gentilhomme de brava sangre.

UKKO: Su sangre le hacía bravo, no su corazón; y fue un gentilhomme tanto como un ducado de cobre, bien pulido, es una moneda de oro. ¿Qué vale la moneda falsa?, menos que su metal.

GOTTHOLD: ¡Shtt!

UKKO: ¿Quién puede oírnos? Una vez cerradas esas macizas puertas de hierro, aunque el rayo cayera aquí nadie lo oiría, tan gruesas son esas bóvedas; el fondo se pierde en la montaña.

GOTTHOLD: Me refiero a que esas losas cubren a unos vecinos que llevan su mismo nombre.

UKKO, *glacial*: Honrar a éste es faltar a los demás.

HERR ZACHARIAS, *levantándose, apoyado en la gran cruz negra*: Niño, su ser costó, como el tuyo, la sangre de un dios. Estás en la edad del vigor; bueno, pasa deprisa; y entonces la voz no se levanta ya tan dura contra los manes. Ayúdame, más bien, a plantar sólidamente esta cruz en la tierra fresca.

UKKO, *murmurando*: ¿Una cruz ahí? Es mucho ofrecer a quien muy poco se preocuparía de ello.

GOTTHOLD Y MIKLAUS, *escandalizados y severos*: ¡Ukko!, vamos a enojarnos.

UKKO: Sea, pero creo que, si os oyera, os rogaría a vosotros que callarais. Dejémoslo ahí, debo venerar vuestras... costumbres. (*Para sí:*). Y, de hecho, un rayo de sol o de estrella puede hacer que brille incluso el estiércol. (*Clavando la cruz sobre la fosa.*) ¡Por lo que pueda ser, pues!

HARTWIG, *apareciendo y arrojando un poco de polvo en el incensario*: He aquí el incienso.

UKKO: ¡Oh, no había prisa alguna!

ESCENA II

Los mismos, Axel

AXEL, *entrando por la puerta baja, con ropas de viaje y manto negro*: Pronto será medianoche. Mañana, a estas horas, estaré lejos. Vengo a deciros adiós.

HERR ZACHARIAS, *con un doloroso sobresalto*: ¡Oh! ¿Partís, querido señor?

GOTTHOLD, *balbuceando*: Monseñor, somos muy ancianos, nos hubiera gustado que vuestra mano nos cerrase los ojos, dentro de unos días.

AXEL, *mirándoles y tras un profundo silencio*: ¡Amigos, amigos míos! ¡Mis viejos niños! Es preciso, ¡perdonadme! (*A Ukko*;) Tú mandarás aquí, en mi ausencia; salvo a éstos, que te aman y a los que amas.

UKKO, *desconcertado, balbuceando*: ¡Cómo!, ¿no me llevas contigo? ¿No me llevas contigo?

AXEL, *en voz baja, con una sonrisa triste*: ¿Y tu prometida, niño?, ¿y tu patria? Debo partir, sin volver a veros, cuando salga el sol de este día de Pascua. Si queréis festejarme, pues bien, que a la aurora suenen nuestras más hermosas y antiguas fanfarrias; las oiré a lo lejos y eso me recordará el soberbio antaño. Esta noche, si no tenéis sueño, bebed y cantad. Enterrad, en el fondo del vaso, los recuerdos de antigua gloria y estocadas. Abrazadme.

HARTWIG, MIKLAUS, HERR ZACHARIAS Y GOTTHOLD: ¡Adiós, Auersperg!

AXEL, *tras haberlos estrechado entre sus brazos, uno tras otro; a Ukko*: He despertado al guardabosques, el buen tío Hans Glück, hace un rato, en el bosque. ¿Sabes que te esperará mañana, al amanecer, para tus esponsales?

UKKO: ¡Oh, dueño mío!

AXEL, *besándole*: ¡Hijo mío! (*Abre los brazos; Ukko se lanza a ellos y, derramando lágrimas, le abraza.*) Encontrarás, en mi mesa, un pergamino firmado por Axel: tuyo es este castillo, si no regreso.

UKKO, *sollozando*: ¡Ay!

AXEL: Vuestras manos y adiós. Dejadme solo ahora; y he aquí mi última orden: que nadie, en el futuro, baje hasta aquí.

Los cuatro ancianos se inclinan con los ojos llorosos.

GOTTHOLD, *a media voz*: Es la última vez que le vemos.

MIKLAUS, *secándose los párpados con el dorso de la mano*: ¡A él, cuya mirada nos alimentaba!

HERR ZACHARIAS *para sí, algo huraño*: ¡Oh consternación! ¡El gran tesoro perdido, perdido! Demasiados días he vivido yo, desde esa mañana.

Caminan hacia la puerta baja. Ukko, con las manos en la frente, vacila un instante; luego, vuelve hacia atrás y se lanza sobre la mano de Axel, besándola con muda desolación.

AXEL: ¡Adiós!

El paje, titubeando, se reúne con los cuatro ancianos y sale con ellos, sollozando. La puerta se cierra. Axel arroja su manto sobre el reclinatorio.

ESCENA III

Axel

AXEL, *solo, mirando a su alrededor*: Cenizas, soy la víspera de lo que sois. (*Un silencio.*) Aquí el adiós cae, vacío, en su propio eco. Contemplar osamentas es mirarse al espejo. ¿Para qué hablar aquí? (*Se sienta en una tumba y, uniendo sus colgantes manos, con los ojos fijos, se abandona a una misteriosa meditación. Al cabo de un largo instante, levantando la cabeza:*) ¡Oh durmientes, oh rosacruces, antecesores míos! Si hay palabras que turben vuestro sueño las olvido, pues no debo fatigar vuestras sombras con pueriles obsecraciones y el objeto de mi reflexión sólo es, ante la muerte, una vanidad. (*Mirando el gran escudo esculpido en el muro y sobre el que cae una efusión de luz de la lámpara:*) Pero sed evocadas vosotras, graníticas esfinges de rostros de oro, seres de ensueño que parecéis soportar el secreto de la Omni-riqueza. Os conmino, oh figuras del más allá, por la más espantosa de las cosas, por la indiferencia del destino. Os ordeno que levantéis de su normal silencio la solitaria calavera que agrava, con un símbolo, el signo de una raza en mí resumida, para que esta calavera me dé a entender —con un brillo de sus órbitas o con un acto milagroso, una palabra— el enigma de esas piedras radiantes que adornan su faja; para que me revele, por fin, lo que significa la aureola de esas sacras palabras: ALTIUS RESURGERE SPERO GEMMATUS. (*Apenas pronunciadas las palabras de esta divisa, se sobresalta, como si oyera el rumor de unos pasos que se acercan, invisibles. Levantando la cabeza, parece olvidar, de pronto, esas mismas palabras y como presa de cierta humana distracción, procedente de ese inesperado ruido de pasos.*) ¿Pero qué es eso? ¿Será el grito del viento? Desde hace un instante, creo escuchar... sí... sonora es la escalera y alguien camina con mucha suavidad. Ukko, sin duda... ¡No! ¡He prohibido, hace un rato, que nadie volviera aquí! (*Mira a través de los batientes de la gran puerta de la escalera de piedra. Luego, con un ademán de sorpresa:*) ¡Una mujer! He visto bien. Es una mujer. ¡Ah, sin duda la de esta noche! ¿Pero qué es eso? Su antorcha, que levanta por encima de su cabeza, me impide verle el rostro. Baja hacia estas perdidas sepulturas... y sin vacilar, como si las conociera. Algo brilla y reluce, de vez en cuando, en su mano: es un puñal, creo. ¿Qué significa esto?... ¡Pero, en verdad, su insomnio se parece al mío! Muy seguros son sus andares... (*Mira a su alrededor.*) ¿Qué misteriosa curiosidad despierta en mí? Se acerca... ¡Ah, quiero saber!...

Se oculta en un ángulo de los muros.

ESCENA IV

Axel, Sara

Sara con sus vestidos negros y medio velada; levantando con una mano la antorcha, estrechando en la otra un fuerte puñal, empuja los dos batientes de la pesada puerta de hierro; éstos se mueven silenciosamente; aparece entonces, de pie en los peldaños de piedra.

Taciturna, observa con profunda atención el interior de la sala. Con una mirada errante, sondea los intervalos de las tumbas. Desciende luego los últimos peldaños, entra, cierra la puerta tras ella y sujeta la barra de los batientes. Se dirige hacia la puerta de la derecha y coloca también, en los soportes de los muros, los cerrojos de hierro.

Hecho eso, deja la antorcha en un zócalo fúnebre y se dirige al macizo muro del fondo del obituario. Allí, tras haberse vuelto una vez más hacia el conjunto de la sala y el secular silencio de las estatuas, permanece unos instantes pensativa, luego mira fijamente el extraño blasón del muro. Muy pronto, posando el pie en la elevación de una losa, se acerca al escudo y parece contemplarlo con misteriosa atención.

Finalmente, uniendo las manos en la empuñadura de su puñal, parece reunir toda su juvenil fuerza y apoya la punta de la hoja entre los ojos de la heráldica calavera.

SARA: MACTE ANIMO! ULTIMA...

De pronto, todo el grosor de la pared, escindiéndose en una amplia abertura abovedada, se desliza y se hunde, lentamente, bajo tierra, ante Sara, dejando entrever oscuras galerías, de espaciosa arcadas, que se extienden hasta las profundidades del subterráneo.

Y he aquí que, de lo alto de la cimbrada abertura —a medida que va abriéndose de par en par—, escapa, primero, un fulgurante diluvio de pedrerías, una rumorosa lluvia de diamantes e, instantes después, una cascada de gemas de todos los colores, empapadas de fulgores, una miríada de brillantes de refulgentes facetas, pesados collares de diamantes también, innumerables, joyas de fuego, perlas. El torrencial arroyo de fulgores parece inundar, de pronto, los hombros, los cabellos y las ropas de Sara: las piedras preciosas y las perlas saltan a su alrededor, por todas partes, tintineando en el mármol de las tumbas y cayendo, en haces de deslumbrantes chispas, hasta sobre las blancas estatuas, con un crepitar de incendio; y cuando el lienzo de muro se ha hundido, ya, más de la mitad bajo tierra, he aquí que, de ambos lados de la vasta abertura, tonantes y sonoros ríos de oro líquido fluyen a los pies de la tenebrosa advenediza.

Del mismo modo que, antes, lo hicieron las pedrerías, móviles chorros de monedas de oro caen, formidablemente, del interior de desfondados barriles, rotos por el orín y por la presión de su número.

Sus propias riquezas apretujaron y calzaron, en la inmensa caverna, el montón de los primeros; los demás, acumulados detrás, en desorden, se superponen y prolongan en masivas centenas. Aquí y allá, en los lejanos intervalos, reflejos de la antorcha permiten distinguir, contra el fondo de oscuridad, la franja amarillenta de un pergamino sellado aún, entre el moho, por una ancha huella de cera roja.

Las más cercanas dunas de oro, amontonadas contra ese lienzo del muro desaparecido —que se ha detenido a ras de suelo—, corren profusamente, rumorosas, bordoneantes, y se derraman enloquecidas —bermeja irrupción—por las sepulcrales avenidas.

Entonces, apoyándose con una mano en el hombro de una antiquísima estatua de caballero, Sara se yergue, en el centro de todo ese brillo donde se multiplica, en mil y mil refracciones, la doble llama funeraria de la lámpara y la vacilante antorcha; luego, siempre pálida, grave y con los párpados bajos, mostrándose así, vestida de luto, en esa efusión de esplendores, acaba de murmurar su familiar divisa que ha interrumpido esa terrible erupción de tesoros.

SARA: PERFULGET SOLA!

Extendiendo, a continuación, la mano ante ella, levanta al azar un puñado de grandes collares de diamantes y parece contemplar, por unos momentos, su rostro y sus ojos en su radiante ondear.

Sin embargo, sin duda con el vago presentimiento de una presencia en la sala, vuelve los ojos hacia las estatuas y descubre, en la oscuridad, a Axel que se mantiene de pie contra un sepulcro y la mira en silencio.

Rápida, deja caer las pedrerías; arroja con un solo gesto, sobre su hombro, los pliegues de su manto de seda negra; en su cinturón brillan dos finas pistolas de acero. Tomando una, apunta rápida al conde de Auersperg, dispara y lanza, a lo lejos, su humeante arma.

AXEL, herido, se precipita hacia ella. Pero está apuntándole ya, atentamente, con la otra arma: segundo disparo.

Alcanzado de nuevo, aunque sólo sea el roce de las balas que le han surcado el pecho, Axel se ha aproximado a Sara. La muchacha, empuñando el puñal, le aguarda dispuesta a saltar, esbelta y mortal, esta vez, en el propio impulso que él va a tomar.

Axel, esbozando la finta de una retirada, ha agarrado con fuerza, a pesar de la velocidad, la hábil y fulgurante muñeca de Sara.

Un instante más tarde, irresistible —aunque sorprendido por la extraordinaria resistencia de su femenina enemiga—, el conde de Auersperg, en un férreo abrazo, la sujeta, desarmada, paralizada y derrumbada en su brazo.

AXEL, terrible, levantando el puñal: ¡Quiero ver el color de tu sangre!

Cuando va a golpear, se detiene ante el aspecto del sublime rostro de la muchacha.

SARA, tomando la muñeca de Axel y llevándola con violencia contra sí misma: ¡Pues bien, mira!

La punta del arma hiere su hombro; unas gotas de sangre brotan, solas, pues el conde de Auersperg ha podido contener el impulso del movimiento de Sara.

AXEL, para sí, como deslumbrado, mirándola arrobado: ¡Oh belleza de una selva bajo el rayo!

SARA, sombría: ¡Hiere y olvida!

AXEL, deshaciendo su abrazo: Para ti la parte más valiosa y la vida salva.

Sara va a situarse, de pie, junto al incensario.

SARA, despectiva, tras un momento de silencio: ¿Acaso soy una cómplice?

AXEL: Tu orgullo tiene fiebre. La mitad de esa riqueza no difiere de su totalidad.

SARA: Sea de Alemania ese oro, si es oro.

AXEL: ¡De Alemania! No. (Sonriendo:) ¡Del mundo!

SARA, desdeñosa: Sutiles palabras, dignas de los ladrones nocturnos.

AXEL, hosco: Olvida menos que te he dejado vivir.

SARA, sencillamente: ¿Te lo he pedido?

AXEL: ¡Vamos!, hay bastantes riquezas para comprar muchas almas.

SARA: No bastantes para turbar la mía.

AXEL: En fin, ¿quién habla aquí de antiguas conciencias? ¿No has reconocido, por un doble atentado, la hospitalidad? ¿Dónde te me has mostrado pues? Bajo esas lámparas y sujetando esas pedrerías. ¿Lo hacías también para restituirlas a Alemania?

SARA: No, puesto que, de mi parte, eso hubiera sido sólo cedérselas. (Tras unos instantes:) Margrave, esto no es la casa de nadie; y acudí a este lugar sólo para apoderarme de un cetro perdido, pues la excesiva cantidad de ese oro transfigura su nombre. ¿Qué viandante no tiene derecho, en todos los países, a arrogarse un regio poder si algún azar divino le arroja a sus pies la insignia? A condición, sin embargo, de que levante el cetro y mande, dado que entonces es, efectivamente, un rey; si atiende al metal hasta desear dividirlo, se crea, tú lo has dicho, el mero deber de una humilde restitución. ¿Repartir?... ¿Cómo romper un rayo de luz? ¿Sobrevivir?... ¿Cómo me libraré aquí, vencida, de atestiguar con la muerte que, en efecto, me era legítimo intentar esa conquista, puesto que siendo realmente soberano el único modo en que mi espíritu podía concebirla, yo no dependía ya de vulgares justicias?

AXEL, mirándola fijamente: Para vos pues el cetro, intacto y entero.

SARA, grave, tras un instante de silencio: Sea. ¿Quién eres pues?

AXEL, pensativo: ¡No importa! Adiós.

SARA: ¡Oh!... Quédate. (Pensativa y con amarga voz:) ¿Acaso, victoriosa, me hubiera yo privado de ello? No. La visitante de una noche de azar hubiese penetrado en la tormenta. Me hubiera reunido con mis equipos y mis picadores, que me aguardan en el lindero de vuestro bosque. Más tarde, una vez olvidada la leyenda, hubiese hecho adquirir, por lejanos mandatarios, esa mansión que me resulta ya familiar... Tu generosidad, pues, no puede ser para mí más que una inmerecida limosna, cuyo despreciable recuerdo envilecería sin cesar los goces y los orgullos futuros... ¡No! Sólo yo debo... desaparecer. (Para sí misma:) Antes de una hora habré bebido el zumo de ese mortal anillo y nos habremos librado el uno del otro. (Le mira:) Pero, vaciláis y veo que, de un instante al otro, os ponéis más pálido. Hace un rato, con estas armas, he debido de heriros; lo lamento. Sólo quería mataros. Es preciso que uno de los dos sobreviva. Aguardad.

Se quita el velo y se acerca a la fúnebre pila de agua bendita.

AXEL: Nada. Vuestras balas me han rozado el pecho... apenas. ¡Dejadlo!

SARA: Esos encajes empapados en esta agua gélida..., el agua fría impide que corra la sangre. Aplicaos eso, tomad.

Tras haber recogido el puñal, se acerca y corta los botones metálicos del vestido de Axel, en silencio. Luego, lanzando el arma a lo lejos, se atarea, impasible, sobre el pecho del conde de Auersperg, con el gran velo negro empapado en fúnebre agua.

AXEL, para sí mismo, mirándola: A través de los vitrales, los astros la cubren de misteriosos rayos. La Tierra me desafía y me tienta con su aparición. (En voz alta, estremeciéndose de pronto:) Muchacha, ese gran tesoro —que tanto acabamos de desdeñar tras haberlo soñado tanto— no merece que se muera por el nombre que debe dársele. Una circunstancia más vaga y sombría acaba, en efecto, de condenarte. Mientras hablabas, el reflejo de tu ser penetraba en mi alma; te apoderabas de los latidos de mi corazón... y tengo ya tu sombra en todos los pensamientos. Ahora bien, aunque lleve en mí mi propio exilio, quiero mantener en él mi soledad. Soy el que no quiere amar... ¡Mis sueños conocen otra luz! Ay de ti, puesto que fuiste la tentadora que turbó, con la magia de tu presencia, sus viejas esperanzas. En adelante, lo siento, saberte en el mundo me impediría vivir. Por eso tengo sed de contemplarte inanimada... y, puedas o no comprenderlo, voy a convertirme en tu verdugo para olvidarte.

SARA, para sí misma, como deslumbrada y mirándole con estupor: ¡Oh, inauditas palabras! (Un silencio. Luego, casi para sí misma, sordamente:) Si fuera cierto que sólo tú, entre los hijos de mujer, sabes resistir al Dios que te agarra, hasta preferir la destrucción de tu propio cielo... (Se estremece.)

AXEL, arrancando una pesada cadena de hierro de una de las tumbas: Juro... que voy a cerrar tus ojos de paraíso.

SARA, sonriente: ¡Oh, instante sublime! ¡Pues bien, no! Es demasiado tarde. Hubieras debido herir sin dejarme entrever tu alma en el llamear de esas sobrehumanas palabras. (El conde de Auersperg hace girar y silbar, a su alrededor, las cadenas mientras, espantoso, avanza hacia Sara, que, evitando con grácil salto el terrible choque, le arroja los brazos al

cuello:) No. He aquí cadenas más pesadas, y... esta vez eres mi prisionero. ¡Intenta liberarte pues! ¡Ah!, ¿lo ves? Ya no puedes: es imposible. *(Se cuelga lánguidamente, con la cabeza echada hacia atrás y mirándole con unos ojos de luz entre sus pestañas; sus cabellos se deshacen, caen y la envuelven. Habla con una voz pura, muy sorda, muy dulce, casi baja, oprimida. A veces cierra los ojos por completo y su resplandeciente belleza grave brilla bajo los fulgores de la antorcha, de la lámpara y las pedrerías. Jadeante, estremecidas las aletas de su nariz y con los brazos lánguidos:)* ¡Sé indulgente para ti mismo, niño! ¡Quiero pues vivir para mí misma! No me mates. ¿Para qué?, soy inolvidable.

¿Sabes lo que rechazas? ¡Todos los favores de las demás mujeres no valen lo que mis crueldades! Soy la más sombría de las vírgenes. Creo recordar que hice caer ángeles. ¡Ay!, flores y niños murieron por mi sombra.

¡Déjate seducir! Te enseñaré las maravillosas sílabas que embriagan como vinos de Oriente. Puedo adormecerte con caricias que dan la muerte; conozco el secreto de los placeres infinitos y los gritos deliciosos, de las voluptuosidades donde cualquier esperanza desfallece. ¡Oh, enterrarte en mi blancura donde dejarías el alma como una flor perdida bajo la nieve! Velarte con mis cabellos, donde respirarías el espíritu de las rosas muertas... Cede. Te haré palidecer con amargos goces; tendré clemencia contigo, cuando te halles en esos suplicios... Mi beso es como si bebieras el cielo. Los primeros soplos de la primavera en las sabanas son menos tibios que mi aliento, más penetrante que el humo de las cazoletas que ardían en los serrallos de Córdoba, más cargado de olvido que los aromas de las tablas de cedro clavadas, por los magos, en los árboles de los jardines de Bagdad para humillar a las divinas flores. Reconoce en mis ojos el alma de las hermosas noches, cuando caminabas por los valles y contemplabas los cielos: soy ese exilio de desconocidas estrellas que estabas buscando. Daré todos los tesoros para ser el tuyo, eterno. ¡Oh, abandonar la vida sin haber bañado de lágrimas tus ojos, esos altivos astros azules, tus ojos de esperanza!; ¡oh, sin haberte hecho estremecer bajo las profundas melodías de mi voz de amor! ¡Oh, piénsalo, sería horrible, sería imposible! Renunciar a ello supera mi valor. Abandónate, di Axel, ¡Axel!... Y te forzaré a balbucear en mis labios las confesiones que más hacen sufrir, y todos los sueños de tus deseos pasarán por mis ojos para multiplicar tu beso...

Un silencio.

AXEL, *sordamente, con los ojos cerrados*: ¡Tu nombre, para que pueda repetirlo si debe abrasar los labios...!

SARA, *en voz baja, con la cabeza apoyada en el hombro de Axel*: Sara.

AXEL, *dejando caer las cadenas*: Sara, no soy solitario ya.

Un lúgubre silencio.

SARA, *sin levantar la cabeza*: ¿Me dejas vivir pues?

AXEL *la toma con su brazo desarmado y la lleva hacia el reclinatorio de ébano con almohadones de terciopelo violeta.*

AXEL, *con una sonrisa de triunfo y cierto énfasis juvenil*: ¿Cuál sería, de entre todos los reyes, el insensato que no incendiaría la noche de tus cabellos con esas astrales pedrerías? ¡Para ti, sólo para ti ese radiante montón, esos esplendores que has resucitado!... Déjame contemplar, sólo, tu mortal palidez. Quiero sentarme a tus pies y sufrir, a mi vez, el mal de los humanos. ¡Sin duda eso es amar! ¿No es cierto... Sara?

Ella se ha sentado; unos rayos, atravesando el vitral, hacen brillar la negra seda de sus vestiduras.

SARA: ¡Oh joven encantador que, a pesar de la inmodestia de mis palabras, ha presentido a su sacra hermana! ¡Eres un ser inesperado!... No quiero otro atavío que tu mirada de niño en la que tan bella soy; y estoy tan pálida por verme condenada a sufrir tanto amor. En cuanto a nuestras grandes riquezas, dejémonos vivir con nuestras estrelladas ensoñaciones.

Axel se ha sentado en un almohadón, a los pies de Sara, cruzando sus brazos sobre las rodillas de la hermosa muchacha; la mira por algún tiempo, como perdido en un abismo de silencioso gozo.

AXEL: Sí; semejante a la estatua del Adiós, tenías que aparecer ante mí, con tu luto, sonriente y cubierta de pedrería, entre las tumbas. Bajo tu nocturna cabellera eres como un lis ideal, florecido en las tinieblas.

¡Qué estremecimientos suscita en mí tu visión! ¿Mi amor? ¿Mis deseos?... Te pierdes en ellos, como si te bañaras en el océano. Si quieres huir, huyes en ellos. Te acosan y te penetran, ¡oh bienamada! Te levantan y mueren en ti... para revivir en tu belleza.

SARA, *sonriente, respirando los cabellos de Axel*: Tienes el olor de las hojas en los claros otoños, ¡cazador mío! Has mezclado tu ser salvaje con toda el alma de los bosques... Cara alegría...

Le contempla, como orgullosa y embriagada.

AXEL, *como en lo mas profundo de un sueño*: Sara, mi virginal amiga, mi eterna hermana, no oigo ya lo que dices pero tu sola voz... *(Tomándola en sus brazos, transportado:)* ¡Oh, la flor de tu ser, tu boca divina! En un beso, convertirme en... ¡Oh!, la luz de esa sonrisa; beber ese soplo del cielo, ¡tu aliento! ¡Tu alma!

SARA, *atrayendo hacia su seno la frente de Axel; luego, grave y posando dulcemente los labios en los suyos*: ¿Mi alma? ¡Hela aquí, bienamado!

Quedan arrobados, como inanimados y sin palabras

AXEL, *abriendo de nuevo los ojos*: Te has estremecido: sin duda el frío de estas piedras. *(Se ha liberado suavemente.)* Arriba, viejas estancias donde arde, noche y día, el fuego...

SARA, *sonriendo*: No; me estremezco sólo por nosotros. ¿No prefieres esperar aquí nuestro primer sol?

AXEL, *con arrobo, de pronto*: ¡Oh visión de la que quisiera morir! ¡Pero me parece inconcebible! ¿De dónde vienes? ¿Cuál fue tu ser humano hasta... nosotros?

SARA, *sonriendo*: ¿Te interesa? ¡Oh, es posible! *(Aparta los cabellos de su frente.)* Y es que, en verdad, he olvidado lo que preguntas. Desde que soy como una emperatriz de Oriente, ya no sé más que tú. Sólo tengo una hora: lo que precedió a esta hora no existe ya. ¡Bajar de nuevo a la memoria de la vida! ¿Lo quieres?

AXEL: ¡En qué inflexiones de amor juega tu voz de paloma! No, ¡deja los recuerdos!, no desaparezcas en las vanas evidencias de la tierra; ¡sigue siendo para mí, más bien, desconocida!... ¿Qué somos, incluso en el pasado?, cierto sueño de nuestro deseo.

SARA: Mi querido esposo, he aquí el anillo que dieron a mis antepasadas como prenda de noches nupciales. Mira lo que se ha grabado en su antigua esmeralda.

Levanta un poco su mano diestra: un sello familiar con un escudo de armas brilla en uno de sus dedos. Axel contempla por un instante la fatídica joya. Luego, tras una reflexión muda y que se hace taciturna, la mira.

AXEL, *con una grave sonrisa*: ¡Sí, es para pensar... que hay un destino!

SARA, *del mismo modo*: Cierto, y si su ilusión te parece hermosa, vamos, también yo lo imagino.

AXEL, *de pie, profundamente preocupado*: Puesto que, misteriosa, parece esforzarse, a nuestro alrededor, por realizarse, ayudémosla con una creencia; nos dejará entender que nuestros seres se aguardaban.

Un silencio.

SARA, *mirando a su alrededor y como para disipar sus pensamientos*: Tengo también una familia de mármol, en una mansión, al norte de Francia, allí duermen mi padre Yvain de Maupers, noble campesino, y también mi madre, una augusta que regresó al cielo. *(Tomándose de la mano, ambos se dirigen a un mausoleo; una femenina estatua de manos unidas está tendida en la piedra, con un lebril esculpido a sus pies.)* Es tu joven madre, ¿no es cierto? Sí, tienes esa noble frente... ¡Y mira cuánta melancolía! ¡Oh, cuántas veces habré sentido que su dulce mano se apoyaba, invisible, en la mía, cuando en el monasterio entreabría su libro de horas. *(Se inclina; luego, a media voz:)* Señora, ya lo veis: doy a vuestro hijo todo lo que soy.

AXEL, *levantando la cabeza*: ¿En el monasterio?

SARA, *alejándose, con la mano apoyada en el hombro de Axel*: Hablo de una abadía en la que estuvo detenida toda mi joven vida... Creo recordar, incluso, haber sufrido allí.

AXEL, *dando un respingo y en voz baja, contraída, entrecortada*: ¡Ah, el mendigo se sentará mañana en alguna piedra dispersa de ese edificio! Ya no existe. ¿Y el nombre de esa abadía?

SARA, *con voz dulce y apartando dulcemente, con el pie, unas inoportunas pedrerías en la arena*: ¡Oh Axel, hermano mío! Tan difícil les es a las ofensas alcanzarme que mi clemencia hacia ellas no me da gloria alguna. ¡Piensa! Unos corazones condenados al suplicio de no amarme van a ser castigados aun por semejante desgracia. Y, aunque fuesen culpables, en algún pasado más lejano que la vida, hasta el punto de haberse creado ese actual tormento,

¿no son acaso lo bastante desgraciados siendo de semejante naturaleza? Sólo debemos compadecerles. ¿Odiarme? No podrías exceder, para ellos, ese castigo. (*Pensativa mientras parecen olvidar el gran tesoro:*) Ciertamente, en ese claustro he visto ojos crueles en los que la fe sólo brillaba devolviendo la luz de una antorcha de verdugo. Para esos ojos, el cielo no parece lo bastante sombrío; les parece útil que el humo de las piras se añada a sus nubes. He oído palpar amenazadores corazones, en los que el enloquecido temor de un Dios... —de la idea que de Dios se hacen, ¿no es cierto?— se ciega, a sí mismo, hasta creerse amor. Donde el «inicio de la sabiduría» se considera, orgulloso, olvidando su límite, la sabiduría infinita. ¿Acaso no esperan que la venganza, cercana, de su blanca evadida legitime las plegarias que, a estas horas, sin duda, destinan a mi salvación? (*Sonriente y, luego, poco apoco, entristecida:*) Que me compadezcan pues, o me condenen... ¡Por disimulo! Les cedo, en mi temible misericordia, el indigno pensamiento que conciben de su liberada. ¿De qué me acusarían, en verdad, ante un Dios, esas conciencias hechas de un rigor prohibido, que nunca supieron más que escandalizar mi esperanza? Mi alma no teme a esos malvados jueces, que así se atreven a afrontar la terrible cólera de la Paloma. ¡Esos corazones velados tienen la inocencia de los abismos, lo sé! También los abismos dicen: «¡Reflejo la Luz!». Todo refleja la luz; tienen pues una verdad como otra; pero... ¡A cada cual su infinito! Vamos, deja a sus propias almas la labor de castigarse. Yo no me digno a castigar los abismos, salvo con mis alas.

AXEL, *cuya voz tiembla, sordamente:* ¡El nombre de esa abadía!

Sara le ha mirado: he aquí que acaba de reconocer hasta qué inexorable grado han encendido sus palabras la indignación de su joven elegido. Represalias de sangre y fuego llamean en los ojos de Axel que, ciertamente, ejecutará sus sueños de exterminio en sus primeros días de omnipotencia. Ella se estremece en la envoltura de ese vasto amor vengador. Tras un largo silencio, se deja caer a los pies de su joven amante.

Iluminada, en sus negras vestiduras, por la lámpara, con los fulgores de las piedras preciosas esparcidas a su alrededor y el vecino resplandor de la antorcha, posa las pálidas manos en el jadeante pecho del joven; éste retrocede, presa de la turbación y como deslumbrado; pero ella le sigue, arrodillada, por la avenida mortuoria.

SARA, *con voz extraña y grave:* ¡Axel, concede gracia a esa santa prisión, en nombre de las cristaleras donde tan bella me parecía la luz del anochecer! ¡En nombre de los órganos que, bajo mis dedos, tan largos sollozos lloraron! ¡En nombre de esos fríos jardines donde tantas veces se sentó mi melancolía!...

Intercedo ante ti, también, en nombre de una muy joven muchacha, tan pálida como nosotros pero semejante a los serafines del exilio y cuyo corazón, consumido por el amor natal, anhelaba tanto los sacrificios... que me entregó la flor de sus sueños cándidos, prefiriendo perderse a protegerse.

¡Gracia, en nombre de esa niña a la que apené! ¡Oh, por sus puros ojos, turbados todavía por mi pensamiento, ay!, y a los que su Dios liberará, sin duda, de mi sombra, por su ternura celestial y solitaria; ¡yo te lo suplico!

AXEL, *tras un estremecimiento, sordamente:* Sólo concedo mi gracia a esa morada y a sus huéspedes en recuerdo de la noche en que te he visto.

Se detiene con los ojos fijos y los puños crispados.

SARA, de pie, radiante, abrazándole y besándole en la frente: ¡Axel, mi joven rey!

AXEL, alejándose con ella hacia el reclinatorio y contemplando, como por primera vez, el oscuro espejear de las ropas de Sara: ¿Pero por qué ese luto en esta noche de gozo, Sara?...

SARA, con mucha sencillez: No llevo luto por una criatura humana, no he conocido ninguna que mereciera ese signo de tristeza, sino por una amiga más oscura, tan humilde, ¡oh!, tan perdida entre las cosas...

Mira, sólo tú puedes comprenderme. (Arranca de su pecho una flor marchita.) Mira como si estuviéramos solos en la tierra, perdidos entre el sueño y la vida, esta misteriosa flor, Axel. (Las arpas repiten en la oscuridad el canto de los rosacruces.) ¡Mira la inconsolable rosa! Se me apareció en un recinto desierto, en una aurora de peligros. ¡Yo huía! Fue al salir del claustro de Sainte-Apollodora. Mis vestiduras blancas, arrancadas de la fiesta mística, se confundían con la nieve cuyos pesados copos, al caer de las ramas de la selva protectora, borraban las huellas de mis pasos. Armada con ese firme puñal contra nuestros semejantes y también contra las bestias de los bosques, y estremece todavía por la luz de los cirios,

escuchaba yo, en la noche, las perdidas campanas que recordaban a los ecos del mundo el nacimiento del niño Emmanuel, ¡ay!, por quien hubiese querido morir. De pronto, a la claridad de las últimas estrellas, el prodigio de esta flor, vencedora del invierno como yo, atrajo mis miradas y su visión me pareció desprendida de mí misma. ¿No es infinita la armonía entre las cosas y los seres?... ¿No debía yo encontrar esta real rosa, símbolo de mi destino, correspondencia familiar y divina, ya en mis primeros pasos? ¡Su claro milagro saludaba mi primera mañana de libertad! Era como una maravillosa advertencia, imagen tal vez fija de una sola palabra en la que yo me había encarnado la hora precedente. Me hizo dar un respingo, esa flor que me parecía nacer de mi alma. Sin duda reconoció mis labios, Axel, cuando desdeñando todos los peligros le dije, en un largo beso, mis grandes esperanzas. Muda bajo mi maternal boca, sentí, en mi corazón, que me suplicaba que la cogiese. Dulcemente, pues, arranqué todo su tallo, a través de las duras espinas, del muerto arbusto del que había brotado y que la soportaba. Luego, la calenté con mi aliento, con el soplo de su perfume en las manos, en mis manos que seguían sujetando aún esta arma secreta, forjada en antiguos días. (Muestra el puñal cruciforme, caído en el suelo.) Escucha, algunos espíritus, ¿qué sé yo?... algunos genios estaban, sin duda, encerrados en su belleza... De inmediato, pasajes de la Historia humana, velados hasta entonces para mi espíritu, se iluminaron, en mi memoria, con sobrenaturales y augustas significaciones. Comprendí así, sin poder explicarme siquiera el interés que sentía por comprenderlo, por qué esta flor, así colocada, por azar, entre mis manos, en la cruz de mi puñal, formaba un signo que había disipado, antaño, como arena, los más orgullosos y más sólidos imperios. Y ese signo lo he visto, hace un rato, brillando en cada una de esas tumbas (señala las pistolas arrojadas al suelo), en el fuego de esas traidoras armas, cuando, contra ti...

Toma a Axel en sus brazos, apasionadamente.

AXEL: ¿Te inspiraba, dime, Sara?

SARA: ¡Oh, mil pensamientos!... Recuerdo, por ejemplo, que uno de los videntes de la humanidad se había limitado a la forma de esta flor para expresar, en sus versos, los círculos sagrados y bermejos de los paraísos de la nueva esperanza. Luego, pensando en los burlones hombres, no pude, a pesar del indecible frío, contener una sonrisa, recordando que el más grave, ¡oh!, el más industrioso de los pueblos se había inmolado a sí mismo, durante un siglo, por unas rosas. (*Un silencio.*) Sí, fue mi única compañera y mi misteriosa amiga durante el largo camino; mientras que, vestida de peregrino, caminaba con los ojos fijos en la estrella que brilla sobre tus bosques, mientras que el viandante me ultrajaba en el crepúsculo. Y el querido perfume de esta flor auxiliadora me reanimaba cuando, antes de la primera gran ciudad encontrada, donde vendí a unos judíos mi collar de perlas y ópalos, el hambre, las vigiliass y el sueño agotaban mis pies solitarios.

AXEL, *de rodillas junto a ella y besándole los pies*: ¡Oh, abrasso mis labios en tus pálidos pies, gloria de los mármoles futuros!

SARA, *con los ojos clavados en la flor muerta*: Al levantarse los soles, sentía en ella que le parecía más dulce morir en mi pecho que renacer exiliada. He aquí por qué llevo luto por su hechizo, ahora que sus espíritus han emprendido el vuelo hacia la más alta esencia de su luz. ¡Quiso morir por mi sombra, amándome! Deja que enjugue con ella tus dulces párpados... ¡Ya ves!... ¡Parece revivir! Tus jóvenes lágrimas le parecen rocío. Pero más bien... ¡No, no! Quiero deshojarla cruelmente sobre ti, mi caballero, como presagio de todos los abandonos que hallará mi amor para arrobarte. (*Deshoja en silencio la flor en la frente y los cabellos de Axel. Luego, extraña y grave, de pronto:*) ¡Qué feliz soy viendo que así te interesas, por lo poco que de ello te he hablado, en el fantasma de una flor esfumada!...

AXEL, *cubriéndole las manos de besos y contemplándola con delicia*: Te amo.

SARA, *de pie junto a Axel y apoyada en el reclinatorio, hablando como si siguiera, en un sueño, una sucesión de espejismos entre sus párpados entornados*: Dime, caro amado, ¿quieres venir hacia esos países por donde pasan las caravanas, a la sombra de las palmeras de Cachemira o de Mysore? ¿Quieres venir a Bengala y elegir, en los bazares, rosas, telas y muchachas de Armenia, blancas como el pelaje de los armiños? ¿Quieres levantar ejércitos y sublevar el norte de Irán, como un joven Ciaxades? ¿O si aparejáramos, más bien, hacia Ceilán, donde están los blancos elefantes de bermejas torres, los aras de fuego en el follaje y soleadas mansiones donde cae la lluvia de los surtidores en los patios de mármol? ¿Quieres vivir, durante unos días, una existencia extraña y lejana en esas moradas de porcelana, en Yeddo, donde están los lagos japoneses? Allí, bajo la luna, florecen matojos de bárbaras flores semejantes a haces de perfumados puñales. Por la noche, tal vez nos gustara regresar, fumando opio en tubos de oro y jade, al balanceo de

los palanquines. ¿O prefieres que me bañe en las olas donde se mira la gran Cartago, junto a una casa de basalto donde arden los perfumes en trípodes de plata? ¿Y si visitáramos las rojas Españas? ¡Oh, qué tristes y maravillosos deben ser los palacios de Granada, el Generalife, las adelfas de Cádiz la Andaluza, los bosques de Pamplona donde los limoneros son tan numerosos que las estrellas, a través del follaje, parecen sus flores de oro! Y los vestigios de los templos sarracenos, el arte desaparecido, las morosas villas. Y, más lejos aún, las islas Afortunadas donde el invierno, lleno de flores, humilla la primavera de otros parajes. Hay allí rocas que el alba transfigura en inmensos zafiros y el oleaje va a morir, en una bruma de oro y ópalo, suave como un postrer beso. Si lo prefieres, realizaremos sueños de gloria, llevaremos a cabo sublimes tareas, haremos que los pueblos nos bendigan. Pero, si lo deseas también, tú con el trabuco al hombro y yo con el arpa al cinto, vestidos con ricos harapos diapreados, iremos, nómadas, a cantar por los caminos y las encrucijadas de las ciudades de Bohemia, como atezados cíngaros; yo diré el porvenir a las hermosas muchachas, y nos arrojarán monedas de plata en una escudilla, para nuestra cena vespertina en la posada. Podremos caminar así, cantando, desde el sur del país de los búlgaros hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb. ¿Quieres que dejemos brillar, bajo nuestros tiros, las losas de los muelles del Neba o del Danubio? Tal vez te gustara ver las danzas de las mujeres de Polonia y Hungría, con festines y músicas, en lo más profundo de los palacios. ¿Quieres que, azarosos aventureros, en nuestra bricbarca de cañones de acero, recalando en los archipiélagos, exploremos desde las costas de Guinea hasta las silenciosas orillas del Hudson? ¿Y remontar luego el Nilo? ¡Iluminar el interior de las pirámides de Kefrén y de Osimandias cuyo cerco de oro podemos doblar!

¿Y no podemos, asimismo, ir a fundar, a orillas del Ganges, también nosotros, alguna religión divina? ¡Vamos!, haremos milagros, levantaremos templos y, sin duda alguna, el propio cielo nos obedecerá. ¿Y si fuéramos, cierto día, a coger deliciosos peces en Melanesia y pasear por Sumatra, bajo los manzanillos? ¿Quieres dejar que vean mi rostro los ríos que corren cerca de Golconda, de Vishapur o de Ofir? ¿O viajar por Nubia, a orillas del Zajir, el tenebroso río donde la noche cae sin crepúsculo? ¿Quieres venir a ver Seleucia, donde los santos apóstoles se hicieron a la mar, dirigiéndose a conquistar el mundo? ¿Quieres vivir en Antioquía, entre ruinas? Allí, las suplicantes hiedras detienen al peregrino a su paso. Pero emprendamos, más bien, el vuelo, como los alciones, hacia horizontes siempre azules y calmos, en Corinto, en Palermo, bajo los pórticos de Silistria. ¡Ven!, pasaremos en trirreme por encima de la Atlántida. A menos que vayamos a contemplar, más bien, las claridades nocturnas, en la tierra de Idumeo. Luego, ¡el septentrión también! ¡Qué placer atar nuestros patines de acero por las rutas de la pálida Suecia! ¡O hacia Cristiania, en los senderos y los fulgurantes fiordos de los montes de Noruega! ¿Y no podemos, también, ir a vivir, perdidos en una casa de campo cubierta de nieve, en alguna aldea del norte? ¿Quieres ver las desoladas landas del país de Gales, los parques de Windsor y la brumosa Londres? ¿Roma, la sombría ciudad de los esplendores? ¿El frívolo París iluminado? ¡Qué extraño debe de parecer vagar por las abigarradas calles de Nuremberg, la paciente ciudad de medianoche! ¿Quieres turbar el reflejo de las estrellas en el golfo de Nápoles o en las lagunas de Venecia, abandonando en la estela de la góndola alguna maravillosa tela de Esmirna o de Basora? ¿Quieres ver, afortunado conjunto en algún chalet helvético, la aurora que brilla en las nieves del Monte Rosado? ¿Prefieres la hamaca de las Antillas a las tiendas de Besarabia? ¿O la voluptuosidad del espacio? ¿Dejarnos arrastrar ambos, sobre el hielo, por los renos, o en la arena por las avestruces, o ver, alrededor de una tienda, en un oasis de la antigua Heptanómida, los dromedarios apacibles y arrodillados? ¿Quieres enterrarnos en Pompeya, en una existencia latina, como si los cesares vivieran aún? ¿O más lejos, hacia el más sombrío Oriente? Ven. Apoyaré mi brazo en el tuyo, entre piedras que fueron antaño los jardines colgantes de Nínive, y ruinas que fueron Tebas, Sardes, Heliópolis, Ancira, Sicione, Eleusis y Ecbatana, la ciudad de los magos. ¿O prefieres una torre de mármol junto al Éufrates, o bajo los sicomoros de Solima, o en las alturas del Horeb? ¿Quieres soñar el sueño oriental y gozoso? ¿Que nos hagamos mercaderes en Samarkanda y trafiquemos? Tú serás embajador de alguna reina lejana y me visitarás en Saba. Veremos, como preocupados reyes, el sol que, al anochecer, inflama las aguas del Mar Rojo. Pero, si lo deseas también, seremos sencillamente enamorados el uno del otro e iremos a escuchar los colibríes en alguna choza de las Floridas... Mira, puesto que somos omnipotentes, puesto que, ahora, somos como reyes desconocidos, ¿qué nos importa preferir cierto sueño entre los sueños? Y, hablando del país de nuestro exilio, ¿no serán para nosotros, todas las regiones de la tierra, la isla de Thule?

AXEL, *con una grave sonrisa*: ¡Niña! ¡Radiante niña!

ESCENA V

Axel, Sara, luego el coro de los viejos servidores militares, luego, en la lejanía, el coro de los leñadores, luego, la voz de Ukko.

SARA: ¡La mar, oh bienamado, quiero la mar sublime! Permitámonos, primero, ir hacia Italia, hacia sus ruinas de mármol y llama, hacia sus golfos iluminados. ¡Pronto agotaremos su claro exilio! ¡Oh noches de amor en los palacios!... Compraremos el más sombrío de los de Florencia; ¿quieres? ¡Florencia debe de ser, también, tan hermosa como lo fue Palmira!

En este momento, los lejanos acentos de una canción —un coro de rudas voces ahogado por el grosor de los muros subterráneos— llegan hasta ellos, a causa del profundo silencio del panteón.

Coro de los viejos servidores militares:

*El señor abandona el cueto en escombros,
¿adiós sed de amores, de oro y de combates!
Muy viejos somos y pronto, allí,
seremos sombras.*

AXEL: Mis servidores velan esta noche. Por mis ruegos beben y cantan; saludan la partida... de un extraño.

SARA: En cuanto el amanecer golpee esos vitrales, huyamos al país de la Esperanza. *(Como oprimida por la idea de los futuros gozos, y cerrando los ojos, posa su mano en el mármol de una tumba.)* ¡Oh voluptuosidad de vivir!

EL CORO, *apagado por la lejanía:*

*Adiós negro orgullo del férreo pasado:
¡se extingue con nosotros su brillo profundo!
Semejante a la puesta de un sol de invierno,
mueres, antiguo mundo.*

Súbitamente, fuera, el cielo azulea; un rayo del alba atraviesa los flecos de las colgaduras del tragaluz. Al abrir de nuevo los ojos, Sara lo advierte y se estremece.

SARA, *gritando:* ¡El día! ¡La aurora! ¡Axel!... ¡Mira! ¡Qué porvenir naciente!

Se dirige al tragaluz, aparta las colgaduras; el azulear de la mañana aparece en el obituario.

EL CORO, en las profundidades del cueto:

*¡Vamos, nos seguirás por el gran sueño, ¡porvenir!
¡Bebamos, puesto que así todo cambia!
Y que suene, por fin, el clarín del Ángel...
¡Si es un despertar!*

SARA, *gozosa, con una sonrisa triunfante, tras haber mostrado con el ademán el inmenso tesoro y la confusa pedrería:* ¡Partamos!, es hora ya; envolvámonos en nuestros mantos. Allí, bajo el follaje violeta, unos rayos hacen ya brillar nuestras pieles, nuestras armas; el tiro patalea en el rocío. ¡Oh, mi joven amante! ¡Cómo va a llevarnos bajo las ramas perfumadas de tormenta! Henos aquí huyendo en una bruma radiante; pronto nos aparece una choza, cuando canten los pájaros, con su techo de musgo y bañada por mil perlas. Qué felicidad beber juntos, sonriéndonos, de pie en la hierba sembrada de hojas caídas, la leche matinal. ¡Y huimos! ¡He aquí, muy pronto, humanos en los caminos! ¡Una aldea luego... luego una ciudad... ciudades! ¡Y luego el sol! ¡Y luego el mundo!

Un gran silencio.

AXEL, *con voz extraña, muy tranquilo, y mirándola:* ¡Sara!, te agradezco el haberte visto. *(Atrayéndola a sus brazos:)* ¡Soy feliz, oh mi lilial desposada! ¡Amante mía! ¡Mi virgen! ¡Mi vida! Soy feliz de que estemos aquí, juntos, llenos de juventud y de esperanza, penetrados por un sentimiento realmente inmortal, solos, dominadores desconocidos y radiantes de ese misterioso oro; perdidos en las profundidades de esta mansión, durante esta terrorífica noche.

SARA: Allí todo nos llama, Axel, mi único dueño, amor mío. ¡La juventud, la libertad, el vértigo de nuestro poder! Y, quién sabe, grandes causas para defender... ¡Todos los sueños para realizar!

Se dirige hacia las luces de la aurora y mantiene levantado el cortinaje.

AXEL, *grave e impenetrable*: ¿Por qué realizarnos?... ¡Son tan hermosos!

SARA, *algo sorprendida, se vuelve hacia él mirándole*: ¿Qué quieres decir, amado mío?

AXEL, *tranquilo y grave aún*: Deja caer esos cortinajes, Sara; ya he visto bastante el sol.

Un silencio.

SARA, *ansiosa, para sí misma y observándole aún*: Pálido, y con los ojos clavados en el suelo, medita algún proyecto.

AXEL, *a media voz, pensativo y como para sí mismo*: Sin duda un dios tiene celos de mí en este instante, de mí que puedo morir.

SARA: Axel, Axel, ¿me olvidas ya por pensamientos divinos?... ¡Ven, he aquí la tierra, ven a vivir!

AXEL, *frío, sonriendo y pronunciando con claridad sus palabras*: ¿Vivir? No. ¡Nuestra existencia está llena y su copa rebosa! ¿Qué reloj de arena contará las horas de esta noche? ¿El porvenir?... Sara, cree en mi palabra: acabamos de agotarlo. ¿Qué serían, mañana, todas las realidades comparadas con los espejismos que acabamos de vivir? ¡Para qué regatear, a ejemplo de los cobardes humanos, nuestros antiguos hermanos, esa dracma de oro con efigie de sueño —óbolo de la Estigia— que brilla en nuestras manos triunfantes!

La calidad de nuestra esperanza no nos permite ya la tierra. ¿Qué pedir, sino pálidos reflejos de tales instantes, a esa miserable estrella donde se demora nuestra melancolía? ¿La tierra, dices? ¿Pero qué ha realizado nunca esa gota de helado fango cuya hora sólo sabe mentir en mitad del cielo? ¡Es ella, no lo ves, la que se ha hecho ilusión! Reconócelo, Sara: hemos destruido, en nuestros extraños corazones, el amor por la vida, y en REALIDAD nos hemos convertido en nuestras almas. Aceptar, ahora, vivir ya sólo sería un sacrilegio contra nosotros mismos. ¿Vivir?, los servidores lo harán por nosotros.

Saciados para una eternidad, levantémonos de la mesa y, con toda justicia, abandonemos a los infelices cuya naturaleza es poder medir sólo con la sensación el valor de las realidades, el cuidado de recoger las migajas del festín. ¡He pensado demasiado para dignarme actuar!

SARA, *turbada e inquieta*: Estas son palabras sobrehumanas: ¡cómo osar comprenderlas! Axel, tu frente debe arder; tienes fiebre, ¡deja que mi dulce voz te cure!

AXEL, *con soberana impassibilidad*: Mi frente no arde; no hablo en vano y la única fiebre de la que, en efecto, es preciso curarme, es la de existir. Querida, piensa, ¡escucha!, y tú misma decidirás luego. ¿Por qué intentar resucitar una a una las embriagueces cuya suma ideal acabamos de experimentar y querer doblegar nuestros tan augustos delirios a concesiones de todos los instantes donde su propia esencia, disminuida, se anularía sin duda mañana? ¿Quieres pues aceptar, con nuestros semejantes, todas las piedades que el mañana nos reserva, las saciedades, las enfermedades, las constantes decepciones, la vejez y dar vida aún a seres condenados al tedio de proseguir?... ¿Vamos a consentir nosotros, cuya sed no apaciguaría un océano, satisfacernos con algunas gotas de agua, porque semejantes insensatos han pretendido, con insignificantes sonrisas, que era la prudencia al fin y al cabo? ¿Por qué dignarse responder amén a todas esas letanías de esclavo? ¡Estériles fatigas, Sara!, y poco dignas de suceder a esa milagrosa noche nupcial en la que, vírgenes todavía, nos hemos poseído sin embargo para siempre.

SARA, *con voz oprimida*: ¡Ah, es casi divino! Quiero morir.

AXEL: ¡Ves el mundo exterior a través de tu alma, y te deslumbra!, pero no puede darnos ni una sola hora comparable, en intensidad de existencia, a un segundo de los que acabamos de vivir. La culminación real, absoluta, perfecta, es el momento interior que hemos experimentado uno del otro, en el esplendor fúnebre de este panteón. Hemos sufrido este momento ideal: helo aquí, pues, irrevocable, ¡cualquiera que sea el nombre que le des! Intentar revivirlo, modelando, cada día, a su imagen, un polvo siempre decepcionante, de apariencias exteriores, sólo sería arriesgarse a desnaturalizarlo, a disminuir su impresión divina, a aniquilarlo en lo más puro de nosotros mismos. Guardémonos de no saber morir mientras todavía es tiempo.

¡Oh, el mundo exterior! Que no nos engañe el viejo esclavo, encadenado a nuestros pies, en la luz, y que nos promete las llaves de un palacio de encantamiento cuando sólo oculta, en su negra mano cerrada, un puñado de cenizas. Hace un rato hablabas de Bagdad, de Palmira, ¿qué sé yo?, de Jerusalén. Si supieras qué montón de inhabitables piedras, qué suelo estéril

y ardiente, qué nidos de bestias inmundas son, en realidad, esas pobres aldeas que te aparecen, resplandecientes de recuerdos, en el fondo de ese Oriente que llevas en ti misma. ¡Y qué tediosa tristeza te causaría su solo aspecto!... Vamos, ¿las has pensado?, basta: no las mires. La tierra, te digo, está hinchada como una burbuja brillante de miseria y de mentira, e, hija de la nada original, revienta al menor soplo, Sara, de quienes se acercan a ella. ¡Alejémonos por completo de ella, bruscamente, con un sagrado sobresalto!... ¿Lo quieres? No es una locura: todos los dioses que adoró la humanidad lo han hecho antes que nosotros, seguros de un cielo, del cielo de sus seres... Y encuentro, siguiendo su ejemplo, que nada tenemos ya que hacer aquí.

SARA: ¡No, es imposible!... ¡Ya no es verdadero! ¡Es inhumano más incluso que sobrehumano! ¡Perdóname, amante mío, tengo miedo! Me das vértigo. ¡Oh, defenderé la vida! ¡Piénsalo! ¿Morir así? Nosotros, jóvenes y llenos de amor, dueños de una soberana opulencia, hermosos e intrépidos, radiantes de inteligencia, de nobleza y de esperanza. ¡Cómo! ¿Enseguida? Sin ver el sol una vez más, y decirle adiós. ¡Piénsalo! ¡Es tan terrible!... Mañana, ¿quieres? Tal vez mañana sea más fuerte no perteneciéndome ya.

AXEL: ¡Oh, mi bienamada! ¡Oh, Sara! ¡Mañana sería prisionero de tu cuerpo espléndido! Sus delicias habrían encadenado la casta energía que ahora me anima. Pero pronto, puesto que es una ley de los seres, si nuestros transportes tuvieran que extinguirse y una hora maldita debiera sonar, en la que nuestro empaldecido amor, disipado de sus propias llamas...

Oh, no esperemos esa hora triste. ¿No es nuestra resolución tan sublime que no debemos dejar a nuestros espíritus el tiempo de despertar?

Un profundo silencio.

SARA, *pensativa*: Tiemblo, ¡pero tal vez sea de orgullo, también!... Ciertamente, si persistes, te obedeceré; te seguiré por la desconocida noche. Sin embargo, ¡recuerda la raza humana!

AXEL: El ejemplo que le doy bien vale los que me ha dado.

SARA: Los que luchan por la justicia dicen que matarse es desertar.

AXEL: Sentencia de mendigo, para quienes Dios es sólo un modo de ganarse el pan.

SARA: Tal vez fuera más hermoso pensar en el bien de todos.

AXEL: El universo se devora a sí mismo; éste es el precio del bien... de todos.

SARA, *despavorida*: ¡Cómo! ¿Renunciar a tantos gozos!... ¡Abandonar ese tesoro a las tinieblas! ¿No es cruel eso?

AXEL: El hombre sólo se lleva en la muerte lo que renunció a poseer en vida. En verdad, sólo dejamos aquí una corteza vacía. Lo que da valor a este tesoro está en nosotros mismos.

SARA, *con voz sorda*: Sabemos lo que abandonamos; no aquello que vamos a encontrar.

AXEL: Regresamos, puros y fuertes, hacia aquello que nos inspira el vertiginoso heroísmo de afrontarlo.

SARA: ¿Oyes la risa del género humano si alguna vez supiera la tenebrosa historia, la sobrehumana locura de nuestra muerte?

AXEL: Abandonemos a los apóstoles de la risa en su torpeza. La vida, cada día, se encarga de apalearlos con su castigo.

Los primeros rayos de la aurora atraviesan el vitral.

SARA, *pensativa*, tras un silencio: ¡Morir!

AXEL, *sonriente*: ¡Oh bienamada!, no te propongo que me sobrevivas, tan convencido estoy de que no te preocupas ya, en tu conciencia, de esa trampa miserable a la que llaman «vivir».

Mira a su alrededor, como buscando con los ojos el puñal.

SARA, *levantando la cabeza, de una palidez de cera, ahora*: No, tengo en este anillo, bajo esta esmeralda, un fulminante veneno: busquemos la más bella copa entre esa orfebrería... y hágase según tu voluntad.

AXEL, *tomándola en sus brazos y mirándola con sombrío éxtasis*: ¡Oh flor del mundo!

Tras unos momentos, la abandona y se dirige hacia el rutilante amontonamiento del subterráneo. Sara, mientras él remueve los joyeles y los objetos de oro, ha tomado de las tumbas los grandes collares de diamantes y se los ha puesto en silencio.

SARA, *dulcemente*, hacia los vitrales: ¡Qué hermoso sol!

AXEL, *volviendo y llevando en la mano una copa magnífica, incrustada de pedrerías*, mira a Sara; luego, *observándola y con voz dulce*: ¿Quieres que paseemos por la llanura recogiendo las flores de esta primavera? ¡Qué gozo sentir el viento matinal en nuestros cabellos! ¡Ven!, nuestros labios se tocarán en la misma primavera.

SARA, que adivina el melancólico pensamiento de Axel: No, te amo más que a la vista del sol: nuestros labios tocarán sus huellas en el borde radiante de esta copa. He aquí mi anillo... de prometida, también.

Se quita el anillo familiar, aprieta el resorte de la esmeralda y vierte en la copa de Axel los escasos granos de polvo pardo que hay en el engaste de oro.

AXEL: El rocío cae aún; algunas de sus claras lágrimas bastarán para disolver el veneno en este cáliz sagrado. (Sube a un sepulcro, cerca del ventanuco; y mientras Sara acaricia, distraídamente, un lebril de mármol, levantando la mano diestra donde brilla el cáliz trágico, saca el brazo a través de los barrotes.) ¡Así el cielo será cómplice de nuestro suicidio!

A lo lejos, unas voces, en los bosques, cantan una canción matinal; escuchan.

CORO DE LEÑADORES, *en la lejanía:*

*¡Alegría! ¡Alegría!
¡Sobre los grandes árboles cuya muerte nos da el pan!
¡En los matinales aledaños, bajo las sombras de oro,
leñador, despertador de pájaros, escucha!
¡El viento, las voces, las hojas, las alas!
Todo canta en los bosques:
¡gloria a Dios!*

SARA: ¿Los oyes? ¡Hablan de Dios! También ellos, los asesinos de bosques.

AXEL: ¡Deja que una hermosa sílaba caiga en paz en el alma de las últimas selvas!

SARA, *pensativa, como para sí misma:* ¡También yo he levantado el hacha, pero no he golpeado!

En la llanura, llamadas, fanfarrias.

UKKO, *en la lejanía:*

*¡En la ladera de los floridos montes he aquí la prometida!
El rocío, en los bajos de su blanco vestido,
pone un bordado de perlas;
¡salud mi joven amor!
Se bajan ante las vírgenes,
los ojos de un niño hermano.
Por eso sus pasos no sonarán en la tierra.*

AXEL: ¡Son niños que se desposan! Pronuncia para ellos una palabra de felicidad: algún pensamiento que les venga de ti, Sara, les hará sin duda más encantadores aún el uno para el otro.

SARA, *sonriente y volviéndose hacia el ventanuco:* ¡Oh vosotros, los despreocupados que cantáis allí, en la colina... Sed bendecidos!

AXEL, *acercándose a ella:* Los brillos de esta lámpara nupcial palidecen ante los rayos del día. Va a extinguirse. Nosotros también. (*Levantando su copa:*) Vieja tierra, no levantaré los palacios de mis sueños en tu suelo ingrato, no llevaré antorcha, no golpearé enemigos.

Que la raza humana, desengañada de sus vanas quimeras, de sus vanas desesperaciones y de todas las mentiras que deslumbran los ojos hechos para extinguirse, no cediendo ya al juego de ese tedioso enigma, oh sí, que termine, huyendo indiferente, siguiendo nuestro ejemplo, sin ni siquiera decirte un adiós.

SARA, *radiante de diamantes, inclinando la cabeza en el hombro de Axel y como perdida en un misterioso arrobó:* Ahora, puesto que sólo el infinito no es una mentira, elevémonos, olvidando las demás palabras humanas, en nuestro mismo infinito.

Axel acerca a sus labios la copa mortal, bebe, se estremece y vacila; Sara toma la copa, apura el resto del veneno, luego cierra los ojos. Axel cae; Sara se inclina hacia él, tiembla y ambos yacen, abrazados, en la arena de la avenida funeraria, intercambiando en sus labios el soplo supremo.

Luego permanecen inmóviles, inanimados.

Ahora, el sol tiñe de amarillo los mármoles, las estatuas; el chisporrotear de la lámpara y la antorcha se resuelve en humo en el rayo luminoso que fluye oblicuamente del

ventanuco. Una moneda de oro cae, rueda y suena como la hora contra un sepulcro. Y, turbando el silencio del lugar terrible donde dos seres humanos acaban de condenar, por sí mismos, sus almas al exilio del CIELO, se escuchan fuera los lejanos murmullos del viento en la vastedad de los bosques, las vibraciones del despertar del espacio, el oleaje de las llanuras, el borboteo de la vida.

APÉNDICE

Ciento ochenta y dos páginas de este libro estaban impresas cuando Villiers de L'Isle-Adam murió. Había corregido aún dos páginas, modificada la parte de *Axel* comprendida en la escena primera de la tercera parte, pero no se había decidido, sin embargo, a dar el visto bueno a los editores. Finalmente, las setenta últimas páginas fueron encontradas, tal cual, en pruebas, apenas releídas, compuestas sobre el texto publicado antaño en una revista, *La jeune France*.

Conviene especificar ahora que Villiers notificó varias veces su firme decisión de modificar todo el final de *Axel*. A su probidad de perfecto artista se añadían escrúpulos de conciencia; consideraba que, desde el punto de vista católico, su libro no era lo bastante ortodoxo, y deseaba que la cruz interviniese en la escena que cierra el drama.

Estaba entonces obligado a recalzar *Axel*. Pueden descubrirse los rastros de ese trabajo interrumpido en este fragmento de manuscrito, hallado después de su muerte. Esta escena no terminada debía intercalarse al final de la primera escena de la tercera parte, tras esa réplica de maese Janus: «Ella te dio la sonrisa con la que acabas, despreciando tu conciencia, de atentar contra su dignidad materna».

AXEL: También me dio la compasión que me inspira su miseria.

MAESE JANUS: El hombre se mide por lo que admira. Esa raza que atraviesas sólo accede al pensamiento de sus grandezas, de sus misteriosas inquietudes, de sus aspiraciones infinitas, de sus altos sufrimientos. Cautiva del ciego universo ebrio de la fuerza, la raza humana siente sed de justicia; ella inventó la compasión, la castidad, la clemencia... ¡Tal vez incluso haya adivinado a Dios!... Deja ya de quejarte: admira. Así se presentará en tu ser una más excelente selección futura, y tu pensamiento de más tarde no se ensombrecerá con este recuerdo: cuando yo era un hombre.

AXEL, *mostrando el libro que permanece entreabierto*: Sin embargo, eso no es más que una religión menos Dios, que exige una fe gratuita y robusta, que ofrece menos que incertidumbres.

MAESE JANUS: No hay para el hombre incertidumbre alguna, al margen de una fe en el objetivo que ha elegido. ¡Y qué objetivo ofrecer a tu vida, más digno de ella, que alcanzar semejantes finalidades!

AXEL: Mi espíritu se aparta hoy de ese tipo de espejismos. Un cielo de orgullo para siempre vacío y abandonado, situado entre la pupila y el párpado, no basta para la envergadura de un alma sedienta de lo inmenso, no basta a mi humanidad. También yo he soñado en Dios; realmente, era más hermoso. Fe por fe, si hay que elegir, me parece más prudente conservar una creencia natal, probada ya ante todas las sabidurías, cuyo Revelador niño adoraron los viejos magos bajo una estrella, y que lleva la huella de Dios. Esta fe corre por mis venas, elijo seguir siendo cristiano.

MAESE JANUS: Cuando la verdad te acucia, no te refugies en una doctrina que te condena. El verbo prohíbe el homicidio y prescribe la pobreza. Para proteger sombras de riqueza, acabas de matar a tu semejante, a tu prójimo, al que te ordenaban amar como a ti mismo. No presumas de ser cristiano, para dispensarte de ser un hombre.

AXEL: ¡Sólo he matado para salvaguardar mi soledad! Sólo desde ese instante el sueño de ese tesoro...

MAESE JANUS: En el fondo de tus pensamientos, la idea de que, algún día, por una maravillosa suerte, que te proponías ayudar con ciertas prácticas tenebrosas, podía conferírsete, se mezclaba con el deseo de defender esta soledad. Sin ello los poros de tu ser no beberían, en tan súbita absorción, los impuros miasmas pasionales de la sangre derramada. Tu carne de adepto había ganado ya transparencias. Ese solo deseo creó el camino de la atracción entre tu ser y esos miasmas humeantes y poseídos. Sus larvas toman ese camino hacia lo que puede recibirles. Sin ello, les serías impenetrable. Sólo el hecho de que, a través de tantos obstáculos, el conjunto de esa tentadora aventura se haya presentado aquí, demuestra que pensabas oscuramente en ese oro desde hace tiempo. No olvides que al iniciado sólo le ocurre lo que él se atrae. Y que cuanto más aumenta en pureza, más se esfuerzan en turbarle unas nefastas voluntades. Al inmolar a un hombre por una misma ambición entre él y tú, has cometido un acto de imprudencia muy insalubre...

AXEL: ¿Podía pues dejarle partir llevándose el escándalo de este secreto?